



el siquiatra

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL PSIQUIATRA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 377

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 21.182 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1969

© VIC LOGAN - 1969
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:
901. — Los dardos de Cupido.
- En Colección ALONDRA:
814. — Una noche diferente.
- En Colección CAMELIA:
757. — No soy lo que tú crees
- En Colección MADREPERLA:
1.065. — Lucha de sexos.
- En Colección PIMPINELA:
1.158. — Tu amor no tiene precio.
- En Colección ROSAURA:
1.111. — En el fango de la gran ciudad.
- En Colección LEGIONES BLANCAS:
268. — Fuga bajo el sol.
- En Colección KATRINA:
87. — Tu vida es mía.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
987. — Después del asesinato.
- En Colección PUNTO ROJO:
372. — Mientras las cámaras ruedan.
- En Colección ASES DEL OESTE:
507. — Olor a pólvora.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
680. — La recompensa maldita.

CAPÍTULO PRIMERO

El portero del inmueble 225 de la rué de Montand, hizo una seña con la cabeza y afirmó:

—Sí. Éste es el hombre.

El inspector Renault, de la brigada criminal, miró al joven que permanecía en pie en el amplio vestíbulo de la escalera.

Era un lugar moderno, señorial, en uno de esos barrios que tras la guerra comenzaron a surgir, formando un *nuevo París*, más funcional y también más adocenado.

Renault, un veterano policía, interrogó al portero:

—¿Está completamente seguro?

El portero reafirmó su posición:

—Sí, señor. Le vi perfectamente cuando salía de la casa. Iba con otro hombre.

Renault volvió a mirar al joven, que no tendría más de treinta años. Vestía con elegancia. Su porte denotaba cierta distinción. No se inmutó en absoluto, ni siquiera cuando los gendarmes, con gesto adusto, se colocaron uno a cada lado.

El inspector se encaró con él:

—¿Quiere enseñarme sus documentos..., señor...?

—Harlow. Richard Harlow —respondió el desconocido con toda serenidad.

Sacó su cartera y extrajo un carnet.

Renault tomó el documento, y comprobó que la foto correspondía realmente a su portador. Leyó rápidamente:

—Médico, ¿eh?

—Siquiatra.

—¿Puede decirme qué estaba haciendo aquí?

—No. No puedo decírselo —respondió Harlow, imperturbable.

—Le hemos visto subir. Ha ido usted al piso del señor Deval.

—Puesto que lo saben, es inútil que lo niegue, ¿no? —murmuró,

siempre con la misma serenidad, el interrogado.

—Me temo que tendrá que acompañarme, señor Harlow —dijo el policía, tras un suspiro. Tal vez comenzaba a atisbar ciertas dificultades.

Camino del puesto de policía, Renault, al lado del sospechoso, comentó:

—Habla usted bastante correctamente nuestro idioma, para ser inglés.

—Hablo «bastante» correctamente, ocho idiomas —replicó el aludido con un cierto deje irónico.

—¿De vacaciones? —Siguió Renault, fingiendo no haber captado la ironía.

—Sí. De vacaciones —contestó Harlow.

—Supongo que se dará cuenta de que su situación es bastante delicada.

Ante el silencio de Harlow, el inspector Renault añadió:

—Un hombre murió asesinado, y usted fue visto en el lugar del crimen, aquella misma noche.

Tampoco Harlow hizo el menor comentario.

—El portero le vio con otro individuo. ¿Quién era ese otro hombre, señor Harlow? —insistió el policía.

—Lo siento, inspector, no puedo contestar a su pregunta —respondió, tras una pequeña pausa, Richard Harlow.

CAPÍTULO II

El comisario Drumont examinó el pasaporte de Richard Harlow y el resto de su documentación. Luego, le miró largamente, como si pretendiera estudiarle a fondo. Richard observaba la más absoluta calma.

—¿Debo considerarme detenido, señor comisario? —preguntó.

—Eso depende de usted —replicó el aludido.

Era otro veterano, de mirada aguda y ademanes calmosos.

«Un zorro viejo del oficio», pensó Harlow, mirando las canas del comisario y el bigotito, que le daba, en cierto modo, un aire casi jovial.

—Temo que no podré ayudarle mucho —murmuró.

—¿Por qué se empeña en encubrir al hombre que iba con usted?

—No es que le encubra, señor comisario. Tengo otras razones.

—¿Cuáles?

—Son de índole particular. Si me concediera un par de días...

El comisario guardó silencio, como si considerara la petición de Harlow, que agregó seguidamente:

—Puede quedarse con mi pasaporte y mis documentos. No pienso huir.

—Es usted un hombre extraño, señor Harlow.

—Le aseguro que soy completamente normal.

—¿Trata, entonces, de hacer de detective por su cuenta?

—No. Le aseguro que no.

—Entonces, quiere proteger a su amigo.

—Sólo evitarle disgustos.

—¿Se da cuenta de que podría acusarle de asesinato?

Harlow esbozó una sonrisa:

—¿Por qué motivos, señor comisario? ¿El robo? Parece ser que el móvil del crimen fue ése, ¿no?

—No está muy claro.

—En ese caso, más pruebas a mi favor. Yo no conocía en absoluto a la víctima, y eso me será muy fácil probarlo.

El comisario ojeó distraídamente los papeles de Harlow, y preguntó:

—¿Dónde ejerce usted su profesión?

—En Londres, desde luego.

El comisario hizo una seña al inspector Renault, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—Si quieren comprobar algún dato sobre mi persona, les ahorraré la molestia —dijo Harlow.

—¿Me permite que lleve el asunto a mi manera? —replicó el comisario Drumont.

—Desde luego, señor, pero conozco algo el engranaje de esos casos, y sólo trato de facilitarles su labor.

El comisario ironizó:

—¿De veras? Pues hasta el momento, no lo parece.

—Todo lo que quiera saber de mí, se lo dirá el superintendente Bryant, de Scotland Yard.

Tanto Drumont como Renault volvieron instintivamente sus ojos hacia Harlow.

—¿Ha dicho Scotland Yard? —preguntó el primero.

—Intenté decírselo, señor comisario. Trabajo como médico siquiatra para la policía de Londres. Mi labor consiste en examinar a docenas de criminales, y dictaminar si su cerebro funciona correctamente.

Drumont disimuló su estupor. Renault tampoco hizo el menor comentario.

La pausa fue bastante larga. Renault salió del despacho, y Harlow adivinó:

«Ahora, comprobaré si lo que he dicho es verdad».

El comisario decidióse a reanudar la conversación:

—¿En qué hotel se hospeda, señor Harlow?

—En el Palace.

—Un hotel muy caro. Deben pagarle muy bien.

—No puedo quejarme, aunque, en realidad, no vivo de mi trabajo. Mi profesión es una distracción para mí. Es muy interesante profundizar en la naturaleza humana. Usted, como comisario, debe saberlo.

Harlow estaba venciendo a la veteranía de Drumont.

—¿De modo que trabaja... por diversión?

—Bueno..., no es exactamente una diversión, pero no tengo necesidad de la paga para vivir. Mis padres me legaron una considerable fortuna.

Drumont volvió a quedar pensativo. Le resultaba prácticamente imposible hallar un punto por dónde atacar la serenidad de aquel hombre.

—Supongamos que le deje en libertad..., durante ese par de días. ¿Qué haría usted?

—Pues..., en primer lugar, eludir la vigilancia a que, sin duda, sería sometido.

Drumont sonrió. Harlow no sólo era sagaz, sino que cuando convenía, hablaba claro.

—¿Y una vez conseguido burlar nuestra vigilancia?

—Averiguar un par de cosas, que probablemente habría obtenido ya, de no haberme sorprendido sus agentes.

—Un hombre tan sagaz como usted, debería haber supuesto que el lugar del crimen se hallaría bajo vigilancia.

—Desde luego que lo supuse. Aunque, particularmente, no esté muy de acuerdo en que el asesino vuelva al lugar del crimen, salvo en algunos casos concretos, por ejemplo, si ha olvidado alguna prueba que pueda comprometerle, en cuyo caso, lo hará, procurando no ser visto.

—Usted procuraba no ser visto...

—Se equivoca otra vez, señor comisario.

—No le comprendo. Si usted suponía que teníamos la casa vigilada...

—No podían acusarme de nada, por sí mismos. No me importaba en absoluto que pudieran verme. No tengo te menor relación con la víctima, ya se lo he dicho.

—Entonces... —exclamó Drumont, con contenida impaciencia—. ¿Por qué demonios volvió?

—Para saber si alguien nos había visto. Y ya comprobé que sí. El portero.

Drumont entornó los ojos. ¿Dónde quería ir a parar Harlow? Éste pareció adivinar su pregunta y añadió:

—Ahora ya conozco parte de lo que deseaba saber. Ya ve que no

fueron sus agentes quienes me... «cazaron». Fui yo, en todo caso, el que me dejé sorprender.

El comisario no pudo replicar porque en aquel instante entró, de nuevo, Renault para comunicar:

—Es cierto, señor. Pertenece a la plantilla médica de Scotland Yard. —Y mirando a Harlow, añadió—: Parece que el superintendente Bryant le tiene en gran estima.

—Lo sé, inspector, lo sé —sonrió tranquilamente Richard Harlow.

CAPÍTULO III

Harlow se había marchado.

Toda la brigada estaba reunida en torno a su jefe, el comisario Drumont.

—Es muy listo. Tenerle sujeto a vigilancia no va a ser fácil. El mismo lo ha dicho, bien claramente. Tratará de eludirnos, y le creo capaz de conseguirlo.

Un agente murmuró:

—Podíamos haberle retenido.

Drumont miró al que había hablado. Era un joven impulsivo, un buen policía, dinámico y resolutivo, pero que carecía de la experiencia de su jefe.

—¿Bajo qué acusación? Estoy seguro de que habría podido rebatir todas nuestras hipótesis. Ya lo han oído. En Londres se le tiene en gran estima. Bastó una llamada telefónica para poner en movimiento a la Embajada británica. Acabo de recibir una llamada preguntándome lo que ocurría... Me temo que este caso va a dar mucho que hablar. Habrá que andar con pies de plomo. No quiero conflictos, pero tampoco pienso cruzarme de brazos.

—De momento, el Palace está vigilado —dijo Renault.

—Sí, desde luego, pero en este caso, no es la vigilancia rutinaria lo que hace falta. Harlow me ha pedido dos días, y necesito saber en qué emplea cada segundo de esas cuarenta y ocho horas, y sólo hay un medio eficaz para conseguirlo.

Todos los reunidos acentuaron su atención.

El comisario se dirigió a Renault:

—Búsqueme a Lorena Legrange. Ahora mismo. Que venga cuanto antes...

—¿Piensa utilizar a...? —empezó el inspector.

—Es lo único que se me ocurre. Recuerde que siempre se mostró muy eficaz, en anteriores cometidos.

—Sí, señor, sólo que ahora... No sé... Ya sabe que la última vez dijo que pensaba retirarse.

—Convénzala, Renault. La necesitamos, Y la necesitamos urgentemente. Confío en usted para que la persuada.

El inspector se rascó la coronilla. Pensaba que le había caído un mal trabajo.

Lorena era dulce, encantadora, parecía tan ingenua, a veces..., pero también sabía ser terca como una mula, cuando afirmaba o negaba algo, y Renault temía esa negativa.

—No pierda tiempo, Renault —le atosigó el comisario.

Lorena no había perdido su sonrisa encantadora, ni ninguna de sus otras dotes fascinantes.

Tampoco había perdido su sentido de la intuición. Por eso, mirando dulcemente a Renault, murmuró:

—Mi querido Jean, no andes con rodeos; así tú no perderás tu tiempo, ni yo el mío. Dime claramente que me necesitas, y te contestaré que no.

—¡Lorena! —exclamó el policía, con desolación—. No puedes hacerme esto. Es un asunto muy importante. Drumont me lo ha pedido de un modo especial.

—Pues dile a tu amado jefe que todavía recuerdo la última vez.

—¡Oh! Aquello fue una tontería...

—Llamas tontería a perder tres meses metida en una banda de asesinos, presentaros a su jefe en bandeja de plata, para luego dejarle escapar estúpidamente.

—Ya te lo expliqué, Lorena. Drumont quería averiguar quiénes eran los enlaces, y no le dejó escapar, lo fingió solamente y, gracias a ello, pudo concluirse aquel asunto.

—Y se me despidió como si mi labor hubiese sido catastrófica. No, Jean. No busco lisonjas, os ayudé porque me gustó, pero de esto a no recibir ni siquiera las gracias...

Ya conoces al jefe; es enemigo de adular a nadie. Para él, cada peón cumple su cometido.

—Yo no soy un peón. —Señaló con la mano la bien surtida biblioteca de su estudio, donde reinaba un casi ordenado desorden—. Vivo de mis novelas. Esto es lo mío. Aquí no recibo órdenes de nadie, y no corro riesgos.

—¡Vamos, vamos! A ti no te asustan los riesgos. De ser hombre,

habrías llegado a comisario.

—Me río yo de tu comisario.

—No lo hagas por él. Hazlo por mí... Sabes que...

—No me recuerdes la amistad que te unía con mi padre, Toan. No conseguirás enternecerme. —Se levantó, fue en busca de su cajetilla de cigarrillos, y encendió uno, quedándose un momento mirando hacia la máquina de escribir, donde sobresalía una cuartilla escrita a medias. La arrancó de un tirón y, arrugándola, la tiró al cesto de los papeles.

—Quizá la amistad con un siquiatra podría ser beneficiosa para tu trabajo —murmuró Renault, resistiéndose a abandonar la lucha.

—¿Un siquiatra? —preguntó ella, lanzando una bocanada de azulado humo.

—Sí. Un inglés. Dice que está de vacaciones, pero fue sorprendido en el lugar donde, un par de días antes, se había cometido un asesinato.

—¿Y mi misión sería hacerme amiga suya, verdad?

—Y averiguar lo que hace en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Lo siento. Ya tengo libros sobre siquiatría... —Hizo una pausa para preguntar—: ¿Y cómo se llama ese sujeto?

—Harlow. Richard Harlow.

La expresión de Lorena reveló una profunda sorpresa.

—¡Richard Harlow!

—¿Le conoces?

—Personalmente, no, pero... —Buscó en su biblioteca, y extrajo un volumen—. Éste es. ¡Es curioso! ¡Richard Harlow!

—¿Es suyo ese libro?

—Sicología de los criminales —replicó ella, leyendo el título.

Renault vio aparecer un rayo de luz.

—Escritor y todo...

—Es su único libro. Está en inglés. Deberíais saber idiomas para leerlo. Es el estudio más documentado que he leído sobre criminología. —Y, decididamente, añadió—: ¿Dónde se hospeda el doctor Harlow?

—¡Oh, Lorena! Nunca podré agradecerte...

—Déjate de bobadas. Lo hago porque quiero conocer personalmente a Harlow. Debe ser muy inteligente... Sí, muy

inteligente —añadió, pensativa.

CAPÍTULO IV

Richard Harlow apartó la cortina de la habitación del Palace, y miró hacia la calle. Eran las siete de la tarde, y la concurrencia era bastante nutrida.

No podía conocer a los agentes encargados de vigilarle, pero sabía que estaban allí.

Dejó de mirar, y se dirigió hacia el teléfono.

Cuando obtuvo la respuesta, pidió:

—Resérveme un billete para el tren de Marsella... Para esta misma noche, sí... Coche cama, por supuesto. Un *single*. ¡Ah! Ordene que me traigan la cena a mi habitación. Algo sencillo, frugal. Ensalada, jamón York y carne a la parrilla, jugo de tomate y vino rosado... No, no, ninguna marca especial. Gracias.

Un colega le recomendó, a la salida del Yard:

—Llevas mucho tiempo sin concederte descanso. Deberías tomarte unas vacaciones. El clima mediterráneo te sentaría bien. El Sur de Francia o España, tal vez. Los otoños son benignos, y creo que el jefe va a concederte un permiso.

Richard Harlow lo estuvo pensando. No porque se sintiera realmente cansado, pero llevaba ya algún tiempo queriendo visitar a su amigo Marc Leclair.

Guardaba en su casa varias cartas, y en todas ellas le invitaba a visitar París, a recordar viejos tiempos.

Sí. Pensó que sería un buen momento para volver a encontrarse, para rememorar aquellos tiempos idos, y decidió aceptar el permiso y emprender viaje hacia la capital de Francia.

CAPÍTULO V

Marc le esperaba en la estación...

Los años habían pasado, indudablemente, pero mostraba el mismo aspecto bullanguero, optimista y dinámico, como un torbellino.

—Tu carta me ha proporcionado la mayor alegría de estos últimos años. ¡Al fin, te has acordado de tu viejo camarada!

Lo que más sorprendió a Richard fue ver que tras la gabardina de su amigo francés se escondía un *smoking*.

—No era necesario que te vistieras de etiqueta para venir a recibirme...

—Es que no quería perder ni un segundo de tu estancia en París. Ya he preparado un completo programa para que no te aburras.

—¡Vaya! Esto se llama correr...

—Todo es poco para un viejo amigo. Tenemos el tiempo justo para que vayas al hotel, te cambies y... ¡A empezar la primera juerga!

—¿Esta noche?

—¡Claro! Mi programa empieza a partir de este momento. Todo calculado. Cena de lujo en Marcel. No conoces ese restaurante, hace poco tiempo que lo han inaugurado, pero es de lo mejor. Allí se reúne todo el París. ¡Digno de un buen amigo!

Salieron de la estación como si alguien les persiguiera.

Richard había dado orden a un mozo para que cuidara de su equipaje.

—He alquilado un coche para los primeros días —explicó Marc—. El mío se ha estropeado justamente esta mañana. Por lo menos, me lo tendrán una semana en el taller.

Al cruzar el vestíbulo, se tropezaron con otro mozo, que se quedó mirando a Marc.

—¡Eh! ¿De qué vas disfrazado? —le dijo.

Marc ni siquiera le contestó.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

—¡Yo qué sé! Se habrá confundido. No le he visto en mi vida. ¡Bah! Un mozo. Pobre idiota. ¡Vamos! El coche está ahí mismo.

El auto era un modelo americano, lujoso y confortable.

—¿Quieres conducir tú? —preguntó Marc—. ¿O ya no te acuerdas de París?

—¡Claro que me acuerdo! Pero si la circulación está como en Londres...

—¡Oh! Es un desastre. Yo, la mayoría de las veces, prefiero tomar un taxi; así no tengo problemas de aparcamiento.

Marc se sentó al volante, y se alejaron de la estación.

Richard, a su lado, miraba, a través de la ventana, las luces de la capital. ¡Cuántas cosas habían cambiado! Pera la esencia de París seguía siendo la misma.

—¿Y qué es de tu vida? —preguntó Richard.

—No puedo quejarme, he publicado algunos libros... Novelas baratas, no se lo digas a nadie, pero son las que más se venden, sigo pintando y no se me da mal. Bueno..., mi nombre quizá no llegue a famoso. Hoy en día la gente no compra obras de arte. Cada día se entiende menos. Trabajo de encargo, pero pagan bien. Ya te mostraré algunas cosillas, pero después... Ahora, lo primero es la cena. ¿Traes *smoking*, supongo?

—Por pura casualidad.

—Estamos llegando. Diez minutos para instalarte y cambiarte, y a Marcel. Tú déjate guiar por mí, y no te arrepentirás.

Marc dio la vuelta a la plaza Vendome para detenerse frente al Palace, donde el portero acudió, presuroso, a abrir la puerta del automóvil.

Ambos se dirigieron a recepción. Marc había cuidado de reservar la habitación, y ambos subieron en el ascensor, acompañados del botones.

Era la puerta señalada con el número 314.

Richard dio una propina al botones y al mozo que le entró el equipaje.

—Si quieres, date un baño, pero no tardes. Marcel siempre está lleno, claro que ya reservé la mesa con anticipación.

—Me tomaré una ducha —replicó Richard Harlow—. Si no te

importa abrir la maleta grande. Espero que el *smoking* no esté demasiado arrugado.

Apenas un cuarto de hora más tarde, salían los dos del Palace para dirigirse a Marcel.

Marcel, en efecto, era un restaurante de lujo, pero un lujo distinto a los viejos tiempos. Los pesados cortinajes de terciopelo, las acolchadas paredes y los techos con molduras doradas y grandes lámparas de cristales, pertenecían al pasado.

El servicio era bueno, y la cocina, indudablemente, de primera calidad.

Fue, en verdad, una cena espléndida, rociada con vinos tradicionales y el imprescindible champaña rosado, de la cosecha del cuarenta y ocho.

—Bien... —sonrió Marc—. Ahora lo dejo a tu elección: El Folies Bergère, Lido, Moulin Rouge, Pardo... ¡Camarero, deme la cuenta!

Richard hizo un ademán:

—Por favor, Marc. Permíteme que sea yo quien abone...

—De ningún modo. Eres mi invitado.

El camarero dejó la nota en un plato.

Doscientos diez francos. Marc buscó su cartera.

Su rostro cambió de expresión.

—¡Cielos! ¡Qué estúpido soy! Al cambiarme, se me olvidó coger la cartera. Y ni siquiera llevo conmigo el talonario de cheques.

Richard sonrió.

—Ahora sí que no tienes excusa. Yo pagaré.

Sacó dinero suelto de su bolsillo, y abonó el importe.

—Esto es empezar mal —murmuró, malhumorado, su amigo—. Se acabó el Moulin Rouge, y todo esto.

—¿Por qué?

—Primero iremos a mi casa. No puedo permitir que sigas pagando tú.

—Estoy de vacaciones, Marc. No te preocupes. Mañana...

—Insisto, Richard. Sería una corrección por mi parte, Nos podemos llegar hasta mi casa.

—Si es tu deseo, pero, por el dinero, sigo diciendo que no tiene importancia.

—¡Todo tan bien preparado! —exclamó Marc—. Y lo malo es

que mi casa nos pilla un poco lejos. Un lugar desconocido para ti...

—No hablemos más. Vamos a Lido, si te parece; luego, pasaremos por tu casa a tomar la última copa.

La fiesta continuó. Después del espectáculo de Lido, todavía encontraron abiertos un par de bares.

Al fin, Marc tomó la dirección de su casa, alejándose «le la clásica ciudad para adentrarse en las nuevas avenidas que constituían el París moderno, de grandes rascacielos, de edificaciones de cristal y aluminio, de extraños establecimientos, diseñados según las nuevas tendencias de la moda.

Llegaron, por fin, a la rué de Montand.

Marc detuvo el coche frente al número doscientos veinticinco.

Era un edificio de cuatro plantas, en una zona tranquila.

Amplias terrazas exteriores le daban un aspecto señorial, soberbio.

—Es en el segundo. Mi apartamento ocupa el ala de atrás.

—Bonita, choza —murmuró Richard.

—¡Bah! Las hay mejores, pero no falta comodidad. Ya verás...

Cruzaron el amplio vestíbulo, que al final se abría en dos alas. La de la derecha tenía la escalera y el ascensor. En la parte izquierda, una puerta, que acababa de cerrarse. Los dos pudieron oír el ruido.

—Debe ser el portero —murmuró Marc, bajando la voz, y añadió —: Vamos a subir por la escalera. Son sólo dos pisos.

Richard siguió a Marc, que subía con agilidad, pese al alcohol ingerido. Llegaron junto a la puerta señalada con el número 2.

—Aquí es. Habría pedido que te quedaras, pero sé que te gusta más la independencia del hotel. De todos modos..., siempre estás a tiempo de cambiar.

Buscó las llaves para abrir, y nuevamente ahogó una exclamación de contrariedad:

—¡Es el colmo! Ni el dinero ni las llaves.

—¿No hay algún otro medio de entrar?

—Sí —recordó Marc—. Ven, sígueme.

Al extremo del pasillo había una ventana.

—Por aquí —indicó—. Tú no es necesario que pases. Te abriré por dentro.

Richard miró a través de la ventana. Abajo, en la calle, todo era

silencio y quietud.

—Sí pasara la policía, iba a tomarme por un ladrón —murmuró.

—No dejaría de ser divertido —sonrió Richard.

—No. No me gusta la policía. No hago buenas migas con esa gente. Siempre meten las narices donde no les importa.

—¿Tienes algo que ocultar, Marc?

—¡Qué voy a tener! Pero en estos barrios nuevos toda vigilancia es poca, y ya se han cometido bastantes robos, pero, que yo sepa, ninguno ha sido aclarado. ¡Si hubiera más agentes!

A través de la cornisa, había saltado hacia la terraza. Richard cerró la ventana y fue hacia la puerta del piso. Marc no tardó ni dos minutos en franquearle la entrada.

—Bien. Asunto resuelto. Pasa —le invitó.

Para un observador como Richard, aquel marco parecía desdecir del carácter bohemio de su amigo, No porque Marc careciese de gusto, sino por los detalles en sí, por su idiosincrasia particular. Demasiado orden, demasiado perfecto todo.

—¿Te gusta? —sonrió Marck, quitándose la gabardina y echándola sobre un sofá.

—Te felicito.

—Bueno. Uno debe tener un nido donde se encuentre bien —replicó el francés, con aire displicente.

Se fue hacia el bar. Richard seguía ojeando cada rincón, cada mueble, cada detalle.

—Vives bien.

—Psé...

—Esto es una maravilla.

—Viniedo de ti, es un cumplido. Tú estás acostumbrado al lujo.

—Sí, adoro tener mi rincón. No lo cambiaría por nada. Si uno no se encuentra bien en casa... ¿Dónde va a encontrarse bien?

—Te plagué la filosofía y... me decidí a montar esto —sonrió Marc, preparando dos vasos.

—¿Dónde diablos estará el hielo? —añadió.

—¿Por qué no miras en la cocina?

—¡Oh! Es verdad... Luego, echaremos un vistazo al resto de la casa, pero primero, un brindis.

Marc se dirigió hacia un extremo, donde se abría un arco que daba paso a las demás dependencias.

—Ven conmigo.

Richard le siguió.

Marc palpó la pared, buscando el conmutador de la luz. Cuando la lámpara fluorescente iluminó la espaciosa y limpia estancia, el estupor se reflejó en los ojos de los dos amigos.

Allí, en el suelo, tumbado de bruces, había un hombre; bajo su cuerpo inerte, un pequeño charco de sangre, que comenzaba a coagularse.

Richard parecía esperar una explicación, que Marc no atinaba a darle.

—¡Dios mío! —Apenas logró exclamar.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió Richard.

Richard le miró unos instantes. No comprendía la extraña actitud de su amigo.

Se inclinó sobre el muerto, y le volvió ligeramente el rostro.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy bien conservado físicamente; las sienes plateadas le daban un aire de elegancia, que compaginaba bien con su traje impecable, de tela cara y mejor corte.

—¿Le conoces? —preguntó Richard, con serenidad.

—No. No le he visto en mi vida...

—¡Marc, ésta es tu casa! ¡Un hombre está muerto en tu cocina! No pierdas la calma. Llamaremos a la policía.

—¡No! —La exclamación de Marc fue como el grito histérico de una mujerzuela.

—Pero..., ¿qué te pasa?

—Ya... Ya te lo contaré. Pero marchémonos de aquí.

—Pero..., ¿qué estás diciendo, Marc? Ese hombre no hace mucho tiempo que ha muerto. No soy forense, pero... a simple vista, puedo deducir que apenas hace media hora vivía. Tal vez... Registremos la casa.

—¡Por lo que más quieras, Richard! Marchémonos. No quiero meterte en esto. Tengo un refugio en Deauville. Pasaremos allí unos días... Ya se aclararán las cosas. No quiero...

—Pero, ¿qué es lo que temes...?

—Yo no le he matado, Richard. Tú mismo acabas de decir que lleva muerto media hora. Estuve toda noche contigo...

Richard casi sonrió, incrédulo.

—¡Pero, Marc! ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Quién te acusa?

Marc era la estampa del nerviosismo. Richard lanzó un suspiro.

—Voy a registrar la casa...

No esperó el consentimiento de su amigo, y abrió todas las habitaciones. Tres dormitorios, uno con cama grande, baño privado... todo dispuesto con el mismo lujo y elegancia, aunque, aparentemente, Richard no parecía fijarse en ello.

Otras dos piezas, una de ellas arreglada con cierta coquetería femenina. La otra parecía una habitación propia de invitados.

Otro cuarto para el servicio, etc...

En realidad, Richard sólo se limitó a abrir puertas a encender las luces. No tuvo tiempo de más. Marc corrió hacia la salida, exclamando:

—Yo me largo, Richard. Me largo de aquí...

Y el inglés tuvo que seguirle porque su amigo corría y, por el pasillo hacia la escalera. Consiguió alcanzarle» y llegaron al rellano de la planta baja.

Una puerta —la de la portería— se cerró de golpe. Mari se pegó a la pared. Richard quedó unos instantes indecisa Cogió a su amigo por los hombros.

—Estamos cometiendo una estupidez.

La luz del vestíbulo le daba en el rostro, mientras el de su amigo permanecía en la sombra.

—¡Vámonos! —insistió Marc.

Richard, sin comprender, subió tras él y puso en marcha el vehículo.

CAPÍTULO VI

Sí. Salieron del 225 de la rué Montand.

Marc llevaba el volante, conducía con los ojos fijos, pero Richard habría jurado que ni siquiera prestaba atención a las calles que cruzaba.

No habló ni una sola palabra. Harlow le observaba. No podía comprender la actitud de su amigo, su forma de proceder, ni el significado de aquella loca huida.

El escaso tránsito les evitó situaciones comprometidas; sin embargo, un pesado camión tuvo que frenar bruscamente, y Marc, maquinalmente, viró para evitar lo que parecía un choque seguro.

Richard intentó dominar su estado, rayando en él paroxismo.

—¿Puede saberse dónde vamos?

—Lejos... No preguntes —musitó Marc.

—Ten calma, Marc. Vamos a estrellamos. Si me dejan conducir a mí...

No contestó. Buscó lo que Richard ya suponía. Una de las salidas de la ciudad. Hacia el noroeste.

Cruzaron la nueva autopista, bajo el puente, y por una carretera secundaria, bordeada de árboles, Marc incrementó la velocidad.

—Esto no tiene sentido —musitó Richard.

Estaba pendiente de su amigo. Observando todos sus movimientos, sus posibles reacciones.

Al cabo de unos veinte kilómetros, pisó el freno.

Se detuvo al borde de la carretera, en un claro del bosque. Sudaba.

Durante unos instantes, imperó el mismo silencio que había presidido aquella absurda fuga. Al fin, Richard tomó nuevamente la palabra:

—¿Puedes decirme de qué huimos, Marc?

—No quiero verme en ningún lío... Ni a ti tampoco. La culpa es

sólo mía. No debí... —Se detuvo, como si temiera seguir hablando, como si no se atreviera a revelar un secreto.

Richard, suavemente, trató de animarle:

—Soy tu amigo, Marc. Puedes confiar en mí.

—Sí, lo sé, pero... Es muy difícil de explicar.

—¿Qué es lo difícil?

—Verás, Richard... Aquella casa..., donde hemos estado... no es exactamente mi domicilio. Yo... Yo vivo en Deauville hace tiempo. Tengo un apartamento en París... Bueno, no es exactamente un apartamento... Es un hotel. ¿Comprendes? Me alojo en él cuando..., cuando voy a la ciudad. Deauville es más tranquilo... Sobre todo, cuando los turistas se han ido.

—Bueno... Confieso que me sorprendió que me llevaras allí. Tus últimas señas eran las del Hotel Bonnard, si mal no recuerdo.

—Generalmente, me hospedo allí. Es un buen sitio..., ¿sabes?

—Entonces... Esta casa donde hemos estado...

Marc intentó sonreír. Estaba nervioso, aunque tratase de disimularlo.

—Es como si fuera mía. Las cosas me van bien. Ya te lo dije... La compré a medias con un amigo mío... Queríamos estar bien instalados para..., para cuando... Bueno. Ya me comprendes...

—¿Y tu amigo era el muerto?

—¡No!... No lo era.

—¿Quién es tu amigo?

—¿Qué importa? Ahora no está en París... Ni siquiera en Francia. Se fue hace un par de semanas. Le gusta cazar, está en África. Tardará aún en volver.

—Pero ese hombre...

—Olvídalo, Richard. Te lo ruego. El piso va a nombre de mi amigo. A mí no pueden relacionarme en absoluto con el muerto, ni con el lugar, ni a ti tampoco... Sugiero que... que nos separemos. Solo..., sólo unos días. Sabrás de mí. Te llamaré al Palace.

—Estás temblando, Marc. Tienes miedo.

—¿Y tú no?

—No tengo nada que ver en esto. Sólo trato de ayudarte. Sería mejor contarlo todo a la policía.

—¡No! Ya te lo he dicho. Olvídalo. Llévate el coche. Yo ya me arreglaré... No te preocupes... Déjalo en cualquier calle. Diré...,

diré que me lo han robado. Haz lo que te digo, por lo que más quieras.

Richard le miró largamente, en silencio. Allí había algo que no estaba nada claro. Marc salió del auto.

—Yo no he tenido nada que ver —insistió el francés—. Te doy mi palabra de honor.

Richard no tuvo tiempo de replicar, su amigo se perdió entre el bosque. Estaba demasiado oscuro para seguirle. Tan oscuro como aquel asunto que había comenzado a echar a perder sus vacaciones.

CAPÍTULO VII

Richard Harlow aparcó el auto cerca del hotel. Durante el regreso, no había descartado la idea de llamar a la policía. Pero ello implicaba mezclar a su amigo, y no acabó de decidirse. Algo vago e impreciso, se lo impedía.

Algo inconcreto, con respecto a Marc, a todo lo acaecido desde su llegada a París, en lo deprimida que ocurrieron las cosas, en un cierto nerviosismo por parte de su amigo...

Era como un rompecabezas que a él, a Richard, como siquiatra, no le era del todo desconocido.

En principio, parecía evidente que Marc escondía algo, Pero no precisamente relacionado con el crimen.

Se preguntó si conocía realmente a Marc, y sobre aquella base pasó varias horas reflexionando.

Se olvidó por completo de dormir. No era la primera vez que un enfermo le quitaba el sueño.

¡Un enfermo!

Eso es lo que podía ser su amigo Marc. Un enfermo... O un caso más...

Decididamente, sus vacaciones no habían empezado aún.

Amanecía cuando salió del hotel para dirigirse al domicilio donde había mandado la última carta a su amigo.

El establecimiento figuraba en las listas turísticas como confortable, de mediana categoría. Un hotel popular, sin grandes pretensiones. A Richard le pareció más acorde con el carácter de su amigo.

El conserje le atendió:

—¿El señor Leclair? No... No figura entre nuestros clientes.

—Hace unos días le escribí una carta. La dirigí a este hotel, y él la recibió. Si pudiera consultar usted en el registro...

El conserje que, dada la categoría del hotel, hacia las veces de recepcionista, cumplió los deseos de Richard para acabar reafirmandose en su negativa:

—Lo que yo le dije, señor. Debe confundirse usted de hotel.

—Estoy seguro de que no.

—No comprendo, señor...

—Tal vez —insinuó Richard, lanzando un tiro al azar— el señor Marc Leclair de las señas del hotel para recibir su correspondencia.

—Eso no es muy corriente, señor... A menos que fuera un cliente...

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí? —preguntó Richard al empleado.

—Un año, señor...

—Ya. ¿Y está solo? Quiero decir si nadie le releva...

—Mi compañero. El hace el turno de tarde. Pero no creo...

—Me interesaría ver a su compañero. ¿Podría indicarme sus señas? Es un asunto muy importante.

Las vacilaciones del empleado terminaron cuando Richard puso en práctica el procedimiento más antiguo para soltar lenguas. Dar dinero.

El conserje guardó los billetes y sonrió.

—Podemos llamarle por teléfono, señor... —insinuó.

El conserje del turno de la tarde no tuvo el menor inconveniente en aclarar las cosas:

—Conozco a Marc hace años. Ignoro dónde se hospeda, creo que vive fuera de la capital. Me pidió que recogiera su correo. No es muy corriente, la verdad, pero por la vieja amistad... Ya sabe. Después de todo, esto no creo que sea faltar a mis obligaciones.

—Eso no es cuenta mía —replicó Richard—. En fin, si no puede darme ningún otro dato...

El hombre se rascó la cabeza. Su pelo estaba revuelto todavía. Acababa de levantarse de la cama, y mostraba el natural desaliño.

—¿Por qué no pregunta usted a Verneil? Es uno de éstos que antes llamaban existencialistas. Vive en una buhardilla en Montmartre.

—¿Recuerda las señas?

—Sí. Creo que sí, pero dudo que encuentre allí a Marc Leclair.

—Quizá ese Verneil pueda ayudarme.

—Quizá —musitó el hombre.

Con otro taxi, llegó Richard al pie de la larga escalinata.

—La calle que usted busca está al final. Suba, y la encontrará enseguida.

Richard Harlow abonó la carrera, y subió ágilmente la escalera.

Pero tras la puerta del último piso del destartalado edificio que Richard golpeaba con los nudillos, reinaba el más absoluto silencio.

Al fin, consiguió Richard que alguien le abriera.

Era un tipo que podía tener su misma edad, pero que la ocultaba bajo una descuidada barba y unas melenas que le llegaban hasta el cuello.

—¡Eh! ¿Quién diablos es usted? Ésas no son horas de...

—Siento haberle despertado...

Una voz femenina exclamó, al fondo:

—¿Quién es, Antoine? Anda..., dile que se vaya, y vuelve.

—Lamento haberle, importunado —sonrió Richard—. Sólo intento averiguar el paradero de Marc Leclair. Me han dicho que usted es amigo suyo... Supongo que estoy hablando con el señor Verneil.

—¡Marc! —exclamó el aludido—. Hace siglos que no le veo. Últimamente, las cosas no le iban demasiado bien. No es que a mí me importe hacer favores a los amigos, pero... todos tenemos que vivir. —Se encogió de hombros.

—¿Quiere decir que Marc... le pedía a usted dinero?

—A mí y a todo el mundo... Se empeñó en vivir contra la corriente...

A la muda interrogación del inglés, Verneil añadió:

—Sí... Se cree un genio. No se adapta. Hay que vivir, comprende... Si la gente prefiere comprar mamarrachos, hay que pintar mamarrachos. El, no. El creía estar en el secreto del arte, y se hartó de vender cuadros que sólo le pagaban por la mitad del importe del marco.

—Una última pregunta, señor Verneil... ¿Cuándo fue la última vez que le vio usted, y dónde?

—Pues... Quizá hará unos seis meses. Nos encontramos en Vanderley. Está tres calles más abajo. Un sótano que hemos convertido en estudio. Estaba a dos velas..., pero siempre con sus grandes proyectos.

—Gracias, señor Verneil —musitó Richard, como si todo aquello no sólo no le cogiera por sorpresa, sino qué formara parte de la composición del rompecabezas.

—Si puede ayudarle a encontrarlo..., creo que a veces se gana la vida repartiendo folletos de propaganda a los turistas que visitan la torre Eiffel. Y hay quien dice que ha hecho hasta de maletero.

El inglés asintió. Reiteró sus disculpas, alejándose de la casa.

En su mente había llegado otro recuerdo...

Sí... Fue la noche anterior, justo cuando llegó a la estación, y Marc le estaba esperando...

Sin dudarlo, se trasladó a la estación, y buscó a determinado mozo de equipajes.

Era el tipo que la noche anterior había saludado a Marc.

Richard encontró, al fin, al mozo, que regresaba de llevar hasta el taxi las maletas de unos recién llegados.

—¿Me recuerda usted? Llegué anoche, procedente de Londres. Iba con un amigo...

El mozo se rascó la cabeza, separándose maquinalmente la gorra con gesto habitual.

Richard Harlow puntualizó más detalles:

—Mi amigo era Marc Leclair. Usted le saludó.

—¡Haber empezado por ahí! —exclamó el mozo—. ¡Claro que conozco a Marc!

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—¿No es usted amigo suyo? —pregunta el mozo con cierta desconfianza.

—Lo soy. Y estoy intentando ayudarle, pero anoche..., al despedirnos, no me dio sus señas...

—Hummm... No sé si habrá cambiado. Detestaba aquel «agujero».

—¿Qué agujero?

—Puede usted comprobarlo. Es en la rué de Frazer.

Antes era una pensión, pero creo que amenazaba ruina. Puede usted ir. Está en Saint Germain...

—Gracias, amigo. —Y Richard obsequió la información con una generosa propina, para proseguir hacia las nuevas señas.

La rué de Frazer era, incluso, desconocida por los taxistas.

Más que una calle era un estrecho callejón sin salida. La parte

frontal del edificio estaba prácticamente desmantelada pero la escalera del callejón mostraba huellas de ser transitada.

Un largo y húmedo pasadizo, con puertas a ambos lados ocultaba oscuros habitáculos. La escalera estaba cortada por unos travesaños de madera para impedir el paso. No había siquiera barandilla. Posiblemente, el edificio amenazaba ruina.

Richard tomó el pasadizo, y llamó a la primera puerta.

Una mujeruca, entrada en años, con los cabellos lacios y la mirada de una posea, le entreabrió la puerta.

—Perdone, señora —murmuró Richard, con su habitual cortesía —, busco a un tal Marc Leclair.

—Final del pasillo —respondió la vieja, cerrando enseguida la puerta tras sí.

Richard anduvo por el estrecho pasadizo hasta el final. Había sólo una puerta, a la que llamó inútilmente.

Nadie respondía.

Salió al exterior, por la parte opuesta a la que había entrado.

Se encontró en un patio cerrado, lleno de basura de escombros. Olía a demonios.

Con un gesto de repugnancia, se volvió hacia el pasillo. Entonces vio la ventana sin cristales, un papel de periódico la protegía del aire.

Aquella ventana sólo podía comunicar con la habitación de la puerta a la que había estado llamando.

Rompió el papel con la mano, y se metió en el interior de lo que, más que una casa, parecía una pocilga.

Una pocilga con muestras de haber sido habitada recientemente.

Una mesa que apenas se sostenía, una silla desvencijada. Un catre que debía estar lleno de chinches, y una sucia cortina, ocultando un hueco entre dos entrepaños. Todo ello en un espacio no mayor a unos nueve metros cuadrados —unos tres por lado— y con un techo, cuya pintura llevaba tiempo caída.

Una palangana y un jarro lleno hasta la mitad con agua, estaban sobre la mesa, junto con otros papeles.

Richard curioseó.

No se sorprendió en absoluto cuando, entre los papeles, recortes de periódico con ofertas de trabajo y anuncios de toda índole, encontró la carta que él mismo le había dirigido a Marc,

anunciándole su próxima llegada.

Sí... No le cupo la menor duda de que aquél era el «auténtico» domicilio de Marc.

Tras la sucia cortina, un par de perchas, de las que colgaban el *smoking* y unos viejos pantalones. Nada más.

En el bolsillo del *smoking*, una papeleta de una sastrería teatral. Era relativo a la prenda. Al dorso, llevaba una nota:

«No olvides devolverlo el lunes, antes de la tarde».

Richard sonrió con tristeza. Había descubierto el gran secreto de su amigo...

CAPÍTULO VIII

Había descubierto el gran secreto de su amigo Marc Leclair.

Ni era rico, ni había triunfado. Era sólo un pobre diablo, que no quiso humillarse y contar la verdad a Richard.

Tuvo que pedir prestado un *smoking* y representar una comedia...

Ni se había olvidado la cartera, ni aquel lujoso apartamento era suyo, pero...

Richard pensó reiteradamente en ello. ¿Por qué elegir aquel apartamento, que parecía conocer a la perfección?

Sólo cabía una respuesta. Marc «debía saber» que aquel fin de semana estaría vacío, lo cual parecía demostrar que, de un modo u otro, conocía a sus moradores.

Al día siguiente, o sea, el lunes, fue cuando se descubrió el cadáver, y los periódicos de primera hora de la tarde daban la escasa información que sobre el asunto había.

«El cadáver fue descubierto por la esposa y la hija».

El nombre del muerto era Maurice Deval, un conocido hombre de negocios, de gran prestigio y mejor reputación.

—¿Qué puede unir a Marc, un desventurado, un iluso, un fracasado, con un genio de las finanzas?

Richard recordaba que, «antes» de descubrir el cadáver, Marc le había hablado de Deauville.

—«¿Será otro bluf?», pensó.

O realmente, su amigo tenía algún lugar donde refugiarse en la Célebre estación francesa... Eso es lo que quería averiguar.

Ir a la policía y relatar los hechos, no serviría de nada. Complicaría a su amigo, y no contribuiría a ayudar en nada, por eso se abstuvo. Por eso y porque, más que nada, deseaba profundizar en

la personalidad de su amigo, ayudarle... no ya a demostrar su inocencia —el cadáver llevaba muerto escaso tiempo, y era perfectamente imposible que Marc pudiera ser el autor de aquella muerte—, su ayuda sería de tipo moral, y hasta económico, si fuese preciso, y, por fin, hasta incluso podría llegar a alguna conclusión, si lograba saber por qué demonios su amigo eligió aquella casa.

Richard no actuaba como policía, ni como fisgón privado, sino como médico siquiatra que era. Porque una profesión no se queda en casa cuando uno se halla en vacaciones. Y ante todo, Richard Harlow era un profesional de la siquiatra.

Uno de los detalles que quería saber era... *si alguien* podía haberles visto. Enterado de que, tanto la viuda como la hija del asesinado, dadas las circunstancias, tras el entierro, habían optado por fijar temporalmente su residencia fuera de París, decidió ir aquella noche al lugar del crimen.

Si nadie le descubría, trataría de encontrar alguna pista, y si —como sucedió— le atrapaban, entonces tendría otra base donde dirigir sus sospechas.

Ahora, la base podía ser el rechoncho portero de la finca. Aquel hombre calvo, de baja estatura y mirada asustada ¿Por qué cerró la puerta en el momento en que él y Marc bajaban del apartamento de los Deval? ¿Huía de algo? ¿Se escondía? ¿No era más lógico que, al oír pasos, esperara un poco a cerrar?

Bueno, todo eran vagas suposiciones que, en un momento dado, podían ser tenidas en cuenta. Ahora, el quid de la cuestión. La «otra» cosa que quería averiguar Richard, aparte de encontrar a su amigo, tenía nombre de mujer. Sí. Jacqueline Deval, la hija del hombre asesinado.

Dejó a un lado sus pensamientos.

Había concluido la cena en su habitación del Palace Hotel. Aquello que había estado reviviendo era todo cuanto había ocurrido, desde su llegada a París hasta el momento presente, en que volvió a levantarse para mirar a través de la ventana.

Sabía que le vigilarían, pero ya tenía el sistema adecuado para despistarles.

Claro que no contaba con Lorena Legrange.

Lorena Legrange, la encantadora novelista, con dotes

detectivescas, que en aquellos momentos trasponía las puertas del Palace Hotel...

CAPÍTULO IX

Lorena se había sentado en el vestíbulo del hotel, leyendo el libro de Richard Harlow.

Un botones se le acercó discretamente.

—El señor Harlow ocupa la habitación 314. No ha bajado para la cena, y tiene reservada una plaza para el expreso de Marsella, que sale dentro de una hora.

Lorena deslizó un billete del Banco de Francia, cuya cuantía hizo agrandar momentáneamente los ojos del botones.

—Discreción —sonrió ella, como si dijera un cumplido.

El botones hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Lorena siguió mirando el libro, en cuya contraportada figuraba el retrato de su autor: Richard Harlow.

No tenía ningún fin preconcebido. Había ido al hotel para tantear el terreno. Según las circunstancias, habría tomado habitación, pero ahora, las circunstancias no parecían aconsejarlo, así es que podía pasar como una de tantas personas que esperan a alguien o que gustan simplemente de hacer antesala, después de la cena. En los grandes hoteles hay siempre gente de todos los gustos y costumbres.

En efecto, Richard Harlow, provisto de un *necesser*, salía por la puerta del ascensor. Ella le vio perfectamente, con el rabillo del ojo.

Lorena se acercó, mostrando un rostro de entera sorpresa y estupefacción a la vez.

—¡No puedo creerlo! —exclamó, ya cara a cara, mirando a Richard.

—¿Qué es lo que no puede creer? —preguntó él.

—Es usted mismo... Richard Harlow... ¿Verdad que es usted Richard Harlow?

El sonrió. Observó el libro que la muchacha tenía en las manos.

—En efecto. Soy Richard Harlow.

—¿Y no cree que es una coincidencia que se me aparezca, de pronto, mientras estoy leyendo su último libro?

Richard acentuó su sonrisa.

—Puede serlo. El mundo está lleno de coincidencias. ¿Le interesa a usted la Siquiatría?

—Verá..., soy escritora... Bueno, quizá el título suele demasiado rimbombante. Escribo novelas. Serie negra, cositas para el gran público, pero me gusta documentarme bien, y leo todo lo que puede ser de utilidad para reflejar la humanidad de mis personajes... ¡Oh! Tal vez le parecerá una petulancia por mi parte... Usted sí que sabe escribir...

—En realidad, no es difícil, sobre todo cuando no hay que inventar. Este libro que usted lee, está basado en experiencias reales. Es más fácil trasladar eso al papel.

—Usted lo hace de un modo maravilloso. Cada caso es como una novela... Es una lástima que su obra no sea traducida. Yo puedo leerle, gracias a mis conocimientos de inglés.

—Celebro que le guste.

—Por favor... Tal vez le estoy robando su tiempo, pero... ¿le importaría autografiarme el volumen?

—Al contrario. Siempre es un placer que halaga. Usted debe saberlo, puesto que escribe.

—Sí. Pero uso pseudónimo: Mike Morrison.

—Hummm —murmuró el siquiatra, tomando el volumen de manos de la joven, al tiempo que extraía una estilográfica de su bolsillo—. ¿Y cuál es el suyo auténtico?

—Lorena. Lorena Legrange.

El escribió unas líneas con rasgo seguro, y devolvió el tomo a Lorena.

—Espero haberla complacido...

—Me gustaría tanto hablar con usted... Verá, cuando encuentro a un profesional de algo, sólo se me ocurre hacerle preguntas, muchas preguntas... No sólo por curiosidad, sino para llenar mi archivo con documentación real.

—Quizá otro día. Ahora tengo que tomar el tren. ¿Se hospeda usted aquí?

—¡Oh, no! Estaba citada con una amiga mía, pero llegué tarde, y se habrá marchado. Me quedé esperando, por si acaso... Y de veras

que no me arrepiento. —Hablabla con tal naturalidad, que sus palabras parecían rebosantes de sinceridad, de cosa espontánea.

—Bien... No estaré mucho tiempo ausente, puedo llamarla por teléfono, si quiere, y nos veremos cualquier día, aunque no me es posible precisar la fecha.

—¡Oh! ¡Qué contrariedad! Bueno... Yo también debo ausentarme. Voy a Marsella, ¿sabe?

El la observó unos instantes, frunciendo el entrecejo. Su semblante, en tales casos, producía un mágico influjo en las mujeres y, sin embargo, Richard no lo hacía con intención. Era un gesto natural en él, un gesto adorable a los ojos de las féminas, porque reunía una mezcla de varonil adustez y de escondida burla.

—¡No me diga!

—¿Va usted a Marsella? —inquirió ella, en el colmo de las sorpresas.

—Pues... sí. Allá voy.

—¿Ahora mismo?

—Mi tren sale dentro de una hora...

—Habrás reservado un *single*, claro —dijo ella, compresiva.

—Lo ha adivinado.

—De todos modos, yo no podré marchar hasta mañana.

—Que tenga un buen viaje y... si cuando estoy libre de mis asuntos, y usted de los suyos, si hay ocasión, la llamaré.

—Mi hombre viene en la guía —se apresuró a replicar Lorena.

El la saludó con una cortés inclinación de cabeza, y tomó la mano que ella le ofrecía.

Richard salió a la calle, y detuvo un taxi. No tardó en ver, a través del retrovisor, un coche negro que seguía la misma dirección, a prudente distancia.

Sonrió para sus adentros.

Lo que no pudo ver fue a Lorena telefoneando, desde el Palace, a la comisaría, e informando al inspector Renault.

—Se dirige a Marsella. Le he dicho que yo también tengo que ir allí.

—No le pierdas, pequeña —replicó Renault.

—Voy a tomar su mismo tren, pero él no puede verme. Llamad a vuestros colegas de allá, para que le vigilen y me mantengan informada. ¿De acuerdo?

—Descuida, Lorena. ¿Dónde te hospedarás?

—En el Continental.

—Sabrás de nosotros —concluyó el policía, colgando el aparato.

Lorena también sonrió para sus adentros; el caso empezaba a fascinarle. Le parecía de los más fáciles, y al mismo tiempo nada ingrato, sobre todo porque el «pez» que debía picar su anzuelo era un hombre sumamente interesante... y apuesto...

Era más o menos exactamente lo que pensaba Richard de la muchacha:

«Un auténtico bombón francés», sonreía para sí, sin dejar de mirar, de forma discreta, el coche policial que le estaba siguiendo.

CAPÍTULO X

Uno de los policías informó a la central:

—Ha subido a un coche cama. Ocupa un *single*, el segundo del pasillo, entrando por delante.

Renault, al otro lado del hilo, murmuró:

—Demasiado sencillo. Harlow sabe que le seguimos y, por lo visto, no parece importarle.

—¿Cree que tratará de despistarnos?

—No es que lo crea. Es que estoy seguro.

—Por si acaso, Porcel está al otro lado, por sí al pájaro se le ocurre el viejo truco de salir por la otra puerta.

—Bien hecho, y además, quiero que Murville suba al vagón. Vosotros seguid vigilando fuera. Si Harlow continúa en el tren, Murville le seguirá donde vaya.

—¿Algo más, jefe?

—Nada, por el momento —concluyó Renault.

El agente que había llamado salió de la cabina para informar a su compañero Murville de las órdenes del jefe.

Fuera, en el coche, un cuarto agente seguía ante el volante, por si se recibía alguna llamada urgente desde la central, o por si había que cambiar los planes y marchar rápidamente.

En el *single* del coche cama, Richard Harlow apartó ligeramente la lona que cubría la ventanilla y vio a los dos agentes hablando en el andén.

—Cierto que no les conocía, pero su experiencia le dictaba que eran policías. ¡Conocía tan bien los procedimientos!

Salió del compartimento y habló con el conductor:

—Estoy muy cansado y voy a acostarme. Que nadie me moleste, por favor.

—Descuide, señor —replicó el empleado.

Se metió de nuevo en el *single*, y cerró, en el momento que el

agente Murville subía a la plataforma y preguntaba al conductor:

—El pasajero del segundo compartimento..., ¿sigue ahí?

—En este momento acabo de hablar con él. Pidió no ser molestado.

—¿Y se metió de nuevo dentro?

—Sí... —replicó, extrañado, el hombre.

Murville le mostró su credencial.

El conductor mostróse un tanto sorprendido. El pasajero del *single* le había parecido un perfecto *gentleman* inglés.

Murville caminó por el pasillo, situándose a la mitad. Le esperaba una de esas nohécitas tan poco gratas con las que tienen que enfrentarse a menudo los agentes del orden.

Nada anormal ocurrió hasta la hora de partir el tren. El compartimento de Richard Harlow seguía cerrado. Todo indicaba, pues, que, por el momento, no pensaba despistarles.

El silbato sonó, y la máquina «Diessel» empezó a alejarse lentamente de la estación...

Claro que cuando, al día siguiente, el convoy llegó a Marsella, después de una noche plácida para casi todos los viajeros, excepto para el pobre Murville, el compartimento *single* de Harlow todavía permanecía cerrado, pese a la insistencia con que el conductor llamó a su puerta para avisarle de que había llegado a su destino.

Murville empezó a impacientarse:

—Abra usted con la llave maestra. De prisa.

El empleado obedeció.

Dentro, estaba vacío. Completamente vacío. Ni siquiera la cama había sido deshecha.

—¿Cómo, diablos, pudo salir Harlow? ¿Y cuándo lo hizo?

Bueno. La ventanilla estaba abierta, por tanto, era fácil suponer que el hombre tan estrechamente vigilado la había utilizado para escapar, pero... cuándo lo hizo, sólo lo podía contestar el propio Harlow, que acababa de despertar en una vieja fonda de Montebieu, el pequeño municipio cercano a París, un lugar rústico y sosegado, donde aún era posible escuchar el trino de los pájaros y «oír» el silencio, como si fuese algo tangible.

Una fonda sin comodidades, pero sencilla y limpia, donde se respiraba salud y olía a buena comida casera.

Sonrió, pensando en sus seguidores.

No. No pudieron verle cuando el tren, todavía en agujas de la gran estación y a marcha lenta, él abriendo la ventanilla, arrojaba su *necesser*, saltando con gran agilidad entre las vías.

No había cometido ningún delito, por burlar la vigilancia de la policía, ya que, al fin y al cabo, disponía oficialmente de cuarenta y ocho horas, y ya había advertido al comisario que eludiría su vigilancia.

Así, lo primero que hizo, una vez fuera del tren, fue caminar sin prisas. Y muy apartado de la estación, tomó un taxi hasta la terminal de autobuses. Ya se había enterado previamente de la salida, y sabía que había uno que le conduciría exactamente al sitio donde deseaba ir: a Montebellu...

Tras el desayuno, Richard, evitando las calles del pueblo, para soslayar la innata curiosidad de los lugareños hacia los forasteros, anduvo, a través del campo, hacia la frondosa propiedad de los Deval.

La verja de entrada estaba abierta. Un bien cuidado sendero conducía hacia el edificio. El jardín, bien cuidado, y el humo que salía de la chimenea, daban fe de que en la casa reinaba actividad.

Entonces vio salir el pequeño coche, y se apartó prudentemente.

Un viejo jardinero, o el portero, tal vez, agitaba el brazo en señal de saludo.

Richard pudo ver que el auto era conducido por una joven.

Se apartó todavía más, y se plantó en mitad del camino secundario que daba acceso a la entrada del recinto.

Cuando el coche se aproximó, Richard, sin moverse, hizo una seña a la conductora. Era una muchacha joven, de aspecto sencillo y distinguido.

Ella detuvo el auto.

—Perdone, señorita. Sin duda, es usted Jacqueline Deval.

El vestido negro de la muchacha la adelgazaba, estilizando su cuerpo de formas suaves, armoniosas. Su rostro disimulaba una tristeza interior, acentuando su serena belleza.

—Sí, en efecto. Soy Jacqueline, pero no recuerdo haberla visto...

—¿Me permite subir...? Me gustaría hablar con usted, si no le importa, y creo que es una buena ocasión.

Ella le miró desconcertada; quizá había en su expresión un instinto de desconfianza, aunque no de miedo. Jacqueline no

parecía una muchacha propensa a asustarse.

—No comprendo... Yo no le conozco.

—Mi nombre no le diría nada. Usted no me conoce —sacó una tarjeta del bolsillo superior de su chaqueta de pana.

Ella la tomó, leyendo:

—Doctor Harlow...

—Supongo que el comisario Drumont les habrá hablado de mí.

—Nos preguntó si conocíamos a un tal doctor... ¿Es usted?

—Sí, señorita, pero deseaba sostener una pequeña entrevista con usted a solas; ya sé que le parecerá muy extraño. Por mi parte, estoy enteramente en sus manos, pues debo confiarme a su total discreción. Por el momento, no quisiera que la policía supiera mi paradero.

—Usted estuvo en nuestra casa, la noche que asesinaron a mi padre.

—Cierto, señorita Deval, pero yo no conocía en absoluto a su padre, y, cuando llegué, estaba muerto; yo calculé que llevaba una media hora sin vida. Es, más o menos, lo que dictaminó el forense.

Ella tragó saliva, y bajó los ojos, como si todo aquello le hiciera vivir la espantosa escena del descubrimiento del cadáver. Richard comprendió:

—Sé que todo esto debe resultarle muy doloroso, pero me gustaría que pudiera confiar en mí.

—Hemos dicho a la policía cuánto sabemos, señor Harlow. No comprendo...

—¿Está segura de que lo han dicho todo?

En la pregunta de Harlow había una marcada intención, que no pasó desapercibida a la joven.

—¿Qué quiere decir?

—Si me permite subir... Si mis palabras no la convencen, siempre le queda el recurso de llamar al comisario. Daría cualquier cosa por saber dónde estoy en estos momentos.

—¿Por qué se esconde usted, si no tiene nada que ver?

—No me escondo, se lo aseguro. Intento actuar con libertad, sin ver coartados mis pasos...

—Pero, ¿por qué?... ¿Qué interés puede tener usted?

—El de salvar a un amigo mío, que quizá lo sea también suyo.

Ella le miró fijamente, pero acabó no pudiendo resistir el influjo

de los ojos del siquiatra.

—Suba —invitó.

—Gracias. Si no tiene prisa, demos un paseo; mientras conduce, podremos hablar con tranquilidad... Y, ¿quién sabe? Tal vez consiga, incluso, encontrar una pista que nos conduzca hasta el culpable de la muerte de su padre... Supongo que lo está deseando.

—Papá era un hombre excelente. Hacía favores a quien se los pedía. No tenía enemigos... ¿Por qué tuvieron que matarle?

—La versión oficial es el robo —recordó Harlow.

—¡Es absurdo! Apenas guardábamos dinero en casa.

—Ya veo que tampoco está muy convencida de que el móvil del crimen sea el robo. En esto coincidimos.

Ella se volvió súbitamente hacia Harlow. Sus miradas chocaron.

—No desvíe sus ojos de la carretera, señorita, por favor...

—Dígame... ¿De qué quiere hablarme? —murmuró ella, tras un silencio.

—De un amigo mío que, posiblemente, usted conoce, ya se lo he dicho antes.

—Yo no encubriría a un amigo que supusiera culpable de haber asesinado a mi padre.

—Estoy seguro de ello, señorita Deval, pero el amigo a quien yo me refiero *no mató a su padre*, aunque, si la policía le echara el guante, se vería en un buen compromiso, y hasta, quizá, usted también...

Jacqueline palideció.

Richard, por el contrario, se predijo que iba por buen camino...

CAPÍTULO XI

Se habían detenido en un claro del bosque. Estaban sentados en unas piedras, cerca del tranquilo riachuelo de aguas claras, saltarinas; su murmullo era lo único que rompía el silencio.

Richard repitió la pregunta, mientras encendía su pipa.

—¿Conoce o no a Marc Leclair?

Ella replicó, al fin, con otra pregunta:

—¿Era el hombre que estaba con usted la noche que...?

—Todo a su tiempo, señorita Deval. Primero, hable usted.

—Está bien, sí. Le conozco.

—Y él está enamorado de usted.

—Eso, ¿eso puede importar? Hace tiempo que no le veo... No me interesa.

—Miente usted muy mal, señorita Deval.

—Marc es un bohemio, un don nadie. Me engañó.

—¿La engañó? A esa palabra puede dársele varios significados... ¿Se refiere usted a que se hizo pasar por hombre de posición estable, siendo simplemente un vagabundo?

Ella bajó los ojos.

—Debió ser un golpe para usted, al descubrirlo. ¿Verdad? ¿Acaso pensó que Marc iba con usted por su dinero? ¿O acaso fueron sus padres los que le prohibieron esas incipientes relaciones?

—Se nota que es usted siquiatra, señor Harlow. Está acostumbrado a profundizar en los problemas ajenos. Yo no necesito ningún siquiatra.

—Supongamos que Marc fuese el hombre que me acompañara aquella noche. Que me llevara a mí, haciéndome creer que aquélla era su casa. Es muy propio de él. ¿No cree? Tiene aires de grandeza. Le avergüenza no haber triunfado, y que los demás lo sepan. Le avergüenza ser pobre y vivir en un cuchitril de Saint Germain.

—¿Le llevó él a casa? —preguntó Jacqueline, tras otro

prolongado silencio.

—¡He dicho supongamos! Si fuera así..., significaría que Marc conocía perfectamente las costumbres de ustedes, que sabía que pasaban fuera los fines de semana y, por tanto, podía disfrutar del apartamento, y luego salir, sin dejar rastro de su presencia. ¿Quién iba a notar que las botellas estaban un poco más vacías?

Ella guardó silencio.

—Señorita Deval... —Siguió él—. ¿Se veían últimamente, a pesar de todo?

—No tiene usted derecho a...

—Sea sincera conmigo, señorita Deval. Marc y usted se veían, a pesar de todo, incluso durante los fines de semana. Su familia se marchaba..., tal vez usted pretextase ir a alguna fiesta, quedarse en casa de alguna amiga..., pero en realidad, volvía a su casa, y allí se encontraba con Marc. Por eso, él podía conocer palmo a palmo todo el apartamento...

Ella seguía silenciosa.

—Pero el último viernes, él le advirtió que no sería posible la cita porque llegaba un amigo suyo: yo. Es posible que la viera partir y, por tanto, sabía que encontraría vacío el piso.

—¡Cállese, por favor! Mis padres no saben nada de esto, pero yo sé que Marc es incapaz de...

Las cosas comenzaban a marchar, pensó Richard.

—Lo sé. Marc no lo hizo. No pudo, pero, ¿qué hacía su padre en la casa? ¿No marchó con ustedes?

—Sí... Pero apenas llegamos, dijo que se había olvidado algo importante, y regresó. Estábamos únicamente a treinta kilómetros. Veinte minutos en coche.

—¿Y el motivo de su regreso no sería porque sospechaba que usted y Marc seguían viéndose?

—No. No creo... Nos telefoneó diciendo que un asunto importante le retendría durante todo el fin de semana.

—¿Dijo si tenía que ver a alguien?

—No. Nunca hablaba de sus asuntos, con nosotras.

—Bien, volvamos con Marc. Usted no le había dejado totalmente. ¿Verdad? Aun sabiéndole un desgraciado, salía con él. En el fondo, estaba enamorada, y una no puede dejar de querer de repente.

—Sí, le quería... Ésa es la verdad. Pero la semana anterior habíamos discutido.

—¿Por qué?

—Yo no quería perderle. Sé que Marc vale. Es inteligente y tiene ideas. Le pedí que se tomase la vida más en serio, que trabajara en algo de provecho. Le recomendé a un amigo de mi padre, el señor Achard, en la oficina de iniciativas. Empezaría por abajo, pero yo confiaba en él... Me contestó que no había nacido para encerrarse entre cuatro paredes y convertirse en un vulgar chupatintas.

—Discutieron.

—Sí. Yo le dije que no quería pasarme la vida viviendo bajo un puente, a salto de mata. Quizá fui demasiado egoísta... Pero no lo hice por no perder la vida a la que estoy acostumbrada, no... Le quería y le hubiese seguido, pero intenté salvarle de su hundimiento, traté de convertirle en un hombre de provecho. Me contestó que, en el fondo, no era más que una vulgar hija de papá, que quería manejarle a mi antojo... Que no necesitaba la limosna de nadie, ni permitiría jamás que una mujer le ayudara...

—Comprendo.

—Las palabras subieron de tono, perdimos el dominio, y cuando esto ocurre, suelen decirse cosas que más tarde se lamentan.

—Rompieron —musitó Richard, lanzando una bocanada de humo.

—Sí... Dijo que quizá algún día me acordara. Se irguió, orgulloso, con su aire de genio que está por encima de los demás, y se alejó de mí. En aquel momento, no lo sentí. Creo que hasta me alegré... Fue más tarde cuando me di cuenta de que quería a Marc más de lo que yo misma había llegado a imaginar.

—¿Y sus padres lo sabían?

—Sí. Me hicieron advertencias sobre el particular. Ellos no comprenden que un hombre sin medios pueda acercarse a una chica, sin buscar el provecho material. Le creían un cazadotes. Yo no..., porque sabía que Marc era así..., y había que tomarlo o dejarlo. Cometí el error de pensar que podía cambiar su existencia.

—Hizo usted bien. El corazón puede ser ciego, pero debemos procurar que esa ceguera no nos traicione.

Ella se volvió, mirando el discurrir tranquilo del agua, que parecía como el símbolo de la vida misma, siempre en continuo

movimiento, convirtiendo rápidamente en pasado cada minuto, cada segundo:

—¿Usted trata de evitar que él se vea complicado en esto, verdad?

—Sí. Porque me consta que es inocente, pero, viéndose desenmascarado, las consecuencias podrían ser fatales... Es lo que diríamos, en términos legales, prevenir una catástrofe moral. Nadie puede saber cómo reaccionaría Marc cuando se viese involucrado, acusado de un crimen, y su vida puesta al descubierto —hizo una pausa y añadió—: Un hombre puede tener sus defectos, y, aun siendo muchos, ser una excelente persona en el fondo, pero, en un momento dado, toda la bondad puede desaparecer y, sufriendo un brusco cambio, convertirse en maldad, por el instinto animal que todos llevamos dentro... Sí, señorita Deval, trato de salvarlo, intento evitar que la policía de con él, antes de encontrar al verdadero culpable.

Ella le miró en silencio. Parecía comprender o adivinar la inmediata pregunta del siquiatra, y no se equivocó:

—Usted sabe dónde puedo encontrarle, ¿verdad?

—Supongo que sí...

—¿Dónde?

—¿Le dirá que ha hablado conmigo?

—No, descuide. Al menos, por el momento. Yo seguiré alegando la más absoluta ignorancia con respecto a su verdadera situación, a su forma de vivir.

—Cerca de Deauville. Hay una villa, expropiada por las obras de la nueva carretera que tiene que cruzar por allí. A veces, pasa temporadas en ella. La casa era de los Coulmier. Fui yo quien le hablé de ella... Algunos veranos vamos a Deauville con la familia, y él aprovechó para estar cerca de mí.

—¿Coulmier...? ¿Dónde he oído ese nombre?

—Conservas. El viejo Coulmier perdió una gran fortuna jugando en el casino. Cuando le expropiaron la casa le hicieron un favor porque así pudo cobrar la indemnización... Ahora, dicen que han rectificado el proyecto, y que la villa será respetada, pero Coulmier no ha hecho nada por recuperarla, y entretanto, Marc dice a todo el mundo que es suya.

—Gracias por su información, señorita Deval...

La tomó por el brazo, acompañándola hasta el coche. Luego, añadió:

—Regrese a su casa. Yo me quedaré por aquí. Volveré, dando un paseo.

Cuando ella puso en marcha el automóvil, Richard se quedó pensativo...

Iba a costarle bastante trabajo «salvar» a su amigo. Salvarle moralmente, pero debía intentarlo.

Ante todo, sin embargo, convenía que el asesino de Maurice Deval fuese descubierto cuanto antes; así los sabuesos del comisario dejarían de interesarse por *el hombre que acompañaba a Richard Harlow en la noche del crimen*.

CAPÍTULO XII

Deauville en otoño, como toda estación veraniega, pierde su encanto. Es como un gran estadio de fútbol vacío, donde uno cree percibir el eco de los gritos y los aplausos del público, pero la realidad es que está triste, como si le faltara vida.

Deauville, el centro de reunión de millonarios, aspirantes a serlo, cazadotes, vividores profesionales y esa abigarrada masa de turismo comercializado y provinciano, ofrecía un aspecto desolado, era una ciudad prácticamente deshabitada.

Las lujosas villas estaban cerradas, los jardines, llenos de la hojarasca desprendida de macizos y árboles, que era impulsada por el suave vientecillo.

A unos dos kilómetros del núcleo principal, aún podía verse derribado, y con la pintura medio borrada por el paso del tiempo, el anuncio que indicaba el sendero de la villa Coulmier. Una de tantas, construida y montada con el modernismo propio que imperaba en el lapso de tiempo comprendido entre las dos guerras mundiales.

Las construcciones estaban hechas con un mayor refinamiento, carecían de la funcionalidad y sencilla elegancia de los tiempos actuales, eran recargadas, poseían más artesanía, que ahora podía parecer ya trasnochada, pero no carente de nobleza.

Allí estaba Marc.

Allí franqueó la entrada a su amigo, que tuvo que pulsar el timbre varias veces.

—¿Cómo has logrado encontrarme? —preguntó.

Parecía más tranquilo, más sereno, que la noche del crimen, hasta incluso creyó adivinar en sus ojos un marcado buen humor.

—Hijo, eres muy popular. Pregunté en el pueblo.

Mentía, pero Marc no se dio cuenta.

—¡Oh, sí! Soy bastante popular... Bueno, pasa... No vayas a echar raíces en la entrada. Además, por aquí, el tiempo es más frío.

Casi siempre está nublado, y hay mucha humedad.

Pasaron al interior.

Los muebles, modernos en el año cuarenta, estaban todavía en perfecto uso. Las paredes, algunos cuadros de escaso valor, todo muy bien cuidado. Marc se preocupaba de que la casa no pareciese abandonada, que nadie pudiera sospechar que vivía gratis, aprovechando una especial circunstancia.

—¿Te sirvo un *whisky*? No tengo demasiadas provisiones. Quería salir a hacer unos encargos...

Hablaba como si nada hubiese sucedido, tan natural, tan tranquilo.

Sirvió dos vasos, y ofreció uno a Richard.

—Bueno... Te debo una explicación —dijo, al fin—. Ya debes haberte enterado, por los periódicos, de quién era el muerto.

—Sí.

—La casa iba a su nombre... Te mentí cuando te dije que no conocía al muerto. En realidad, era... era mi amigo...

Mentía con asombrosa facilidad, pero Richard no demostraba darse cuenta de ello.

—Estaba asustado, de veras.

—Tendrías tus motivos. No me los cuentes, si no quieres.

—Bueno..., ejem..., la verdad es que, oficialmente, yo he estado durante todo este tiempo aquí, y como en el apartamento no me conoce ni el portero, no tengo por qué verme mezclado en ese feo asunto. Prefiero perder mis derechos sobre el piso, y santas pascuas...

—Sí... A veces, un escándalo de reputación, pero otras veces puede hundir a uno. En realidad, yo no he venido a aconsejarte sobre lo que debes hacer.

—¡Oh! Sé que hice mal dejándote, pero tú estás acostumbrado a trabajar con policías, y te creí capaz de ir a declarar.

—Nunca haré nada que pueda perjudicar a un amigo... A menos que sea culpable. Tú no podías serlo. Yo era tu mejor coartada. En fin, olvidemos esto. Yo estoy de vacaciones.

—Pues celebrémoslo con otro trago. El último. Queda suficiente para los dos.

—Luego, iremos por más. Yo invito —sonrió Richard.

—Nada de eso... —Preparó otros dos vasos.

Luego, se hizo un silencio. Richard observaba a su amigo disimuladamente.

Al fin, tras apurar su segundo *whisky*, murmuró:

—Me gusta mucho Francia, me gustaría venir más a menudo... Tener algo mío aquí... A medias contigo. Una casa como ésta, para descansar. El río está cerca, y también el mar; podríamos pescar. ¿Qué dices?

—Pues... No sé...

—Tú podrías cuidarte de todo. Te dejaré un cheque en blanco, firmado. Gasta lo que sea necesario. La verdad es que, desde que salí de Londres, venía con esta idea, pero no hubo ocasión de hablar de ello. ¿Qué dices?

—Pues... Me encantaría, pero... No sé. Yo tengo esta choza y...

—Acéptame la mitad de su valor; si no es así, tendré que hacerme construir una para mí solo. No es que desprecie tu hospitalidad, pero me sentiré más a gusto. Además, como a ti te van bien las cosas —lo dijo con absoluta naturalidad— el aceptar mi dinero no puede ofenderte, como tampoco me ofenderías a mí si me pidieses algo parecido en mi país. Piénsalo... Yo podría invertir hasta quince mil libras, poco más de doscientos mil francos. Siempre me ha seducido la idea de poseer algo mío en un lugar tranquilo, fuera de mi ambiente. Tú tienes gusto e ideas, podrías remozar esta casa, ponerla más al día o hacer lo que creyeses conveniente.

Marc quedó como mudo. Richard, por un momento, pensó que su amigo estaba barruntando algo anormal en aquella oferta, y añadió:

—Naturalmente, puedes pensarlo.

—Desde luego, sería formidable... Así..., nos veríamos más a menudo. Claro que yo... tengo trabajo y...

—Sí, sí. Ya sé que estás muy ocupado.

—Bueno, ahora me he propuesto pasar unas vacaciones, a mí también me convenían, ¿sabes? Ese crimen lo ha estropeado todo.

—Olvídalo, y sigue aquí. Esto está muy bien. Yo regresaré a París. Me llamaron desde Londres para que hiciese un par de encargos. Volveremos a vemos.

—¿Te vas ya?

—Sí. Por cierto, puedo ayudarte incluso a que la policía no

llegue a pensar, ni por asomo, que tú pudieras tener relación con Deval.

—¿De veras?

—Verás, me tropecé con el comisario Drumont...

—Es el que lleva el caso...

—Sí. Me habló de ello. Drumont estuvo una vez en Londres, allí le conocí. Entonces no era comisario.

Ahora era Richard el que mentía, de acuerdo con la Mea que se había forjado.

—¡Vaya! Es una coincidencia.

—Puedo mantenerte al corriente de las pesquisas, y hasta incluso intentaré ayudarle para que encuentre pronto al asesino; de este modo, el caso quedará resuelto, y tú podrás dejar de esconderte. Claro que..., si pudieras darme algún dato...

—¿Qué clase de dato?

—Puesto que Deval era socio tuyo...

Marc pareció tener un arranque de sinceridad, una sinceridad a medias, encubierta por una nueva mentira:

—Richard... Deval era casado y tenía una hija. Eso lo han publicado todos los periódicos... Lo que ocurre es que no iba mucho por la casa, y, a pesar de lo que se diga, no tenía tanto dinero como muchos creen, por eso aceptó que la compráramos a medias.

El siquiatra comprendió, que su amigo estaba buscando las explicaciones que pudieran parecer más lógicas.

Richard fingió no hacerle caso. Insistió en lo suyo:

—No es eso lo que te pregunto, sino si puedes informarme de algún posible enemigo de Maurice Deval.

—No sé, pero, como financiero, debía tener algunos. Algún crédito que no concedió pudo terminar en discusión violenta...

—Pero..., ¿tú no sabes a quién solía recibir en el apartamento?

—Pues..., a un tal Achard.

¡Achard! Era el nombre que le había dado Jacqueline, el hombre con quien hubiese podido trabajar Marc, de no mediar el orgullo.

—Y ese Achard..., ¿podía tener motivos para matar a Deval?

—¡Yo qué sé! Cualquiera puede matar, en un momento de obcecación... Claro que si el móvil fue el robo, no parece probable. Achard es tan rico como pudiera serlo Deval.

—O sea que no necesitaba créditos que pudiera concederle el

muerto.

—No lo creo... Es decir, no lo sé...

¡Cuánto más fácil habría resultado hablar sin tapujos! Qué mejor que Marc se confiara plenamente a Richard para decirle: «Lo siento, no conozco mucho a Deval. Es el padre de la chica a la que quiero. No sé cuáles son sus amigos ni quiénes frecuentan su apartamento con más asiduidad».

Sí. Habría resultado mucho más fácil para todos.

Sin embargo, Richard se agarraba a lo poco que tenía, y, por lo visto, el tal Achard visitaba con alguna frecuencia a Deval.

—Supongo —añadió Marc— que normalmente trataba de sus negocios en la oficina, pero sé que Achard iba con alguna frecuencia al piso. Eran bastante amigos.

—Bien... Hablaré con el comisario. El sabrá cómo enfocar la cuestión. ¿Y qué me dices del portero de la casa?

—¡Oh! Es un fisgón. Parece un espía.

—Pero dices que a ti no te conoce.

—No sé si me ha visto alguna vez, pero no sabe quién soy, ni al piso que me dirijo... Por lo que pudiera ocurrir, ya me escondí cuando oí su puerta, mientras bajábamos la escalera.

—Bien, Marc, no te muevas de aquí... Piensa en lo que te he dicho de compartir una casa, y no te preocupes... Aquí está tu ángel guardián...

Y Richard se alejó. Poco después, estaba otra vez camino de París.

CAPÍTULO XIII

El inspector Renault miró con ojos de asombro a Lorena. No podía reprocharle nada. Después de todo, ella había demostrado más sagacidad que los agentes a su cargo; sin embargo, espetó:

—¡Pero, Lorena! ¡Le viste saltar del tren!..., ¿por qué no avisaste?

—Porque me pareció mejor seguirle, y averiguar dónde se dirigía. Bastante hice con saltar a mi vez; hubiese podido romperme la crisma.

—Sí, claro... Al fin y al cabo, esto se salía de tu trabajo.

—Y además, debía procurar que no me viera, cuando le seguía... Es un hombre muy astuto, pero conmigo no le valdrán las artimañas. Me engañó una vez. Me dijo que se iba a Marsella, y no era cierto...

—Bien, Lorena, sigamos. Fue a Montebieu.

—Sí. Y habló con una muchacha. Luego supe que era Jacqueline Deval. No pude escuchar lo que decían, Claro... Utilicé una peluca, y tuve que robar una bicicleta para seguirles hasta el río. Estuvieron un buen rato charlando, Luego, ella regresó con el coche, y Harlow se quedó un rato. Como él no disponía de ningún medio de locomoción, pensé que regresaría a la pensión, pero lo que hizo fue emplear el «auto-stop» y largarse. Dios sabe dónde...

—Bien... Lo único cierto es que Harlow habló con la hija de Deval. Es bastante curioso, ¿no?

Un agente cortó la conversación:

—¡Jefe! Acaba de entrar Harlow. Si encuentra a Lorena aquí...

El veterano inspector estuvo a punto de pegar un brinco.

¡El propio Harlow allí!

Le parecía el colmo, casi una burla.

—Sal por esa otra puerta —le indicó Renault—. Seguiremos con el plan.

—No se preocupe, Jean. Conseguiré saber toda la verdad.

Apenas Lorena acababa de salir, un agente introducía a Richard Harlow al despacho del inspector.

El rostro del siquiatra se mostraba risueño:

—Estoy seguro de que estaba deseando verme. ¿Me equivoco, inspector?

Renault lo aceptó como una broma:

—Usted siempre acierta, doctor... ¿Puedo preguntarle qué le trae por aquí?

—Señor Renault..., quiero que sepa que mi único interés en librarme de sus hombres obedece simple y llanamente a que no deseo que se moleste para nada a cierto amigo mío, por él que ustedes mostraron gran interés, y que puedo asegurarles es totalmente inocente; por lo demás, estoy a su disposición en lo que pueda ayudarles.

—Muy amable por su parte, pero..., ¿por qué no deja que seamos nosotros quienes decidamos si su amigo es culpable o no?

—Todo lo que mi amigo podría decirles me lo ha contado a mí. Sabe que yo no le traicionaré, y por eso confía.

—Como colaborador de la policía de su país, doctor Harlow, comprenderá que esto resulta un tanto irregular.

—Quizá, inspector, pero no olvide que la ley no puede obligarme a declarar contra quien yo no deseo. No encubro a nadie, si entendemos por encubrimiento el amplio sentido que tiene dicha palabra en el código penal. Me permito, pues, indicarle, con todos los respetos, que sus pesquisas van del todo equivocadas...

—Una opinión suya, ¿supongo?

—Digamos —sonrió Richard— que llevan media hora de retraso, justo el tiempo que llevaba muerto el señor Maurice Deval cuando mi amigo y yo llegamos a la casa.

—Entonces, admite que usted estuvo en...

Richard le cortó suavemente:

—Admito que estuve en el edificio.

—Hay huellas dactilares en los pomos de las puertas.

—Supongo que habrá muchas huellas. En la casa habitaban tres personas, además de la servidumbre... Pero no juguemos a las adivinanzas, inspector... Yo de usted trataría de saber qué estuvo haciendo un tal Claude Achard, conocido hombre de negocios y

muy amigo de la víctima.

—Doctor Harlow —exclamó el inspector, adoptando una actitud profesional—. Usted no está libre de sospechas, no lo olvide; por lo tanto, no es la persona más indicada para hacernos sugerencias. Díganos ya, de una vez, quién es su amigo y qué estuvieron haciendo en la casa.

—Es una historia increíble, inspector. No..., no serviría de nada.

—Permítame que sea yo quien decida.

—Lo siento, inspector. Mi respuesta es no.

—Bien, doctor. Retendré su pasaporte. No intente escapar, ni abandone la ciudad sin mi consentimiento.

—Inspector —dijo casi compasivamente el joven siquiatra—, sabe que bastaría ponerme al habla con el embajador para que su orden quedara automáticamente anulada.

Renault ahogó una maldición.

¡Si aquel tipo no fuera un siquiatra al servicio de la policía inglesa! ¡Si su reputación no estuviera tan limpia...!

Tenía razón. Se jugaba el puesto, si daba un paso en falso. No podía retenerle, sin acusarle con pruebas concretas y convincentes. No podía obrar sin autorización expresa del comisario Drumont.

Sólo podía confiar en la eficacia de Lorena Legrange.

—¡Váyase o haga lo que quiera! —murmuró de mala gana, pero conteniendo su mal humor.

—Y usted, por favor..., hable con Achard. No perderá nada.

CAPÍTULO XIV

No era su intención asumir el papel de detective particular, pero sí la de concluir cuanto antes aquel asunto, en favor de su amigo.

Por esto, Richard Harlow se dirigió a las oficinas de la Achard Ltda.

Pidió para ver personalmente a Claude Achard.

—¿Está citado con él? —le preguntó su secretario.

Richard adivinó enseguida que, pese a su correcto francés, el secretario no era oriundo del país.

Observó rápidamente su rostro, sus facciones... Desde aquel instante habría jurado que se trataba de un individuo de raza teutónica. ¿Alemán, quizá?

—No, no estoy citado, pero quiero hablarle de un asunto de índole privada.

—Soy su secretario. Gunter Label.

—Un nombre muy curioso.

—Alemán, aunque el apellido suene inglés.

—Yo soy inglés.

—Le felicito, no se le nota.

—Tampoco a usted se le nota que sea alemán —añadió—, en el acento, claro...

Hubo un momentáneo silencio, una ráfaga imprecisa algo intangible, que hizo que ambos hombres se miraras con más curiosidad que cortesía.

—Generalmente, atiendo a los clientes.

—El mío es un caso especial, señor Label.

—Estoy facultado para resolver los casos especíate, señor...

—Doctor Harlow.

—Doctor Harlow —repitió con remarcada cortesía el alemán.

Era rubio. No aparentaba más allá de los veinticinco años. Un individuo que lo mismo podía poseer una gran personalidad, que

ser un simple pelele, vestido de azulmarino, con trajes de buen corte.

¿Qué tenía de especial aquel joven?

—Puedo aconsejarle la inversión que más le convenga... Si se trata de un crédito a largo plazo, estoy facultado para...

Richard le cortó con un expresivo ademán:

—Quiero hablar al señor Achard de un amigo suyo. Maurice Deval... ¿También está usted facultado para esto?

El secretario no movió un solo músculo de su cara. Sin embargo, sólo un observador como Richard Harlow podía ser capaz de advertir que algo se había removido en el interior del impávido Gunter.

—Entonces..., se trata de un asunto al margen de los negocios, supongo —murmuró.

—Es lo que estoy intentando decirle, desde el primer instante —sonrió Richard.

El rubio indicó, con un ademán, a Richard para que le siguiera.

Salieron del despacho y, cruzando el moderno salón, traspusieron una puerta, antesala del despacho de Achard, cuyo nombre figuraba en una reluciente puerta forrada de material vulcanizado.

—¿Quiere aguardar un instante? —murmuró el secretario.

Una vez a solas con Achard, Richard, sentado frente a la mesa del financiero en una cómoda butaca, murmuró:

—Tal vez le extrañará mi visita, señor Achard. Ambos no hemos sido presentados antes de ahora, y el asunto a tratar es un poco delicado.

—Mi secretario me ha informado que quería usted hablarme de mi difunto amigo Deval... ¿Le conocía usted?

—No.

—Era un gran hombre. Una desgracia irreparable; espero que la policía encuentre pronto al culpable.

—Yo tengo más deseos que usted, si cabe...

Achard miró al joven siquiatra con manifiesto interés:

—La verdad es que no comprendo. Usted dice no conocer a mi amigo y...

—Perdone, señor Achard... Por circunstancias especiales, estoy..., digamos metido en este asunto. Mi interés en conocer o

descubrir al asesino es puramente anecdótico...

—Sigo sin comprender.

—Me temo que la policía sigue una pista equivocada. Un amigo mío parece ser el blanco de las miradas del inspector Renault. Un amigo del que, en este sentido, puedo responder totalmente, y no deseo se le moleste...

—¿Por qué me cuenta a mí todo esto? ¿Por qué ha venido aquí?

—Porque, de los amigos del difunto, me consta que usted era la persona que más frecuentaba su casa, su apartamento de la rué de Montand.

Achard se puso en pie de un brinco:

—¿Qué trata de insinuar? ¿Con qué derecho me está interrogando?

—Por favor. Ni le interrogo ni insinúo nada. Soy médico siquiatra...

—Cuando necesite un siquiatra, elegiré el que más me convenga. Si no tiene nada más que decir...

—Una pregunta tan sólo, señor Achard —replicó Richard serenamente—. ¿Es suyo el «Mercedes Benz» verde esmeralda que está en la puerta?

—¿Qué...? —La sorpresa de Achard no era fingida.

—Señor, Achard... Cuando he venido aquí, ni siquiera sabía que usted tenía ese coche. Intenté únicamente hacerle unas preguntas que me ayudaran a aclarar los hechos. Usted podía facilitarme algunos datos..., nombres de otras personas, relacionadas con el señor Deval... Pero usted, y no se lo reprocho, no se ha mostrado propicio a colaborar... Luego, he recordado lo del coche...

—El «Mercedes» es mío, desde luego —replicó el financiero—. Pero no sé qué quiere dar a entender con ello. Richard le miró profundamente, antes de contestar:

—Quizá sea una casualidad, señor Achard, pero ese mismo «Mercedes» estaba aparcado frente a la casa donde se cometió el asesinato.

CAPÍTULO XV

Richard se sabía seguido por la policía, pero no le importó lo más mínimo proseguir el plan que se había trazado, al salir del despacho de Achard.

No le importaba en absoluto que supieran dónde iba, mientras no fuera a visitar a su amigo Marc.

Aquel coche de Achard, aquel «Mercedes», le había dado una vaga idea.

Compró un periódico, y tomó un taxi hasta la estación de autobuses que tenían parada en Montbleu.

Mientras esperaba, leyó una noticia que no le extrañó en absoluto:

«La policía recupera un “Ford” descapotable que había sido robado tres días antes...»

Se indicaba la calle donde había sido encontrado. Richard sonrió con amargura. Era el auto que su amigo dijo haber alquilado.

Era lo que la ley llama un delito de uso.

«¡Pobre Marc! —pensó—. Con tal de guardar las apariencias, ha sido capaz de eso...»

El autobús le condujo hasta Montbleu.

En el parador en que había pasado la noche anterior se detuvo para llamar por teléfono a la finca de los Deval.

La propia Jacqueline se puso al teléfono.

—Siento molestarla de nuevo, señorita, pero me gustaría hacerle unas preguntas... Podemos vernos..., por ejemplo, en el mismo lugar de ayer.

—Bueno..., si es muy importante...

—Lo es.

—Dentro de veinte minutos.

—De acuerdo. —Richard colgó.

Veinte minutos más tarde, a orillas del diáfano riachuelo, Richard y la joven Jacqueline se hallaban frente a frente.

—¿Vio a Marc? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Le dijo...?

—No, no. No la mencioné a usted para nada.

—¿Está bien?

Había un deje de ansiedad en su pregunta. Richard comprendió que la joven no había dejado de amarle.

—A su modo, creo que sí.

Tras una pausa, ella murmuró:

—¿Qué quería preguntarme?

—¿Conoce usted mucho a Achard?

—Era amigo de mi padre. Ya le dije que venía con alguna frecuencia, pero no sé de lo que hablaban.

—¿Y a su familia, a su hija Mónica, por ejemplo?

—Pues sí... Algunas veces habíamos salido juntas, pero hace bastante tiempo de eso.

—¿Algún motivo especial para que se enfriara su amistad? —
¿Eh? Pues no..., claro... Ella tenía otra clase de amigos. La vacilante respuesta de la joven agudizó la observación del siquiatra:

—¿Y a Gunter le conoce?

—¿Gunter? Se refiere a...

—Al secretario de Achard.

—Sí...

—¿Qué puede decirme de él?

—¿Qué quiere que le diga?

—No sé..., su opinión. Lo que piense.

—No sé qué decirle —replicó ella, sin un gran convencimiento.

—A mí me pareció uno de esos chicos que se creen superiores.
¿Me comprende? Un tipo que sabe que gusta a las mujeres.

—Tal vez...

—Cuando le hablé de su padre, señorita Deval, me pareció que no le sentaba muy bien.

Ella guardó silencio. Richard machacó:

—¿Frecuentaba Gunter Label su casa, señorita Deval?

—Bueno, sí, algunas veces. Acompañaba a Achard. Le aprecia mucho. Dice que vale bastante.

- ¿Y usted qué opina?
- ¿Qué quiere que opine?
- ¿Vale, realmente, ese chico?

Ella le miró, y pareció comprender la intención del siquiatra, por lo que replicó, al fin:

- Creo que es un interesado.
- ¿La cortejó a usted alguna vez?

Otra vacilación de Jacqueline:

- ¿Serviría esto de mucho...?

—Tal vez. Todavía no lo sé. Ando a ciegas, pero quiero obtener una pista... Piense que es en beneficio de Marc. Cuanto antes descubra al asesino de su padre...

- Sí, sí, comprendo, pero Gunter... ¿Piensa usted que él...?

—No pienso nada, señorita Deval. Nada en concreto... Yo vi el cadáver de su padre. No soy forense, pero su expresión era de sorpresa..., como si no esperara la muerte. Eso puede indicar que el asesino era persona conocida. Alguien en quién confiaba... ¿En quién más confiaba su padre?

—Tenía muchos amigos. De entre los que llamaban o venían, recuerdo a Deuvil, Desvallés, Coulmier...

- ¿Coulmier? ¿El de la villa de Deauville?

—Sí...

—Volvamos con Achard y su secretario.

—Achard es el último hombre en quién podría pensar... No, no puede ser.

—Señorita Deval, su coche, el «Mercedes» verde esmeralda del señor Achard, estaba aparcado cerca de la casa de su padre...

- ¿El coche de...?

—Y hay más. Se lo hice notar al señor Achard, y pareció sorprendido. Luego, al salir a la calle, pude comprobar que el auto ya no estaba, y Achard continuaba en la oficina. ¿Quién más conduce ese coche?

—Mónica, algunas veces.

—Y Gunter.

—Es posible.

—Gunter y Mónica..., mantienen relaciones. ¿No es así?

—Ya le he dicho que Gunter es muy interesado.

—Antes le hice una pregunta, y usted no me contestó. Voy a

repetírsela: ¿Le hizo Gunter el amor a usted? ¿O pretendió hacérselo?

Tras otra pausa, la muchacha contestó afirmativamente.

—Fue antes de conocer a Marc. El trabajaba con Achard, Mónica me lo presentó y... Bueno, salimos un par de veces.

—¿Y a Mónica le sentó mal?

—Supongo que sí. No discutimos, pero yo me daba cuenta de que a ella le gustaba. A mí, en realidad, no me importaba en absoluto. Además, le noté algo extraño... Demasiado metódico, demasiado cerebral. No se comportaba conmigo como un pretendiente o un simple amigo... Se esforzaba en hacerse simpático, pero presentí que todo era algo calculado... Quizá, si me hubiese enamorado de él, no me habría fijado en esos detalles.

—¿Y dejó usted de salir con él?

—Sí.

—Y entonces Gunter se dedicó a Mónica.

—Supongo que sí...

—¿Intentó verla a usted?

—Me llamó por teléfono algunas veces, me propuse salir, pero entonces ya conocía a Marc.

—Ya... Es, poco más o menos, lo que me figuraba.

—¿Es que adivina usted las cosas?

—No. Fue un puro presentimiento. Gunter me pareció... ¿Cómo le diría yo? Un tanto enigmático, carente de naturalidad, como quien está fingiendo una personalidad que ha estudiado concienzudamente. Algo en ese individuo no me pareció natural. Luego, cuando salí de la oficina, vi cómo Mónica y él estaban hablando con extremada franqueza, y me dije: «He ahí a un secretario muy interesado». Entonces, pensé que usted podría darme más detalles.

—¿Y le sirve de algo lo que le he dicho?

—Por lo menos, ahora sé que tanto él como Mónica utilizan el «Mercedes» de Achard.

—Pero Mónica...

—Sí, ya sé. Una mujer difícilmente mata, si no es por celos..., y hasta en algunos casos, por venganza, pero siempre mediatizada por los celos. Por otra parte, no casa en el tipo de la esporádica y rara asesina que mata por robar.

—Pero si piensa que Achard pudo ser el culpable... ¿Qué motivos podría tener?

—No lo sé, pero lo primero que me interesa averiguar es quién conducía aquella noche el «Mercedes» de Achard, y por qué estaba allí, precisamente. Cuando sepa esto, quizá pueda contestar a su pregunta.

CAPÍTULO XVI

—Nunca os he preguntado nada, pero es necesario que ahora me respondáis con sinceridad. ¿Dónde estuvisteis aquella noche?

La pregunta la hizo Claude Achard a su hija y a Gunter, ambos en el despacho particular del domicilio del financiero.

—Salimos a bailar. Nos Reunimos con unos amigos, como casi siempre —respondió Gunter.

—Pero..., ¿por qué ese interés tan repentino, papá? —inquirió Mónica.

—Ese hombre que vino a visitarme..., ese doctor Harlow, dijo que había visto mí «Mercedes» aparcado cerca de la casa de Deval.

Gunter esbozó una estudiada sonrisa:

—¿Y va a dar crédito a lo que dijo ese hombre? ¡Corren muchos «Mercedes» en París! Pudo haberse confundido.

—¿No estuvisteis en los alrededores? —Siguió Achard.

—No, papá —respondió ella—. El Sirocco está, por lo menos, a diez minutos... Además..., ¿qué íbamos a hacer allí?

Achard quedó pensativo:

—A un par de manzanas del apartamento de los Deval existe cierta casa... El mismo me lo dijo. Todavía recuerdo sus palabras: «¡Dónde iremos a parar! El vicio se mete hasta en los barrios nuevos». ¿Comprendéis?

—¡Papá! —exclamó la muchacha.

—Gunter... He depositado en ti toda mi confianza. No me importa que salgas con mi hija, que os divirtáis, pero si ella y tú habéis estado en esa casa, es mejor que me lo digáis. No es que lo apruebe, pero, al menos, justificaría la razón de que mí «Mercedes» estuviese allí.

—No conozco la casa a que usted se refiere, señor. Imagino que debe ser uno de esos sitios donde se reúnen las parejas y... en fin... No. No he llevado a su hija a ningún sitio de éstos.

Tras una pausa, Achard comentó:

—Harlow pudo equivocarse, desde luego, pero parecía muy seguro. —Y quedó largamente pensativo.

Aquella noche...

El Sirocco, como de costumbre, estaba lleno de un público heterogéneo. Barbudos, minifaldas, «beatniks», «*hippies*» y demás árbitros de la extravagancia, jóvenes casi todos, aburridos los más, con la expresión de hastío propio de quien ha visto demasiado. Impávidos, frenéticos otros, bailaban contorsionándose en la pequeña pista.

Dejaron de bailar. Ella parecía extenuada. Se sentaron a una mesa del fondo, después de abrirse paso entre la apretujada concurrencia.

—¿Dónde estará la pandilla? —preguntó ella, oteando entre la gente.

—No sé. No me importa. Hoy no estoy de muy buen humor.

—¿Por lo que nos ha dicho mi padre? ¡Bah! ¡No sé por qué te preocupas!

—El asunto es grave, Mónica. Se cometió un crimen...

—¡Oh, sí! Lo siento por el pobre señor Deval, pero..., ¿qué tenemos que ver tú y yo?

—Pienso que..., tal vez alguien pudo robarnos el «Mercedes», mientras estábamos aquí.

—¿Para ir a casa de Deval?

—Podría ser.

—Pero, Gunter. ¡Estás delirando! ¿Por qué nuestro «Mercedes» precisamente?

El, pensativo y adusto, replicó lentamente:

—Quizá para cargarme la culpa a mí.

—Pero, ¡qué estupideces estás diciendo, Gunter! ¿Qué interés podías tener tú en matar al señor Deval? Es sencillamente absurdo...

—Sí. Sí que lo es, querida. Sencillamente absurdo...

No pudo decir más; una auténtica *troupe* de muchachos y muchachas les rodeó. Era su pandilla.

—¡Eh, Gunter! ¿Conoces el nuevo baile? ¡Vamos! Yo te enseñaré, hay que mover sólo el cuerpo, y dejar las piernas quietas.

—¡Mónica! —gritó un energúmeno, echándose materialmente sobre ella, y arrastrándola a la pista—. Ahora, enseñaremos a esos mentecatos.

Habían empezado lo de siempre. Las parejas sé cambiaban, confundiéndose en la pista.

—¡Gunter! —gritaba ella, pero él ya estaba entre aquellos danzarines que, aupados por el frenetismo de la música, parecían un hatajo de posesos, en plena crisis.

Desde lo alto de la escalera que, desde el vestíbulo, conducía al local, Richard Harlow contemplaba el espectáculo, en silencio.

Era realmente un espectáculo ver a aquella juventud, despreocupada, moral y espiritualmente, entregada a unos bailes demenciales.

Richard, sin embargo, pensaba en algo más que en el baile.

Harlow, subido a un taxi, de regreso a su hotel, imaginaba la escena. Una escena simbólica, que bien pudo ocurrir:

«Entre la barahúnda, Gunter consigue salir. Nadie le echa de menos porque, en medio de tanta gente, nadie es capaz de encontrar a nadie. Sale a la calle, toma el “Mercedes” y se dirige a casa de Deval. Llama a su puerta, Deval le abre y le invita a pasar. Gunter le da una excusa por la visita. Deval le invita a una copa, va hacia la cocina, y Gunter, provisto de una pistola con silenciador, le mata y regresa inmediatamente».

Perfectamente lógico, en teoría.

Pero...

Faltaba saber una cosa muy importante... ¿Por qué? ¿Qué motivos tenía?

—¿Motivos? Maurice Deval tenía aquella noche en casa doscientos mil francos nuevos —decía en aquellos instantes el inspector Renault al comisario Drumont.

—¿Cómo ha averiguado esto?

—Por Coulmier. Al enterarse de su muerte, fue a visitar a los Deval, y les habló del caso. Ahora, la esposa de Deval acaba de llamar, comunicándomelo... Ya sabemos el móvil del crimen, puesto que en el apartamento no fue encontrado un solo centavo, y Coulmier tiene el pagaré que había firmado a Deval, como garantía del préstamo.

—¿A qué hora estuvo Coulmier en casa de Deval? —preguntó el comisario.

—¡Oh..., tranquilícese! —sonrió Renault *con* astucia—. Ya me he cerciorado. El portero le vio entrar aproximadamente al as ocho y salir media hora más tarde. Está probado que el crimen no fue cometido hasta seis horas después.

—¿Y por qué Coulmier no lo dijo antes?

—Por la sencilla razón de que se hallaba ausente. En Niza, concretamente. En cuanto se enteró, vino inmediatamente.

—Bien... ¿Se mantiene vigilado a Harlow?

—Sí, señor, y, por ahora, no da muestras de querer eludirnos. Tengo una lista de lo que ha estado haciendo durante el día. Los últimos informes son de que ha regresado al hotel.

—¿Y qué hay de Lorena Legrange?

—Entrará en acción a su tiempo... Le dijo que tenía que irse a Marsella, y hay que esperar. Otro encuentro casual podría despertar sospechas en Harlow. Es un tipo muy astuto. Lo ha derrostrado.

—Bien, Renault... Ya ha visto los periódicos, siguen comentando que andamos completamente despistados. No quiero que este caso se convierta en el crimen del siglo. Es necesario resolverlo cuanto antes... En primer lugar, independientemente de lo que consiga descubrir Lorena, hay que averiguar quiénes estaban enterados de que Deval ingresaría ese dinero.

—Sí, señor. Lo averiguaremos.

CAPÍTULO XVII

La entrevista entre Jacqueline Deval y Richard Harlow tuvo lugar por tercera vez consecutiva en el mismo lugar, junto al riachuelo. El día desapacible, gris y húmedo daba al paisaje un aspecto propio para plasmar en un lienzo. Era un conjunto triste, desangelado.

La humedad de la tierra había marcado las huellas del soche de la muchacha y las pisadas del siquiatra, que ahora escuchaba sus palabras en silencio:

—Yo no sabía lo del dinero, pero pensé que debía comunicárselo a usted. ¡Deseo tanto que se aclare todo esto! Confío en usted...

—¿Y piensa en Marc, verdad?

—Si lograra cambiar, si sentara la cabeza... ¡Oh! Soy una tonta. Se burlará de mí, pero no es posible dejar de querer a una persona de pronto, creo que ya se lo dije.

—Hablando de Marc, él no podía saber que su padre iba a recibir esa cantidad.

—No. Ni siquiera nosotros. Pero pudo habérselo dicho a alguien. O quizá fue Coulmier quien habló. No lo sé.

—Tendré que hablar con ese Coulmier..., aunque no comprendo por qué pagó una deuda en dinero efectivo.

—Eso tiene explicación. Coulmier había entregado últimamente algunos cheques sin fondos... Bueno, en realidad, no se proponía estafar a papá. Pensaba reponer el dinero y, si no podía, llamaba por teléfono. Sé que papá lo comentó en una ocasión. Es posible que Coulmier decidiera que, para evitar suspicacias, sería mejor pagarle en efectivo.

—Sí... Pero ahora lo que deseo saber es quién más sabía lo de esa entrega —contestó, pensativo, Richard.

Se alejaron del lugar. Ella volvió con el coche. El regresó andando, con las manos hundidas en los bolsillos de su elegante

pelliza, pensando en aquel enredado asunto, y mirando distraídamente en el suelo.

Fue cerca de la carretera cuando algo le llamó la atención. Algo que, posiblemente, a otro le hubiese pasado por alto.

Se inclinó y comprobó que, en efecto..., sus ojos no se habían equivocado.

Sobre la blanda tierra habían las huellas de otras pisadas que no podían ser las suyas...

Alguien les había estado escuchando.

Aquella tarde, Richard se encerró en la habitación de su hotel, y tomó unas notas.

Barajaba posibilidades, jugando siempre con la intuición. Fue entonces cuando le pasaron una llamada telefónica del exterior.

Tomó el teléfono, y escuchó una voz queda, susurrante:

—¿Hablo con el doctor Harlow?

—Sí. ¿Quién es usted?

Era difícil precisar si quien hablaba al otro lado del hilo era hombre o mujer.

Su comunicante, con el mismo tono, siguió:

—Procure despistar a la policía, y reúnase conmigo.

—Mal podré conocerle, si no me dice quién es.

—Usted no sabe quién soy, pero yo le conozco a usted doctor Harlow. Haga el favor de acudir a la Puerta de las Lilas. Rue Delorme. A las ocho, no falte.

El extraño comunicante de Richard, colgó.

El siquiatra quedó pensativo.

¿Quién podía llamarle?

Sonrió levemente. Aquello olía a trampa. ¿De quién?

Un nombre se dibujó en sus labios: Gunter Label.

Escogió ropas deportivas. Un jersey negro, de punto, para no perder la flexibilidad de su cuerpo. Los pantalones de fina lana negra también, y botas con suelas de goma.

Se enfundó una gabardina, y salió de la habitación en dirección a la escalera que subía a la azotea del hotel.

La configuración del edificio le permitía saltar al terrado de la parte posterior, y luego salir por la calle lateral a la plaza Vendome.

Con gran sigilo y mayor rapidez, bajó hasta encontrarse en la

calle.

En el portal de la casa se entretuvo unos instantes, cerciorándose de que nadie le vigilaba; luego, en cuatro zancadas, desapareció, engullido por el tránsito normal del centro de París a las siete de la tarde.

En un taxi se hizo conducir a la Puerta de las Lilas, donde llegó con treinta y cinco minutos de antelación.

La rué Delorme era una callejuela estrecha. A ambos lados se levantaban edificaciones que no excedían de planta y piso, algunas tenían un jardincillo delantero. Todo, en conjunto, ofrecía un aspecto desvencijado, sin llegar a ruinoso. Al final de la calle, una plazoleta que continuaba con un descampado.

A la escasa luz del único farol existente a la entrada de la calle, Richard estudió el lugar. Entre las casas había una que parecía deshabitada. Sobre su primer piso, un pequeño torreón, con el hueco de lo que debía haber sido un reloj, dominaba el resto de las casas. Pensó que aquél podría ser un perfecto lugar de observación.

Cruzó la puerta entreabierta, que chirrió al empujar. Se encontró ante una pequeña estancia, que olía a moho, a herrumbre.

Habituados sus ojos a la oscuridad, y tanteando el terreno, pasó a otra dependencia por la que se filtraba la débil luz de una ventana de cristales rotos.

Vio lo que quedaba de lo que debió haber sido la cocina. Luego, otra estancia vacía...

Observó que existía otra puerta de entrada, y el arranque de unos peldaños gastados.

Subió al piso de arriba. Y permaneció unos instantes escuchando.

No percibió el menor ruido.

Las manecillas de la esfera luminosa del reloj señalaban las siete y treinta y cinco minutos.

Subió hasta el torreón, en cuya barandilla se apostó, comprobando que podía verse perfectamente la entrada de la calle y la de la plazoleta. Despojado de la gabardina, que dejó plegada en el suelo, su negra indumentaria le ayudaba a pasar inadvertido.

Comenzó la espera.

¿Quién acudiría a aquella extraña cita?

CAPÍTULO XVIII

Quince minutos después de las ocho, el lugar seguía desierto. Había cruzado una pareja, que permaneció un rato en la plazoleta. Luego regresaron, y al extremo opuesto de la calle se dispersaron.

Un par de hombres, que debían salir de una taberna cercana, se despidieron en la confluencia de la rué Delorme con la que se cruzaba a la entrada de la misma.

Un tipo de aspecto cansado se había metido en la primera de las casas, a la entrada de la calle.

No hubo más novedades en la larga espera.

¿Dónde estaba, pues, el individuo que le había citado?

¿Había sido una broma? ¿De quién? El no conocía a nadie en París, excepto a Marc y a la gente que ahora tuvo que tratar, a partir del asesinato.

Los viejos compañeros que antaño habían alternado con él y con Marc, ni siquiera sabían dónde vivían y, por supuesto, no estaban enterados de su llegada, ni mucho menos del caso.

No. No podía ser una broma, y sin embargo...

Las ocho y veinte.

Decidió dejar su punto de observación, y regresar al hotel.

Cuando llegó al primer piso, le pareció oír un leve ruido. Se volvió instintivamente, sin darse cuenta de que, pese a sus precauciones, acababa de caer en la trampa.

Alguien surgió entre la oscuridad. Llevaba una pesada porra, que descargó contra la cabeza de Richard, que sólo pudo evitar, en parte, los efectos del golpe.

Se puso en guardia para arremeter contra su agresor, que había dado la vuelta, situándole de espaldas a la entrada del piso. Entonces, un nuevo atacante surgió de la sombra.

Quizá fuese el aliento, un aliento que olía a alcohol, lo que le hizo revolverse para hacer frente al nuevo peligro.

Descargó su derecha contra su segundo atacante. Tuvo que hacerlo a *bulto*, y sólo consiguió darle en el pecho.

Richard se revolvió para golpearle de nuevo. En uno-dos perfecto, le apartó momentáneamente de escena, revolviéndose contra el de la porra de arenilla.

Lucharon cuerpo a cuerpo. Richard se deshizo de él con un contundente golpe de judo.

Ligeramente atontado, concedió unos segundos de ventaja, que el siquiatra no dejó de aprovechar.

Otro nuevo golpe de costado con el canto de la mano, seguido de un directo en la mandíbula, le pusieron fuera de combate.

Iba a volverse como una centella para prevenirse contra el otro, pero era ya tarde. En su caída, el segundo agresor había encontrado un madero, que ahora estrellaba, sin piedad, contra la cabeza del médico.

Richard, en un segundo, tuvo perfecta conciencia de que iba a desmayarse. Todo se hizo más oscuro aún, y cayó de bruces.

Entretanto...

El dedo índice de una mano gordezuela pulsó el timbre del hogar de los Achard.

La doncella abrió la puerta cuando el reloj de antesala señalaba exactamente las ocho y treinta minutos de la tarde.

—Me llamo Luc Barry —dijo el rechoncho individuo de ojos asustados, que había llamado.

Richard le habría reconocido al instante. Era el portero del inmueble 325 de la rué de Montand, la casa del crimen.

—¿Qué desea usted?

—Hablar con el señor Achard, de un asunto muy importante.

—No sé si podrá recibirle. Aguarde un instante.

—Dígale que es muy importante. No se olvide. Luc Barry, de la rué de Montand.

La doncella desapareció para reaparecer poco después, y anunciar que podía pasar al despacho del dueño de la casa.

Claude Achard miró fijamente a su visitante, y le reconoció enseguida:

—Usted... ¿Qué es lo que desea?

—¿Puede oírnos alguien? —inquirió a su vez el portero, mirando las tres puertas que comunicaban con la pieza.

—¿A qué viene tanto misterio? Apenas he terminado de cenar, y usted se presenta...

—Cálmese, por favor. Creo que ya puede suponer a lo que he venido.

—No sé de qué me habla... —El tono de Achard pretendía ser autoritariamente airado, pero había un temor contenido en sus palabras, en su expresión.

Temor que se acentuó cuando el portero murmuró:

—Sabe perfectamente de lo que le hablo, señor Achard. Usted estuvo allí, *aquella noche*.

—¿Eh? —Achard miró hacia las puertas, como si temiera que alguien pudiese estar escuchando tras una de ellas.

El portero avanzó unos pasos:

—Y ahora, creo que ya podemos hablar sin tapujos... ¿Verdad, señor Achard?

El dueño de la casa quedó silencioso, mirando a aquel tipo. Había miedo en su semblante.

CAPÍTULO XIX

La cabeza le dolía todavía, pero, lentamente, iba cobrando conciencia de todo.

Sí... Recordaba la lucha sostenida con los dos hombres, hasta el momento de recibir el golpe que le puso fuera de combate.

Se levantó, desentumeciendo sus músculos y pasándose la mano por la cabeza. Un pequeño chichón indicaba el lugar donde había recibido el castigo.

Richard salió de la casa. El reloj señalaba las ocho y cuarenta minutos... Había permanecido poco más de diez minutos inconsciente, tiempo suficiente para que sus agresores hubieran huido.

¿Quién les envió?

Se maldijo a sí mismo, por haberse dejado sorprender.

Antes de saltar la empalizada, decidió regresar al escenario de los hechos que acababan de ocurrir; quizá pudiera encontrar algo... Era una pura rutina, que no estaba de más.

Volvió al lugar donde tuvo efecto la pelea, y buscó por el suelo.

Tanteando, encontró la porra con que uno de los individuos le había atacado. ¿Olvidada?

Recordaba haberle dejado sin sentido, por lo que el otro quizá tuvo que sacarle de allí aún inconsciente.

Siguió buscando, y sus dedos chocaron con una cartulina... Quizá se había caído del bolsillo de uno de ellos.

Entonces, notó que sus dedos estaban manchados.

¡Sangre!

Probablemente, en la pelea uno de sus atacantes había recibido un rasguño, puesto que suya no era.

No encontró nada más, y salió a la calle.

A la luz del farol, examinó la cartulina.

Era roja, y por un lado tenía impreso un trébol de cuatro hojas.

Al otro lado, nada.

Un trébol de cuatro hojas. ¿Un amuleto?
¿Qué podía significar aquella cartulina?

—Usted estuvo en casa de Deval aquella noche —había repetido el rechoncho portero:

Ahora estaba sentado frente al despacho de Achard, y éste seguía observándole en silencio.

Lo rompió para replicar:

—Cuando marché de su casa, Maurice Deval estaba vivo.

—Yo no digo lo contrario, señor Achard —replicó Luc Barray—. Pero no ha contado usted nada a la policía de esa visita.

—Eso no es de su incumbencia...

—Lo comprendo perfectamente, señor Achard. Usted no quiso verse comprometido... Sé que un par de días antes, discutieron. Me enteré casualmente.

—Usted se entera de todo *casualmente*. ¿Verdad?

—De lo que me conviene.

—Hable claro. ¿Qué ha venido a buscar? ¿Dinero?

—Digamos..., una pequeña ayuda. Uno tiene que vivir, compréndalo. A usted le interesa permanecer al margen, y yo le comprendo, pero todo lo que interesa hay que pagarlo. Y usted puede pagar; seré razonable.

—Es usted un miserable chantajista.

—No emplee palabras malsonantes, señor Achard.

—Tenga cuidado, Barray. La policía podría preguntarle por qué no declaró antes haberme visto.

—Y yo contestaría que no recordaba..., o que no le di importancia... Al fin y al cabo, después de las diez no tengo por qué estar pendiente de los que entran y salen.

—Pero lo estaba usted.

—Casualmente... Ya se lo he dicho. Por eso sé que usted llegó sobre las dos de la madrugada, y el crimen se cometió precisamente entre las dos y las dos y media. ¿Recuerda?

El camarero del Palace observó la cartulina que le mostraba Richard, y negó con la cabeza:

—No, señor... No tengo la menor idea de dónde pueda proceder.

—Pensé que tal vez perteneciera a algún club, o sociedad. ¿No

hay ningún lugar que se llame El Trébol de las Cuatro Hojas o algo por el estilo?

—Pues que yo sepa, no, señor. Pero preguntaré a mis compañeros.

—Gracias —replicó Richard, dando una generosa propina al sirviente, y añadiendo—: Infórmeme de cuánto sepa.

Como había utilizado el mismo sistema para entrar en el hotel que cuando salió, los que le vigilaban desde la calle no podían sospechar su excursión nocturna, cuyos resultados estaban aún por ver.

Cuando se marchó el camarero, se cambió de traje. Eran las nueve en punto. Le apetecía ir a dar una vuelta, disfrutar, aunque fuese brevemente, de sus vacaciones agitadas.

Había cambiado su indumentaria por completo cuando reapareció el camarero, informando:

—Sí, señor; en efecto, hay un lugar que se llama El Trébol de la Suerte. No es un sitio demasiado recomendable. Se juega clandestinamente y a veces se efectúan redadas.

—Ya imaginaba algo por el estilo. ¿Sabe dónde está? —sonrió Richard.

El camarero le facilitó las señas, lo que le equivalió a una nueva propina.

Richard ya tenía «plan» para aquella noche.

Con lo que no contaba el siquiatra es con el nuevo encuentro de Lorena Legrange.

Para salir había utilizado la puerta principal. Pensaba despistar a sus seguidores, entrando en uno de esos bares con puerta trasera, pero allí estaba la rubia escritora, sonriendo, satisfecha.

—Celebro encontrarle, doctor Harlow... ¡Oh! No crea que he venido para verle, no quisiera que me tomara por una pesada, pero me despedí de una amiga y pensé: «A lo mejor tengo suerte y le veo». ¿Cómo le fue por Marsella?

—En realidad, no fui. ¿Y usted?

—Yo, sí. Estuve únicamente un día, y ya estoy de vuelta, trabajando como una esclava para concluir mi nueva novela.

—¿Cómo va a titularla?

—Oh, él título siempre lo pongo al final... Precisamente, tengo algunos problemas relacionados con la profesión de usted... No me

atreví a importunarle, pero, ahora que nos hemos encontrado...

La sonrisa de Lorena era toda una insinuación.

—Podemos vernos mañana... ¿Qué le parece a la hora del almuerzo?

—¡Oh! Estoy horrible por las mañanas, y de un pésimo humor. Yo trabajo de noche... Bueno, pero puedo salir antes...

—Lamento no poder invitarla hoy. El sitio donde me dirijo no es, según dicen, demasiado recomendable.

—Me fascinan los sitios poco recomendables.

—¿De veras?

—Es en esos lugares donde una puede encontrar material.

—Bien, si tanto lo desea, tendré mucho gusto en complacerla.

Ella aceptó, encantada.

Salieron a la calle y, disimuladamente, Richard observó el coche gris aparcado cerca del hotel. Era la policía.

¿Por qué despistarla? Al fin y al cabo...

Su fugaz pensamiento quedó interrumpido cuando Lorena le indicó:

—Tengo mi coche en la otra manzana. Podemos utilizarlo.

—Encantado. Yo no traje el mío. Es más cómodo, cuando se va de vacaciones, dejar que otros conduzcan. ¿Ha cenado ya?

—Sí. Tomé unos bocadillos.

—Pues..., andando, hacia esa aventura.

Se metieron en el coche de la muchacha, que se sentó al volante y lo puso en marcha.

Discurrieron por algunas calles, en silencio, hasta que Lorena, con gran naturalidad, hizo observar:

—¿Se da cuenta de que parece que nos siguen? Ese coche gris...

—¿Lo ha notado usted?

—No se necesita ser muy observadora.

Trataba de ganarse su confianza, y conseguir alguna que otra confidencia de Richard, que le sirviera de punto de partida.

—¿Quiere saber un secreto? —sonrió él—. Es la policía.

—¡Jesús! ¿Ha cometido usted algún crimen?

—Casi, pero no se asuste, no soy un perturbado mental, ni un maníaco sexual, pero no puedo responder totalmente de que, a mi lado, esté usted segura.

—¿Por qué?

—Es por ese sitio al que vamos. —Y sonrió para sus adentros, cuando añadió—: El Trébol de la Suerte. ¿Lo conoce usted?

Ella negó con la cabeza, al mismo tiempo que añadía:

—No voy a hacerle ninguna pregunta, doctor...

—¿Por qué no me llama Richard?

—Es un nombre muy bonito, suelo ponerlo con frecuencia en los protagonistas de mis novelas.

—Lo celebro...

—No se preocupe, me encantará despistar a la policía.

Y viró bruscamente a la izquierda, metiéndose por una calle de dirección prohibida.

En la frenética carrera entre el tráfico parisién, el siquiatra pudo observar el gran dominio y serenidad de su bella acompañante. Era una gran conductora.

Sonrió para sí. Y enseguida, murmuró:

—¿Sabe una cosa, Lorena? Es usted mi primera amiga, de verdad, en París. Creo que podré confiar en usted, si llega el caso.

CAPÍTULO XX

El Trébol de la Suerte era un local situado en un semisótano. El aspecto, aunque modernizado, era el propio de un tugurio donde se mezclan la gente del hampa más o menos perfumada. Trajes chillones, peinados masculinos poco varoniles, mujeres de condición harto elocuente, pero todo dentro de una absoluta normalidad.

Cuando Richard observó que, a través de una puerta forrada de cuero, se deslizaban algunos de los concurrentes, preguntó al camarero:

—¿Aquella puerta...?

—Los servicios, señor —respondió mecánicamente.

—¿Y el juego? —sonrió Richard.

—¿Juego? —preguntó el sirviente, con falso estupor.

Richard exhibió la cartulina.

—Puede utilizar la misma puerta, señor —replicó el camarero, retirando el servicio.

—Parece usted uno de mis personajes, Richard —exclamó, entusiasmada, Lorena—. ¡Con qué facilidad ha conseguido lo que deseaba...! Pero, dígame, ¿a quién espera encontrar ahí dentro?

Richard encendió su pipa:

—Ya le he contado toda la historia, Lorena, incluso la agresión de que he sido objeto esta noche. No sé a quién busco, pero me interesa observar. Tal vez un esparadrapo en el rostro de alguien, o una mirada sospechosa... No sé, cualquier cosa puede significar una pista.

—Y todo, por un amigo.

—Pues..., sí.

—Me ha dejado usted en lo mejor del relato, y eso no vale.

—Si se lo he contado todo —replicó Richard.

—Pero no me ha dicho quién es ese amigo suyo.

—¡Oh! —exclamó Richard—. El nombre es lo de menos. ¿No le parece?

Y se levantó, ayudando a la novelista-detective para dirigirse hacia la disimulada sala de juego.

Perfectamente disimulada, la sala ocupaba un rectángulo interior, con algunas dependencias aisladas.

Había ruleta, mesas de bacarrá y *póker*.

—Es fabuloso —murmuró ella—, aunque no sea Montecarlo precisamente.

Richard observaba a la concurrencia.

—¿Ve a alguien conocido?

—Por ahora, no —replicó él.

De uno de los apartados, protegido por una cortina, salió un hombre: detrás, ante una mesa de *póker* había cuatro individuos sentados. Fugazmente, Richard se fijó en uno de ellos. Fue una fracción de segundo. Aquel hombre llevaba un esparadrapo en el pómulo izquierdo.

—Aguarde un momento —musitó Richard.

Avanzó hacia la cortina. El hombre que salía le miró un momento, pero no hizo ningún comentario.

Richard apartó la cortina, y pasó al cuartito.

—Observo que cabe uno más. ¿Puedo entrar?

El hombre del esparadrapo, un joven de unos veintiocho años, le miró fijamente. Richard adivinó un cierto sobresalto en él. No hizo el menor gesto delator y, a una indicación de uno de los jugadores, se sentó a la mesa.

Un quinto hombre entró con una caja.

—¿Fichas? —inquirió.

—Sí. Deme... quinientos francos.

Pensó que había pedido poco, y añadió:

—Supongo que si voy *restado*, puedo adquirir nuevas fichas, ¿verdad?

—Desde luego, señor —le contestó el empleado del local.

Inmediatamente, empezó la partida.

Lorena asomó:

—¡Oh! Supongo que no se quedará ahí toda la noche, ¿verdad, doctor...?

—Sólo unas cuantas partidas.

—No admitimos mirones —dijo uno de los jugadores.

—La señorita viene conmigo —replicó fríamente el siquiatra.

—Esto es sólo para los que juegan —adujo el mismo que había hablado.

Richard miró al resto:

—¿Alguien más se opone a que mi acompañante permanezca calladita a mi lado...?

El del esparadrapo parecía demasiado nervioso, el tipo que estaba frente a Richard se encogió de hombros. El otro contaba sus fichas con aire distraído.

Con la misma voz grave y silbante, el médico se dirigió al jugador quisquilloso:

—Usted es el único. En buena democracia, la mayoría gana.

—No estoy conforme —siguió el hombre.

—Entonces, búsquese otra mesa —replicó Richard, sin inmutarse.

El tipo gruñó algo ininteligible, y cedió la baraja al médico, sin abandonar su puesto.

Reinaba un silencio sepulcral. Lorena comprendió que se hallaba ante un hombre de excepcionales dotes. Sobre todo, en cuanto a su poder de persuasión, a su forma de imponer sus deseos, sin usar de la violencia ni levantar la voz.

Empezó la partida.

Richard tenía un par de «sietes» de dadas. La puja llegó hasta los cien francos, y aceptó, descartándose de tres cartas.

La pareja no mejoró, y Richard perdió la apuesta.

En la segunda partida llegó a ligar un trío, perdiendo doscientos francos.

La tercera mano abandonó, sin aceptar el envite, demasiado alto.

Fue a la cuarta.

No cantaba más que con un trío. Se descartó de una sola carta, y le subió otra que no ligaba con las tres «K» iniciales.

Aquella vez pujó fuerte.

—Dos mil —dijo, cuando en la mesa ya había un buen puñado.

Todos abandonaron, y Richard se reembolsó de las pérdidas con una muy ventajosa ganancia.

Recogió los cuatro mil nuevos francos de la mesa, representados

por aquéllas, y mientras barajaba, miró al del esparadrapo:

—¿Cayó usted por alguna escalera?

El joven procuró en todo momento no mirarle.

—¿Le importa a usted mucho? —preguntó, entre dientes.

—Simple curiosidad... Tropecé con cierto individuo en la Puerta de las Lilas.

—¿Y a mí qué me importa?

Richard servía las cartas con maestra habilidad. No dejaba de observar al joven.

Empezaron las apuestas.

—¿Y usted? —preguntó el médico al joven.

—Cien más...

—Yo subo a quinientos —sonrió.

El joven arrojó las cartas:

—No voy.

—¿No tiene dinero? Apostaría a que ha cobrado bastante, antes de venir aquí.

—Déjeme en paz. ¡Puaf! Esto no es una partida. Es un interrogatorio. —Y se levantó, recogiendo sus escasas fichas.

—Lorena —pidió Richard—. ¿Quiere seguir usted por mí?

—Pero... ¿Es que se va usted?

—Sólo un momento. Espero volver inmediatamente...

El resto de los jugadores miraron alternativamente a la joven y a Richard.

—Supongo que no está prohibido que juegue una señorita, ¿verdad?

Y sin esperar respuesta, salió del reservado, observando que el del esparadrapo trasponía la puerta de la sala de juego.

Le siguió.

Al llegar a la calle, el joven echó a correr en dirección a la primera esquina. Richard corría tras él. Sus largas zancadas acortaban distancias.

Richard, tras él, le siguió hasta un callejón. El joven corría hacia el final, donde se levantaba un muro de unos dos metros, que intentó escalar.

El siquiatra le alcanzó, antes de que pudiera saltar.

El joven se revolvió. Su diestra se hundió en el bolsillo de la chaqueta, y apareció armada con una navaja automática.

—¿Te pagaron sólo para que me asustaras, verdad? No trates de hacer las cosas a tu modo. Hablemos...

—No tengo nada que decirle.

—¿Por qué me atacaste? ¿Quién te pagó?

El del esparadrapo, en posición encorvada, presto a saltar sobre Richard, seguía esgrimiendo la navaja, sin perder ni un solo movimiento del médico que, a su vez, le miraba fijamente, inmóvil, estático.

—¡Vamos, amigo! Yo puedo pagarte mejor...

—Lárguese y déjeme en paz. No sé de qué me habla.

—De la tarjeta que tú o el que te acompañaba perdió en la casa del torreón.

—Le repito que no sé de qué habla.

—Está bien. Me habré confundido —replicó el médico, dando la vuelta con naturalidad.

Se revolvió, centelleante, con un gesto tan rápido que el otro no tuvo tiempo de reaccionar.

Richard sujetó con fuerza el brazo armado de su presunto agresor, y se lo retorció hacia la espalda, en perfecta y limpia llave.

El joven, dando un grito, soltó la navaja.

Richard le soltó momentáneamente para cogerle por las solapas y clavarle en la pared:

—Ahora vas a hablar, amiguito. Te conviene.

—Usted no puede obli...

—No me gusta emplear la violencia, pero no dudes que vas a necesitar a todo un equipo quirúrgico para que te recompongan, si no hablas pronto.

La voz, la mirada agresiva, el tono y la seguridad del médico, impresionaron al joven, que tartamudeó:

—Sí... Sí. Se lo diré. Yo...

Algo cambió en un segundo. Fue un sonido sordo, apagado.

«Flap» «Flap».

Instintivamente, Richard comprendió.

En la pared se habían producido dos agujeros.

¡Alguien estaba disparando un arma, provista de silenciador!

—¡Al suelo! —gritó.

El joven fue mucho menos ágil.

Cayó, sí. Pero no por propia voluntad. Una bala le había

Alcanzado en el pecho, una bala silenciosa, que provocó la visible hemorragia.

El joven del esparadrapo, con una mancha en el pecho, quedó exánime en el suelo.

Richard se revolvió, pegándose en la pared.

El asesino había disparado desde una de las ventanas que daban al callejón.

CAPÍTULO XXI

Sin pensarlo dos veces, Richard corrió hasta la salida del callejón, y se dirigió al primer portal.

Había contado tres pisos... Desde una de aquellas ventanas, un asesino mató a su cómplice para que no hablara, y, posiblemente, el habría matado a él mismo, de no haberse apartado a tiempo.

Subió precipitadamente la escalera y, al llegar a la ternera planta del vetusto edificio, se encontró en un largo pasadizo con tres puertas.

Pensó que las de la izquierda eran las que daban al callejón.

«Seis ventanas —se dijo—. Seis».

Y sin dudar, se precipitó hacia la puerta del medio.

Llamó con los puños, y no obtuvo la menor respuesta.

Cargó contra la madera, y la puerta cedió a su impulso. Ni siquiera estaba cerrada.

Se encontró en una habitación vacía. Parecía un almacén. Sin duda, el asesino había huido.

Salió y corrió hacia el fondo del pasillo. Había otra puerta. Se lanzó hacia ella, y se encontró en un pequeño terrado, que daba al descampado de la parte trasera, junto al callejón.

Saltó una pared medianera, hacia otro terrado más bajo.

Estaba demasiado oscuro para ver a nadie, pero, indudablemente, el asesino había escapado por allí.

Calculó sus posibilidades y, tomando impulso, se dejó caer.

Hizo flexión de piernas al estilo paracaidista, y se dio un revolcón sin importancia, que sólo consiguió ensuciar su traje.

Entonces, escuchó de nuevo el silbido de la bala.

En la oscuridad, pudo ver el fogonazo.

No tenía protección posible.

Echó a correr, y sonó otra nueva detonación apagada.

Aquella vez sintió que algo le quemaba en el hombro. Algo que

le proporcionaba un dolor nuevo, desconocido, pero terrible.

Se dejó caer, intentando no perder el sentido.

Su asesino estaba cerca. Podía disparar de nuevo, podía...

Escuchó unos pasos. Vio los faros de un coche, que barrían aquel sector. Un hombre vestido de oscuro, con el cuello del abrigo subido y un sombrero calado, huía por la parte opuesta.

El seguía sintiendo el terrible dolor en el hombro derecho.

Luego, del auto bajó alguien. No podía ver quién era. Cegado por los faros, y entumecido por el dolor, el que acababa de llegar se acercaba rápidamente, rápidamente...

—¡Vaya! ¿Es usted? —sonrió Richard.

Lorena le ayudó a levantarse.

—Soy curiosa. No puedo evitarlo. Me dije enseguida que se disponía a salir tras aquel hombre, y no pude resistir ir detrás de usted.

—Acaba de salvarme la vida. Han intentado matarme, como hicieron con el otro...

—¿Dónde le han herido?

—En el hombro.

—Vamos. Le llevaré a mi casa, y le curaré...

—¿Es usted enfermera?

—Aunque le parezca imposible, hice unos cursillos, pero me atraía más escribir... Sé de todo un poco, y supongo que no querrá ir al hospital. Le harían preguntas...

Habían llegado hasta el coche. Lorena lo puso en marcha.

Richard procuraba aguantar el dolor.

—¿Piensa escribir una novela de todo esto? —preguntó, forzando una sonrisa.

—¡Quién sabe!

—¿Por qué se fía tanto de mí?

—¿Qué debo hacer, pues?

—Informar a la policía.

—¡Oh, no! Se acabaría la aventura. ¿No comprende? Además..., pienso en ese amigo suyo, al que usted protege... Creo que hace bien en ocultar su nombre, aunque a mí podría decírmelo... Imagínese que su herida fuese grave..., si tuviera que comunicarse con él...

—Si llega el momento, querida Lorena, se lo diré —sonrió él,

ocultando el dolor, que crecía por momentos.

Estaban ya en casa de la escritora.

Sentado en un diván, con el torso desnudo, se dejó curar por la joven.

—Afortunadamente, la bala no se alojó dentro, pero le hizo un buen rasguño. ¿Duele?

—Se puede resistir —sonrió él.

Lorena le había lavado la herida. Luego, la desinfectó, aplicándole compresas y pomada antibiótica.

—¿Cómo se siente?

—Mucho mejor.

—¿Le gusta la música? —preguntó ella, yendo hacia una maleta fonográfica abierta, que estaba sobre una mesa, con varios discos puestos en el «automático».

—Me encanta.

Ella puso un disco. Era una vieja melodía francesa. «Mona Lisa».

—Me fascina esa música —murmuró ella, dando unos compases de baile.

—¿Dónde ha metido mi camisa? Démela, y no tendrá que bailar sola.

—¡Oh, no! Usted, quietecito.

El se levantó, y se acercó a la joven. La miró profundamente, mientras ella detenía su danza, y quedaba justo frente a él.

—¿Le han dicho que es muy bonita...?

—Usted también es muy atractivo, doctor —sonrió ella.

—Encontrarla a usted es lo más agradable que me ha sucedido —sonrió él, rodeándola con el brazo izquierdo.

A Richard le pareció adivinar cierta emoción en la joven escritora. Luego, sin pensar en nada, acercó su boca a la de la mujer.

CAPÍTULO XXII

Lorena miró distraídamente las postales, hasta que se le acercó el inspector Renault.

Caminaron juntos hasta la barandilla. Estaban en el techo de París. En la Torre Eiffel.

—¿Qué? —preguntó el policía.

—Confía en mí. Me lo ha contado todo.

—¿Quién es su amigo?

—El nombre no me lo ha dicho todavía, pero lo hará.

Había un dejo de contrariedad en los ojos de la muchacha, quizá Renault no lo advirtió a primera vista.

—¿Qué más ha averiguado?

Ella le explicó lo que a su vez le había contado Richard, la trampa en La Puerta de Las Lilas, y los posteriores acontecimientos, a la salida del Trébil de la Suerte. Al concluir, añadió:

—Quizá convenga que dirijan su investigación hacia otras personas.

—Todo sigue su curso, pequeña. Tú no dejes al médico.

Ella se volvió, mirando a un punto indeterminado. Renault comenzó a darse cuenta de que algo no funcionaba bien.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—No, no... ¡A ti te ocurre algo!

—Definitivamente, es el último trabajo, Jean. No quiero volver a...

—Antes te gustaba...

—Richard Harlow no es..., no es como los demás. Estoy convencida de ello, y me siento como un Judas.

—¡Ah! Vaya... El amor...

Ella no replicó.

—Bueno... Si te das maña, pronto terminará tu trabajo.

—Podría terminar desde este mismo instante —murmuró ella.

—No me dejes en la estacada.

—Richard ha confiado en mí... No es como los otros. En los demás casos, aquellos tipos eran gentes sin escrúpulos. Richard sólo trata de proteger a un amigo.

—Que puede ser un asesino.

—Tonterías.

—¿Cómo lo sabes?

—Richard es listo. Mucho más de lo que aparenta. El desconfía de Archard, de Gunter Label, del portero Luc Barray, y ninguno de éstos tiene que ver con su amigo; me lo habría dicho.

Renault la miró profundamente, y terminó murmurando:

—¿No te has detenido a pensar que ese *misterioso amigo* pudo utilizar a Richard para que le sirviera de coartada?

Ella se volvió, mirando al inspector.

—Sí, querida. Un tipo que conoce bien a Richard Harlow, que sabe que, llegado el momento, le ayudará, espera su llegada para cometer el crimen... Conoce todas las reacciones del médico, y lo está utilizando... Piensa en ello, Lorena.

—No creo. Richard me dijo que llegaron los dos al piso.

—¿Por qué?

—Eso no me lo aclaró todavía.

—Bien. Admitamos que fueron al piso de Deval...

—¡Y ya estaba muerto! —afirmó ella.

—No es el primer caso, Lorena. Ese amigo pudo ir un poco antes...

—No se separaron un solo instante.

—¿Estás segura de que no se separaron? —preguntó el policía lentamente.

Lorena guardó largo silencio.

—¿Estás seguro de que tú y tu amigo no os separasteis?

La pregunta, esta vez, partió de Lorena.

Ambos estaban en el bar del Palace. El tuteo parecía, cosa normal entre los dos. La noche anterior, aquella amistad forzada había ganado muchos enteros.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme esto? —inquirió, a su vez, el siquiatra, apurando con la izquierda su combinado.

—Richard..., yo deseo ayudarte. De veras. —Y había sinceridad en la mirada de la novelista, sinceridad que no fingía—. No desearía que te ocurriese nada.

—Yo tampoco.

—No bromeo, Richard. Te estás jugando la vida por un amigo...

—Al que conozco bien. El es incapaz de matar.

—De todos modos, piensa en mi pregunta. ¿En ningún momento, tu amigo se separó de ti?

—Olvídate de esto, Lorena. He confeccionado un programa para esta tarde. Nada de aventuras. Hoy es día de asueto. Te recogeré a las cinco. ¿Te parece?

Ella asintió:

—¿Qué harás, entretanto?

—Descansar.

—¿Por qué no almorzamos juntos? —propuso ella.

—Me duele un poco el brazo, creo que el descanso me sentará bien... No es por falta de ganas, Lorena. Pero tendremos tiempo.

Ella asintió, y le dejó en el bar.

Richard esperó verla desaparecer por la puerta de la calle. Luego, se dirigió hacia el teléfono. Marcó un número y aguardó:

—Sí. Soy Harlow. Déjenme el coche que pedí en...

Dio las señas de una calle, colgó y subió rápidamente a su habitación.

Utilizando la azotea una vez más, llegó a la calle. Aquella vez sí le interesaba burlar la vigilancia de la policía, porque se proponía ir a Deauville.

Con el coche alquilado, calculó el tiempo que necesitaba para estar de vuelta a París a las cinco para recoger a Lorena.

Eran las once. Disponía de seis horas. Acelerando, pensaba tener tiempo para el viaje de ida y regreso y la pequeña conversación que deseaba sostener con su amigo.

CAPÍTULO XXIII

El departamento de policía había establecido la identidad del joven muerto en el callejón cercano al Trébol de la Suerte.

—Marcel Durand —murmuró el comisario Drumont—. Dos condenas por hurto y otra por tenencia ilícita de armas. Hada importante.

Renault aclaró:

—Tiene un compinche: Blanchard. Le tenemos ahí afuera. Ha confesado que anoche alguien les pagó para dar una paliza a Harlow.

—¡Ah! Esto es muy interesante. Hágle pasar.

Blanchard, a quien Richard no hubiese podido reconocer, pero que, efectivamente, fue quien, en compañía de Marcel, sorprendió al doctor en la casa del torreón, se sentó ante el comisario.

Estaba visiblemente nervioso y asustado.

Drumont miró su ficha.

Cosas de poca monta. Principiantes de la delincuencia. Drumont sabía cómo tratarlos.

—Estaba en la cama. Parece que Harlow le atizó fuerte —advirtió el inspector Renault.

—¿Quién os pagó para que le dieseis la paliza que, por lo visto, no lograsteis darle? —empezó Drumont.

—No lo sé. Fue Marcel quien me propuso el trabajo. *El* conocía al hombre que le pagó. Yo, no. Ya se lo he dicho antes al inspector.

—¿No estarás mintiendo, verdad Blanchard? No nos gustan los mentirosos, y todo saldrá mejor para ti, si dices lo que sabes. De veras, muchacho. Te verás pronto libre, puesto que no existe ninguna denuncia contra ti...

—¿Por qué, entonces, no me dejan en libertad?

—Porque hay un par de crímenes por medio, y nosotros estamos aquí para atrapar al culpable.

—Yo no tengo nada que ver. He dicho cuánto sé. No he matado a nadie...

—No te excites, muchacho —replicó el policía pausadamente—. Quizá digas la verdad, pero te haremos unas cuantas preguntas, y puede que consigas orientarnos... Por ejemplo..., ¿quiénes eran los amigos de Marcel?

—Yo era amigo suyo. El único amigo de veras.

—Pero tendría otros...

—Sí, claro... Pero siempre salía conmigo.

—Os queríais casi como hermanos. ¿No es así?

—Me ayudó mucho. Yo... Yo estoy enfermo, ¿sabe? —Tosió—. Una bronquitis crónica.

—Puedes vivir años, si te cuidas. En cambio, el pobre Marcel ha muerto... ¿No quieres que atrapemos a su asesino?

Blanchard asintió:

—Bien. Empecemos, pues...

Entretanto, dándole gas a fondo, el auto de Richard corría velozmente hacia Deauville.

El médico, atento a la carretera, hacía trabajar su cerebro, pensando en las palabras de Lorena:

«¿No se separó tu amigo de ti ni un solo momento, antes de llegar a la casa de la rué de Montand?».

Revivió, una vez más, los últimos momentos antes de que ambos fueran a la rué de Montand...

Después de la salida del Lido, entraron en un par de bares...

El último quedaba, aproximadamente, a unos cinco minutos de la casa de Deval. Cinco minutos en coche, claro, y sobre todo, a aquella hora en que era perfectamente posible lograr la velocidad que se deseara.

¿Qué ocurrió en el bar?

Habían bebido, estaban alegres, pero no borrachos. Quizá Marc parecía menos sobrio que Richard, pero también podía achacarse a su carácter...

¿Qué pasó en el bar?

Tomaron unos combinados, con hielo. Marc tenía sed mucha sed...

Richard seguía pensando.

«Sí... fue a saludar a una muchacha...»

Recordaba la configuración del local.

Una sala espaciosa, moderna, con unos reservados frente al mostrador, separados por unos biombos que llegaban hasta el fondo, donde comunicaba con la puerta de los servicios, y quizá...

Sí. Quizá con una salida exterior...

«¡Oh, es una vieja del no menos viejo Montparnasse!, había dicho él, disculpándose.

Y Richard se quedó sentado en el taburete de la barra. Por el gran espejo le vio saludar a una joven. No se fijó muy bien porque los dos estaban de espaldas.

Luego les vio meterse entre el prolongado biombo.

¿Cuánto tiempo permanecieron allí?

Richard intentó calcularlo. ¿Diez minutos? ¿Quince?

El fue a los lavabos durante la espera, luego regresó, y al regresar...

Sí. Había mirado hacia los reservados. Habían algunas parejas, pero no recordaba haber visto a Marc. Entonces no le dio importancia porque tampoco se fijó con demasiada atención...

Haciendo un esfuerzo, intentó contar los minutos...

Más o menos pudo haber transcurrido un cuarto de hora, Tiempo suficiente para ir a la rué de Montand, matar a Deval y regresar.

Richard sonrió.

No..., Marc, no... Es un pobre diablo. Sólo un pobre diablo.

Seguía pensando.

Marc salió de los reservados solo y sonriente, y se dirigió hacia la barra...

»—Perdona que te haya abandonado. Michele es una vieja amiga.

»—No me pareció tan vieja como el viejo Montparnasse —había replicado Richard.

»—Quería presentártela, pero iba sola y tenía prisa. A No habríamos hecho nada con una compañera, ¿verdad?».

Le había guiñado el ojo. Richard, entonces, no le concedió la menor importancia. Era lógico y normal encontrar gente conocida en los bares, y más un bohemio como Marc.

Pero...

¿Pasó aquellos quince minutos con la conocida? ¿Era, realmente,

una conocida?

Si... Aquello daba que pensar...

Mucho que pensar...

CAPÍTULO XXIV

Lo poco que el comisario pudo sacar de Blanchard, unido a las señas que Lorena Legrange facilitó a Renault, con respecto al callejón donde tuvo lugar el asesinato, más las pesquisas que, por la intervención de Richard, había llevado a cabo el departamento de la brigada criminal, Drumont consiguió reunir algunos detalles de sumo interés.

En unión de Renault, discutió los pormenores.

—El almacén donde fue tiroteado el doctor Harlow había sido propiedad de Achard, que lo utilizaba como archivo de asuntos prescritos...

Renault añadió:

—No he podido hablar con Achard, pero el encargado de la casa me informó que hace cosa de un año el propio Achard se desprendió de él, e hizo destruir todos los documentos que allí se guardaban.

—Debemos admitir que, incidentalmente, Richard Harlow nos está haciendo un buen servicio —sonrió el comisario Drumont.

Renault hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Eso no quiere decir que Achard tenga nada que ver. Cualquiera pudo entrar allí.

—¿Qué hay de ese Gunter?

—Gunter fue quien devolvió las llaves y cuidó de destruir todo el archivo —replicó el inspector.

—Bien, Renault. Haga una visita a Achard. Tenga mucho tacto, que no sospeche que andamos tras él. En realidad, esto sigue siendo un rompecabezas. Tenemos todas las piezas, pero no las encajamos.

—Quizá la clave sea ese amigo de Harlow... La última pieza que falta...

—Es posible. ¿Qué dice la señorita Legrange?

—Por ahora, no ha conseguido averiguar el nombre de ese

misterioso amigo, pero Harlow confía en ella... De todos modos, si pudiéramos detenerle y hacerle saber que hemos descubierto a su amigo...

—¿Qué es lo que está tratando Renault?

—Hacer que Harlow suponga que vamos a echar el guante al amigo a quien protege. Encontrándose detenido, intentaría comunicarse con él, y entonces utilizaría a Lorena Legrange.

—Pondremos en práctica el sistema, si no hay más remedio, pero, entretanto, quiero ver lo que consigue de Achard.

Renault se levantó, y salió del despacho de su jefe, dispuesto a cumplir la orden recibida.

Achard conferenciaba con su hija, en el despacho de sus grandes oficinas del centro de París.

—¡No comprendo por qué te preocupas tanto, papá!

—Mónica. Ha llegado el momento de que hablemos claro. Tú sabes perfectamente que Deval y yo discutimos. Lo sabes porque pudiste escuchar parte de la última disputa, que se repitió en su domicilio, sólo dos noches antes de que fuese asesinado.

—Todo el mundo discute...

—¡Basta de gesto estudiados y de palabras vacías, Mónica! Te estoy hablando en serio. ¡Dime, de una maldita vez, qué hacía el «Mercedes» delante del edificio de Deval!

—¡Papá...!

—¡Basta de excusas! Quiero la verdad... Yo también he de decirte algo... Tú oíste. Sabes que, últimamente, las cosas no van tan bien como aparentan. Todos queréis ignorarlo. Tú, tu madre... Los gastos aumentan y los ingresos hace tiempo vienen flaqueando. Si Deval no me recomendaba para el crédito, podía verme en la ruina... ¿Tú no sabes lo que es esto?, ¿verdad? La ruina. Se terminaron las tonterías, esos estrafalarios vestidos que me cuestan un dineral, y el derroche que lleváis a todas horas...

—Papá, yo lo siento. De veras, pero... te repito que no me moví del Morocco. Lo que no comprendo es lo que intentas decirme...

—No intento decirte nada, Mónica. Sé que estás enamorada de Gunter. Cumple bien su trabajo, no tengo de él la menor queja. No entiendo muy bien su carácter, pero tampoco puedo reprocharle nada. El sabe, tan bien como yo, cuál es la situación. Conoce el último estado de cuentas...

—¿Pretendes decirme que..., que Gunter pudo ir a casa de Deval y matarle?

—Escucha, hija mía. De Deval dependían muchas cosas. Muerto él, sólo me queda confiar en que su grupo, dada nuestra amistad, acepte concederme el crédito... Yo, aquella noche, fui a verle.

—¿Que tú fuiste...?

—Sí. Gunter se enteró de que Coulmier tenía que entrevistarse con él, y eso le había hecho retrasar su fin de semana. Fui con la intención de rogarle, de implorarlo de rodillas, si fuese preciso, que me concediera el Crédito.

—¿Hablaste con él?

—Sí. Llegué a las dos menos cuarto. Estaba trabajando en su despacho... Hablamos de muchas cosas, creo que pretendía eludir el motivo de mi visita, que adivinó ya al abrirme la puerta.

—¿Qué ocurrió?

—Llamaron a la puerta. Me dijo que aguardara, y él fue a abrir. Oí rumor de voces, pero nunca llegué a saber quién era; seguí esperando como unos diez minutos. Entonces abrí la puerta, y asomé la cabeza. No vi a nadie en el salón. Me extrañó. Vi que la puerta del piso estaba entornada. Comencé a buscar, y le encontré en la cocina. ¡Muerto!

Hizo una pausa para reponerse y añadió:

—Sentí miedo... No sabía qué hacer. Llamar a la policía hubiese significado verme envuelto en un escándalo, tener que declarar la verdad de mi visita. La ruina hubiese sido del todo inevitable. Opté por huir. Sí... Sé que no obré cómo debía, de acuerdo con las leyes, pero intentaba salvar mi reputación...

—Papá... —murmuró Mónica, con los ojos brillantes, emocionados—. Yo no soy quién para reprocharte, pero no temas, esto nadie lo sabrá...

—Te equivocas. Eso pensé. Por parte de tu madre, no había temor. Se toma esas píldoras para dormir, y no se entera de nada. Tú estabas con Gunter... Pensé que mi salida nocturna había quedado encubierta, pero no fue así. El portero, ese repelente Luc Barry, me vio, y ahora pide dinero por su silencio.

Mónica bajó la cabeza. Quizá fuese aquél el primer problema de familia que estaba viviendo con toda su dramática intensidad, quizá, a sus veintitantos años, tomaba conciencia de las miserias

cotidianas de la vida, de las preocupaciones de las que siempre había huido.

Su padre añadió:

—Procuraré acallar a Barray, pero si alguien más vio el «Mercedes»... ¿Te das cuenta?

—Sí, papá...

—Pienso que tal vez... No sé, es descabellado, si quieres, no quisiera tener que dudar de nadie, pero Gunter pudo salir de ese cubil e ir a casa de Deval, discutir con él y...

—¡No!

—¿No se movió para nada del Morocco?

—No...

Vaciló un instante.

—Claro que no nos vimos siempre, pero... No. Gunter, no.

—Pues alguien tuvo que robar el «Mercedes», alguien que pretendiera acusarme a mí... o tal vez a vosotros.

—Gunter dijo lo mismo, cuando lo comentamos. Volveré a hablar con él, papá. Es inteligente, te ayudará.

—El no sabe nada de mi visita. No se lo dije.

—Lo haré yo... No te importe. Sé que te ayudará.

Gunter llamó a la puerta en aquel instante:

—Siento interrumpir. Está ahí afuera el inspector Renault. Dice que quiere hablar con usted.

Padre e hija cambiaron una mirada. Mónica parecía querer infundirle ánimos. Achard murmuró:

—Está bien, Gunter. Dile que pase.

CAPÍTULO XXV

Marc no parecía gozar de su mejor humor, pero reaccionó enseguida que vio a su amigo Richard en el umbral de la puerta.

—¡Hombre! Pensé que me visitarías más a menudo. ¿Qué has estado haciendo?

—Un poco de cada cosa...

—Pasa, no te quedes en el umbral.

Richard se volvió. Había visto al hombre fornido y corpulento, entrado en años, pero de espléndida vitalidad.

Le había visto salir de la casa, y meterse en un «Fiat».

—¿Quién es? —preguntó, señalando el sendero por el que se alejaba el automóvil.

—No le conoces. Es Coulmier. El antiguo propietario de esta casa. Ahora pretende comprármela otra vez, y se ha ido, echando chispas porque me negué a vendérsela.

Richard quedó pensativo...

«Coulmier era, en efecto, el único propietario que había tenido la villa. Se marchó porque la carretera tenía que pasar por allí, pero luego, el nuevo proyecto había variado el itinerario, y la casa estaba libre, puesto que dependía del municipio». Esto es lo que le había dicho Jacqueline Deval, pero, naturalmente, Marc no iba a confesarlo. Pretendía, con sus aires de grandeza hacer creer a Richard que era suya. El siquiatra no hizo el menor comentario al respecto.

Pensó en Coulmier... Esos miles de francos que, según Jacqueline, tenía que pagar aquella noche...

—¿No podría ser él el asesino que estamos buscando?

—¿Coulmier? ¿Por qué?

Le contó lo que le había explicado Jacqueline, pero sin nombrarla a ella para nada.

—Doscientos mil francos es mucho dinero para un hombre como

Coulmier que, según se dice, no anda muy boyante...

—No sé..., no sé qué decirte.

Tras un silencio, Richard murmuró gravemente:

—¿Tú confías en mí, verdad?

—Eres mi mejor amigo... Lo estás demostrando. Siento causarte todas esas molestias.

—Te ayudo con gusto, pero quiero que seas del todo sincero conmigo. Voy a hacerte una pregunta muy delicada.

Marc carraspeó, momentáneamente puso cara de circunstancias, propia del que no sabe si reír o permanecer serio.

Richard siguió:

—Cuando fuimos al local de la rué de Montand... ¿Imaginabas encontrar a Deval muerto?

—¿Eeeh?

—Marc... Estoy intentando preguntarte si me hiciste ir «allí» expresamente para que viera el cadáver.

El silencio sepulcral duró apenas un segundo. Lo rompió el siquiatra para añadir:

—No te estoy acusando, Marc. Únicamente —entiéndelo bien—, quiero saber si tú «sabías» que Deval estaba muerto, y necesitabas un testigo que probara que tú no habías sido... ¿Me explico?

Marc se puso en pie. Estaba lívido.

—Debería enojarme... Debería lanzarte algo a la cabeza, debería gritar y defenderme o arrojarte de mi casa... Pero no puedo. —Tragó saliva. Estaba vivamente afectado—. Eres mi mejor amigo. Siempre lo fuiste... Y siempre te admiraré... En el fondo, siempre quise ser como tú.

—Siento haberte causado una pena, al preguntarte esto.

—Estás en tu derecho, Richard...

El siquiatra, por unos instantes, vio a Marc tal cual era, como si estuviese desnudo. Desnudo moralmente. Sin esa máscara de frivolidad y de optimismo. Le vio cómo a un hombre derrotado y fracasado en plena juventud.

—No me contestes, si no quieres —dijo.

—No, Richard. Todo cuanto piensas puede tener un fundamento, pero te doy mi palabra de honor que yo no sabía nada. Llevaba una semana sin ir por la casa. La última vez fue con... No me importa que lo sepas, con Jacqueline, la hija de Deval.

Richard se abstuvo de decir que ya conocía aquellas relaciones.

—Tu vida privada no me interesa. Me basta con tu palabra, Marc...

Otro largo silencio hasta que Marc murmuró:

—Creo que sería mejor que regresaras a Inglaterra. Te he fastidiado las vacaciones.

—No. Concluiré esto. Nunca dejo nada a medias. Haré una visita a ese Coulmier.

—¿Coulmier? ¡Oh, no! Es un viejo histérico. Cree que es el amo de todo, y no es más que un pobre diablo.

—No me asustan los viejos histéricos.

—Richard... Si vas a verle... No le hables de mí. ¿Quieres? Sé que lo harás.

—Descuida, amigo. A ti no te he mezclado para nada.

Otro silencio, interrumpido por el repiquetear del teléfono.

Marc fue hacia el fondo de la sala, y tomó el auricular. Richard oyó perfectamente como decía:

—Diga...

No habló más. Permaneció un par de minutos escuchando; luego colgó.

Regresó y, sonriendo, murmuró en tono intrascendente:

—La tienda. Era para las provisiones... ¿Tomamos una copa?

—Bueno. Tengo que irme. Tengo una cita a las cinco, y quisiera ser puntual.

Marc, dándole la espalda, cogió una botella y sirvió dos vasos.

—Voy por hielo —murmuró, llevándose los vasos.

Fuera ya de la vista de Richard, en la cocina, extrajo de un bote un sobrecito que contenía polvillo blanco, que mezcló en el líquido del vaso destinado a su amigo.

Luego reapareció, y ofreció el vaso a Richard.

—Vamos a brindar por... por la ¡Vida! Vivir es bello..., a pesar de todo.

Richard sonrió, levantando levemente su vaso.

Bebió un par de sorbos, y se puso en pie para marcharse.

—La verdad es que me siento un poco cansado... Debe ser la herida del brazo.

—¿Por qué no te quedas a descansar? ¿Tan importante es esa cita?

—Pues sí..., importante e interesante a la vez.

—Aplázala. Llámala. Déjame que vea tu herida. Yo soy el culpable de ella.

—Tú no eres... ¡Qué extraño! Siento una sensación como si... ¡Marc! Me estoy durmiendo.

—Echate. Te conviene.

—Se me cierran los ojos... ¡Marc! ¿Qué demonios había en esa bebida...?

Casi tambaleante, se dejó caer en un sillón.

—Descansa —murmuró misteriosamente su amigo.

CAPÍTULO XXVI

A las cinco de la tarde, eran muchas las personas que estaban aguardando algo.

Todas ellas, indirectamente, se hallaban relacionadas entre sí.

Lorena consultaba su reloj, pensando que Richard llegaría de un momento a otro.

El comisario Drumont esperaba a Renault para ver qué había conseguido sacar de Claude Achard.

Mónica Achard aguardaba una respuesta. Una respuesta muy importante.

Y el viejo Coulmier, a un abogado.

Claude Achard esperaba, casi en vano, ver arregladas sus cosas.

Quizá el único que nada esperaba era Richard Harlow, tumbado en una cama, durmiendo profundamente...

Marc, por el contrario, se dirigía hacia París. En la guantera del coche alquilado por Richard, del que se estaba sirviendo para su viaje, depositó un revólver del calibre veintidós. Un revólver cargado.

En la mirada de aquel hombre fracasado había un brillo feroz...

Sólo él sabía el lugar adónde se dirigía.

El inspector Renault llegó a la oficina, y pasó al despacho de Drumont.

—Le he tanteado. Indudablemente, esconde algo, pero no le he presionado, tal como usted me pidió.

—¿Qué ha sacado?

—De un modo indirecto, parece ser que el quid de todo esto son los doscientos mil francos que Deval debía recibir de Coulmier. Por cierto, que Coulmier está interesado en adquirir el almacén de donde partieron los disparos. ¿Qué le parece esto?

—Muy interesante.

—De todos modos, no acabo de creer que el móvil fuese el robo. Demasiado sencillo todo. Con esa cantidad, hombres como Achard o como Coulmier no arreglan sus economías. Quizá asesinarán por millones, pero no por lo que para ellos debe ser una miseria.

—Bueno, no olvide otros casos parecidos... Una discusión, el acaloramiento y un final imprevisto... ¿Qué hace, entonces, el homicida?

—Buscar una coartada.

—Y procurar alejar las sospechas que pudieran recaerle. Se lleva el dinero para tratar de engañarnos... Nosotros buscaremos en los archivos, practicaremos detenciones rutinarias, y perderemos un tiempo precioso... Sí, Renault, usted tiene razón, demasiado sencillo lo del robo como móvil. Consiga lo que pueda de Coulmier.

Coulmier acababa de despedir a su abogado, cuando Renault se presentó en su casa.

Le recibió de uñas. Con su pelo cano, con su figura majestuosa, el antiguo rey de las conservas seguía manteniendo su orgullo, su prestancia y la vivacidad de su genio.

—¿Qué diablos pretende insinuar? Yo sólo he matado animales en África. Nunca disparé contra un ser humano.

—Nadie le acusa —sonrió Renault, diplomático.

—Entonces, ¿a qué viene preguntarme cuándo entré y cuando salí del apartamento de Deval? Pregunte al portero. El me vio.

—Bien, dejemos esto, señor Coulmier. Sabemos que iba usted a pagarle una suma importante.

—Y la pagué. —Sacó un papel de su mesa de escribir, y lo mostró al policía—. Ahí está el resguardo de mi deuda. ¿Satisfecho?

—Ese dinero desapareció.

—Eso no es cuenta mía. Y, por favor, tengo trabajo... —No le molesto más, señor Coulmier...

Renault lanzó un bufido, cuando salió de aquella casa.

Gunter, sentado en la cafetería, frente a Mónica, asintió:

—Sí. Fui a la casa. Acabarías por enterarte igualmente. — ¡Gunter! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Es una historia larga. Aquella noche bebimos bastante, el ambiente del Morocco me ahogaba, y salí a respirar un poco de aire puro. Entonces me pareció ver que alguien subía al «Mercedes».

Intenté alcanzarle, pero arrancó antes de que pudiera llegar. Tomé un taxi para seguirle, y vi cómo se detenía a unos metros de la entrada de la casa donde vivía Deval.

—¿Y quién era? ¿Le viste?

—No. No pude. Llevaba el cuello del abrigo levantado. Entró. Esperé unos instantes, y luego subí. Sentía curiosidad.

—¿Viste a Deval?

—No. Llamé, y no me respondieron. Esto es todo.

—¿Y el hombre?

—Ni rastro de él.

—¿No te pareció extraño?

—Muy extraño, Mónica, pero en aquellos momentos no pensé que pudiera ocurrir ningún asesinato. Tomé el coche, y lo conducí de nuevo al Morocco.

—No hay duda de que quien robó el auto fue el autor del crimen.

—Ya lo he pensado. Pero no podía comprometer a tu padre, explicando lo ocurrido. La situación es difícil. Ahora ya lo sabes porque él te lo ha dicho. Evitar cualquier escándalo era un deber.

Mónica se preguntaba: «¿Quién diablos podía haber robado el coche?».

Luego, exclamó:

—¡Gunter! Quien quiera que fuese, pudo verte... Sabe que tú le seguiste. Quizá estés en peligro.

A las seis de la tarde, Lorena Legrange llamaba por teléfono al inspector Renault, que estaba de vuelta al puesto de policía.

—Es extraño. Richard me había citado a las cinco, y no ha aparecido. Temo que haya podido sucederle algo.

Renault lanzó un bufido.

¡Todo se complicaba!

—Sigue esperando O si no, aguarda; tengo algo para ti. Un trabajo sencillo.

—Gracias, Jean. No admito más trabajos. Lo que quiero es saber lo qué le ha ocurrido a Richard.

—Quizá puedas saberlo, si haces lo que te digo... Recuerdas a Jacqueline Deval. Tú la viste hablar con Richard por dos veces.

—Sí...

—Quizá ella sepa dónde está. ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

Lorena dudó un instante.

En todo lo que Richard le había confiado, jamás mencionó a Jacqueline...

—Sí, tal vez...

—Sé buena, Lorena. Hay sólo treinta kilómetros hasta Montebieu. Procura verla. Dile que eres amiga de Richard... Lo que sea, pero trata de conseguir esa información. El amigo de Harlow siguiendo el último eslabón.

—Está bien. Iré ahora mismo —replicó ella, y colgó.

CAPÍTULO XXVII

Richard Harlow despertó, amodorrado. El efecto del somnífero lo sentía todavía en su cuerpo, relajado.

Había dormido algo más de dos horas, y pudo haber pasado el resto de la tarde sin despertar, pero una fuerza de voluntad tenaz, aquel superdominio, de sí mismo, le habían hecho abrir los ojos.

Reaccionó vivamente, y lo primero que hizo fue salir. Necesitaba algo para contrarrestar los efectos relajantes del barbitúrico ingerido.

No se preguntaba el porqué Marc había obrado de aquel modo. Lo primero era recobrar su total integridad física e intelectual. Presentía que iba a necesitarla.

Llamó por teléfono, pidiendo un taxi. Tuvo que esperar diez minutos.

Se hizo conducir a la farmacia, y adquirió una caja de ampollas inyectables y una jeringuilla, con la correspondiente aguja. Empleó una de sus propias recetas. El nombre extranjero hizo dudar al farmacéutico, pero...

—Por favor, soy médico —le mostró sus documentos—. Esto es para mí. ¿Comprende? ¿Qué más da que no sea francés? Lo necesito.

Utilizando el mismo coche, pidió al chófer que le llevara a París, pero antes utilizó el teléfono de un bar para llamar a Lorena.

No contestó nadie. Comprendió que, dada la hora, debía haberse marchado.

Entonces llamó a Jacqueline Deval:

—Soy Harlow. No puedo contarle todo lo sucedido, pero lo importante es que Marc se ha ido, ignoro dónde, pero debió decidirlo después de una llamada telefónica. Necesito localizarle. ¿Puede ayudarme?

—¿Cómo?

—Dándome el nombre de algún conocido suyo. Usted conoce sus amistades. Esa llamada debió ser muy importante para decidirse a narcotizarme.

—¿Que Marc le ha narcotizado...? Pero si... No lo comprendo.

—Vamos, señorita Deval, trate de recordar algún dato.

—No puedo decírselo por teléfono. Si está usted en Deauville, venga a verme, no estoy muy segura, pero creo que... ¡Oh. Dios mío!

—¿Qué está pensando?

—No puedo decírselo ahora. Dese prisa.

Richard colgó y salió en tromba hacia el taxi.

—Vuele, si es preciso, amigo. Le pagaré el doble por el viaje, pero necesito llegar cuanto antes. Primero a Montbleu, luego, quizá continuemos.

—Voy a sacar las alas —bromeó el chófer.

Lorena llegó antes. Se presentó como si fuese la novia de Richard, y usó de toda su naturalidad.

Jacqueline le dijo la verdad:

—No se preocupe. Richard viene hacia aquí. Me ha llamado desde Deauville.

—¿Deauville? ¿Qué hacía en Deauville?

—¿No se lo dijo a usted? —preguntó Jacqueline.

La conversación tenía por marco uno de los lujosos salones de la soberbia villa de los Deval. Estaban solas las dos mujeres.

—No. Pero tengo miedo. —Y al decirlo, no fingía. Era como si su servicio policial hubiese terminado, y ahora dejara paso a su verdaderos sentimientos—. Sé que está protegiendo a un amigo suyo, y corre grandes riesgos.

—Sí. Lo sé. Trata de salvar a Marc.

—¿Marc?

—Estoy enamorada de él... Creí que todo había terminado, pero no es tan fácil. Si usted quiere a Richard Harlow, debe saber lo qué es eso.

—¿Marc? —repitió Lorena.

—Sí. ¿Qué le extraña?

—En realidad, nada —replicó con una leve sonrisa Lorena—. En un momento, había averiguado el nombre que tanto le interesaba a Renault, pero no se sentía satisfecha. No.

—Usted confía en él..., claro —añadió.

—Sería monstruoso pensar que Marc hubiese sido capaz de matar a mi padre. No... Estoy segura. Fue una casualidad. Richard Harlow me lo explicó todo.

—¿Y no sospecha de nadie?

—Lo he pensado mucho, pero la verdad es que no sé... Y ahora, Marc se ha marchado de Deauville. Temo que algo vaya a suceder.

—¿Por qué no llama a la policía?

—¡Oh, no! No quiero mezclar a Marc. El asunto de Coulmier no creo que esté relacionado con el crimen. Es otra cosa.

—¿Coulmier?

—Sí. Sabía que Marc y yo nos veíamos con frecuencia en el apartamento. Nos vio una vez salir de él. No sé qué puede querer de Marc, pero, últimamente, le ha visitado...

—¿Ha vuelto a ver a Marc, desde entonces?

—No. Pero él me llamó. Dijo que sentía mucho lo de mi padre... y que no podía vivir sin mí. Me puse a llorar como una tonta.

—La comprendo —replicó Lorena. Se sentía como una intrusa ante un drama, del que era sólo una espía. Reaccionó como una mujer—. No debería decírselo, Jacqueline, pero siento algo aquí dentro que me obliga... Estoy trabajando para la policía.

Jacqueline se puso pálida.

—¿Qué...? Entonces me ha hecho hablar para...

—Cálmese —suplicó Lorena—. Me estoy arrepintiendo de lo que hago. Ojalá no hubiese aceptado... No sé qué hacer. Mi misión era la de averiguar quién era el amigo al que Richard Harlow protegía. Usted me lo ha dicho, pero no tema... No le he mentado cuando le aseguré que estaba enamorada de él. No soy su novia, pero lo sería si Richard me lo pidiera. Quizá no me perdone nunca el que le haya mentado... Me gusta correr aventuras, tener nuevas experiencias para mis novelas, pero ésta ha ido demasiado lejos.

Jacqueline no supo qué contestar. Lorena siguió:

—Confíe en mí. Cuando vea al doctor Harlow, no le hable de mi visita. Yo llamaré al inspector, y le diré que usted no sabe nada... Luego... quizá le cuente toda la verdad a Richard.

Lorena salió, cabizbaja. Fuera estaba su coche. Permaneció sentada unos minutos, antes de decidirse a ponerlo en marcha.

Fue entonces, al encender los faros, cuando vio a otro auto

entrar en el jardín de la casa. Se detuvo cerca de la entrada, y bajó un hombre. Le reconoció. Era ¡Gunter!...

¿Qué hacía Gunter en casa de Jacqueline?

La curiosidad la retuvo. Fingió alejarse, pero esperó afuera, amparada en las sombras del sendero.

Gunter permaneció media hora en la casa, y volvió a salir. Entonces, Lorena marchó tras él. No para seguirle. Quería alejarse de allí para que no la viera Richard. Luego, comunicaría aquella visita al inspector Renault. Pero...

CAPÍTULO XXVIII

Gunter había tomado bastante delantera. Lorena conducía pensativamente hasta que al doblar una curva vio el auto atravesado en la carretera, y tuvo que frenar bruscamente. Era el Coche de Gunter.

Dentro, no había nadie. Salió para ver qué ocurría, cuando escuchó la voz del propietario del coche:

—¿Me busca a mí, señorita?

El susto de Lorena no fue fingido. La súbita aparición de Gunter, aparte de sobresaltarla, le evidenció un peligro. El había querido sorprenderla. La estaba esperando. ¿Por qué? ¿Qué se proponía?

—Sé que es amiga de ese siquiatra que anda por ahí husmeando. Y esto no me gusta nada, señorita. Absolutamente nada.

—¿Qué le importa lo que yo hago? Saque el coche de en medio de la carretera, y déjeme continuar.

—¿Para reunirse con ese tipo, y decirle que me ha visto en casa de Jacqueline?

—¿Tanto miedo tiene de que los demás sepan dónde va?

—El miedo debería tenerlo usted, señorita... Estamos solos...

—Y usted es muy valiente con una mujer sola, ¿verdad? ¿Ha visto muchas películas de «hombres duros»? No me asusta usted, señor Gunter Label.

El sonrió levemente y, con impetuoso y ágil ademán, abofeteó a la joven.

—¿Está más asustada ahora?

—¿Y usted, se siente más tranquilo?

Gunter, con los ojos en blanco, presa de una furia propia de un demente, la golpeó de nuevo.

Lorena cayó al suelo. Le dolían los golpes, y una furia inmensa la empujaba a lanzarse contra aquel hombre.

Se levantó lentamente. Como una tigresa en celo, iba a lanzarse

contra aquel matón, y poner en práctica alguna de sus llaves de judo, pero Gunter había sacado un revólver de su bolsillo y la encañonaba.

—Ahora, hará exactamente todo lo que yo le diga. Empezee por volverse de espaldas.

La orden era tajante, y Gunter amartilló el revólver.

—¡Usted es un asesino! —exclamó ella, dándose cuenta de que la situación empezaba a ser comprometida de veras.

—¡Aún no, señorita!

—No me engaña... Usted mató a Maurice Deval.

—Se equivoca. No fui yo... Ni me importa quién lo hiciera, pero su maldito amigo acabaría descubriendo algo que no deseo que descubra. —Y si mediar más palabras, descargó la culata del revólver contra la cabeza de Lorena, que cayó fulminada, quedando exánime sobre el asfalto.

Apenas quince minutos más tarde, Richard Harlow pasaba por aquel mismo lugar, después de haber tenido una breve conversación con Jacqueline.

Eran las nueve cuando estaba frente a la vieja, pero señorial residencia del exrey de las conservas. Entró por la verja que protegía la entrada del jardín, y llamó:

Le abrió la puerta un estirado mayordomo, que le advirtió:

—El señor Coulmier no recibe a nadie, a estas horas. A menos que le haya citado a usted.

—Quiero hablarle acerca de un amigo común. Marc Leclair. Es muy importante.

—Se lo diré. Aguarde un instante.

Mientras esperaba en el amplio vestíbulo, con muebles de épocas pretéritas y escasa luz, tenía la sensación de hallarse viviendo en el pasado.

Fue entonces cuando, mirando a través de los ventanales, vio a un hombre cruzando el jardín. Era un tipo de aspecto familiar. Arqueó las cejas, al reconocerle. Su andar, su silueta...

¡Era Luc Barry! El portero del 225 de la rue de Montand.

El mayordomo reapareció para anunciar:

—El señor Coulmier está dispuesto a recibirle.

El criado le hizo cruzar otro salón que parecía extraído de un decorado de película para introducirle finalmente en el despacho,

del dueño de la casa.

—¿Qué es lo que quiere decirme, señor... Harlow? —preguntó Coulmier.

—Únicamente saber si Marc Leclair ha venido a visitarle.

—¿Marc Leclair? ¿Ese infeliz? No me hable de él...

—¿No ha sido usted quien le ha llamado esta tarde, poco después de salir de su antigua villa, en Deauville?

—No sé de qué me habla.

—¿Para qué fue a visitarle usted, señor Coulmier?

—¡Está ocupando una casa que no le pertenece!

—¿Por qué no se dirige usted a las autoridades? La casa ya no es suya. Tengo entendido que cobró la indemnización correspondiente. ¿No sería mejor que me dijese la verdad, señor Coulmier?

—No tengo por qué darle explicaciones a usted.

—Lo sé. Pero tal vez le convendría. Usted vio a Marc y a Jacqueline Deval salir alguna vez del apartamento... ¿Por qué no avisó a la policía?

—¿Por qué no lo hizo usted? El que Marc sea amigo suyo, no le exime.

—Su caso es distinto. Yo tengo, por lo menos, un motivo. La amistad. Y otro más poderoso. Sé que Marc no mató a Deval... ¿Y usted, señor Coulmier? Sabe que Marc frecuentaba la casa a escondidas, pero..., ¿qué sabe Marc de usted?

—¿Qué está insinuando?

—Algo le ha hecho callar, señor Coulmier. Algo que seguramente usted no quiere que se sepa.

—Ya he oído bastante, señor mío. No tengo nada que ocultar. Soy hombre de palabra. Fui a ver a Deval, pagué mi deuda, y salí inmediatamente hacia Niza.

—Si lo que pretender es exhibir una coartada, no me impresiona. Yo no soy policía. Buenas roches, señor Coulmier. No se moleste en acompañarme. Conozco el camino.

Se volvió, al llegar al umbral de la puerta, para observar:

—Por cierto, que yo sepa no he dado mi nombre a su mayordomo, pero usted debe ser adivino, porque me ha llamado doctor Harlow. Le felicito.

—¿Eh?... ¿Qué tontería es ésa? Yo...

—No busque ninguna excusa. Lo habrá oído por ahí, sin duda...

Y otra cosa. Me he dado cuenta de que recibe visitas, aún siendo las nueve. Aparte de mí, claro. He visto salir a Luc Barray. Buenas noches, señor Coulmier.

Richard salió de la casa, cruzó el jardín y llegó a la calle. Era un barrio apartado y lamentó haber despedido al taxi.

Anduvo unos pasos, preguntándose dónde estaría Marc. De pronto, de la oscura esquina surgió Luc Barray. Empuñaba una pistola, con la que le conminó:

—Quieto. Si quiere salvar la vida de su amigo, no haga ninguna tontería, y siga andando. Hay un coche en la otra esquina. Coja el volante, y vaya siguiendo mis instrucciones.

—¿Forma parte de su trabajo de portero, eso que está haciendo? —preguntó irónicamente el siquiatra.

—Déjese de bromas. Marc Leclair está en peligro. ¿Comprende? Y usted también.

CAPÍTULO XXIX

Lorena Legrange despertó en un lugar húmedo, frío, mal oliente. Podía escuchar un ruido producido por agua al caer. Agua abundante, como una cascada.

Quiso moverse, pero se encontró atada con las manos a la espalda; también los pies estaban sujetos con fuertes cuerdas.

Tumbada en el suelo, intentó incorporarse y apoyar su espalda a la pared.

Aquello parecía un túnel.

—¿Dónde estaba? ¿Y Gunter?

Empezaba a recordar lo sucedido. Luego... Vio la luz. Era una linterna, y tras ella, su raptor.

—Usted va a servirme de cebo, señorita. Es inútil que grite, aquí no la oírán nadie. Estamos cerca del colector. El olor no es muy agradable, pero no hay más remedio que aguantarlo.

Se llevó un perfumado pañuelo a la nariz.

—¿Quiere oler? —Y acercó el pañuelo.

—Aparte sus sucias manos, Gunter. ¡Es usted un asesino!

—Todavía no me han dado ocasión de serlo, pero todo se irá... andará...

—Pero..., ¿por qué hace todo esto?

—Voy a contárselo, señorita. Satisfaré su curiosidad. ¡Para lo que le va a servir...! —sonrió, llevándose de nuevo el pañuelo a la nariz.

Luego, mirándola con sorna, empezó:

—Me había propuesto matar a Deval. Sabía que Marc y Jacqueline solían verse con frecuencia los fines de semana, pero sabía también que aquel viernes, Deval iba a estar allí... ¿No ve los motivos aún? Muerto Deval, se iniciaría una investigación y se llegaría hasta Marc Leclair... Ése es mi estorbo para llegar hasta Jacqueline. Estaba forrada de billetes, y, con la muerte de su padre,

calcule usted... Sí, matando a Deval, liquidaba dos pájaros de un tiro, pero alguien se me anticipó. Me hizo un favor, pero luego salió ese maldito siquiatra, encubriendo a Marc, y después andando por ahí haciendo averiguaciones... No. No quiero que se sepa que yo estuve allí. Conté una historia a Mónica... Mónica es un buen pasatiempo, pero sin porvenir... Achard está arruinado. No tiene salida. ¿Va entendiendo?

—Sí. Voy entendiendo que es usted un enfermo mental.

—No vuelva a repetir eso —replicó Gunter, con los ojos a punto de salirse de sus cuencas.

—No espere salir de esto, Gunter.

—Nadie volverá a saber de usted, ni del maldito siquiatra. El agua del colector les engullirá, y sus cuerpos aparecerán muy lejos, si es que aparecen. Serán irreconocibles.

—¿Y todo para que Richard no siga sus investigaciones?

—Exacto, muñeca, exacto. Es demasiado listo... Mientras esté vivo no conseguiré atraer las sospechas sobre Marc, y si no me libro de Marc, no podré acercarme a Jacqueline.

—Ha conseguido sorprenderme a mí, pero con Richard no lo logrará.

—Tarde o temprano, irá a su hotel. Le llamaré y le diré que está usted en mi poder... Sentirá deseos de salvarla, y vendrá... En el improbable caso de que no lo hiciera, usted correría la misma suerte, y yo me ocuparía de él en otra ocasión; y ahora, permítame que la deje. Le repito que es perfectamente imposible que nadie pueda saber dónde se encuentra.

Se acercó, y aseguró sus ligaduras, sujetándole a un gancho de la pared.

Richard conducía el coche a marcha normal. A su lado, el portero Luc Barry mantenía el revólver a la altura de las piernas. No dejaba de apuntarle mientras le indicaba el camino a seguir.

De pronto, viró bruscamente. Había calculado perfectamente los movimientos.

El coche chocó violentamente contra un farol. Richard contaba con la sorpresa de Luc. Soltó el volante, presto a salir. El portero, impulsado por el golpe, se inclinó hacia delante, y su revólver cayó al suelo.

Richard le sujetó con fuerza, tirando de él para hacerle salir.

Luc, medio aturdido, casi no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, y se vio arrastrado por el siquiatra que, agarrándole con fuerza, le alejaba del lugar, antes de que se llenara de curiosos.

Corrió, siempre tirando de él, hasta el primer callejón.

Allí, a solas los dos, y sin dejar que Luc Barray se repusiera, lo empujó contra la pared.

—Ahora, va a decirme de quién recibe las órdenes. ¡Vamos, hable! —Richard parecía haber perdido su sempiterna sangre fría. Apretaba con fuerza las solapas de la chaqueta del portero, a quien mantenía imposibilitado de todo movimiento.

—¡Le estoy preguntando, Barray! Usted me ha amenazado... ¿Por cuenta de quién?

El hombre tragaba saliva. Tenía miedo, y no se recataba de ello.

—Es un ser demasiado insignificante par hacer las cosas por sí mismo. ¡Vamos! No me haga perder la calma. Hable, de una vez. Hable o...

El puño derecho de Richard pegó con moderada fuerza el abdomen del hombrecillo. Fue suficiente para colmar el vaso del miedo que sentía.

—Yo... Yo no tengo nada que ver. Fue él... El me lo ordenó. Yo no... Yo no...

—¿Quién es él?

—Me matará... Me matará, si hablo... Tenga piedad, doctor.

—¿Piedad? ¿Acaso pensaba tenerla conmigo? ¿Qué se proponía, Barray? Hable claro...

—Un... Un accidente... «El» dijo que debía parecer un accidente... Quería librarse de usted.

—Está bien, Barray. Empiece por el principio. ¿Qué ocurrió exactamente aquella noche?

CAPÍTULO XXX

Tras una leve pausa, Barray empezó:

—Todo estaba planeado. Yo..., yo no quería tomar parte, pero él me obligó. No podía negarme. «El» sabe algunas cosas mías... Nada importante, pero si la policía se enterase, podría perjudicarme... Yo... no quería.

—Siga, Barray. No me importa su pasado. Continúe...

—Aquella noche, poco antes de las dos, llegó Claude Achard. Pero esto no lo supe hasta después. Yo... Yo ya estaba en la casa. «El» me había dado un revólver con silenciador. Me dijo que sólo contenía balas narcotizantes. Mi misión era dispararle y robar el dinero... A las dos, subí y me deslicé por la cornisa hasta dentro. No había nadie; y me acerqué al despacho de Deval. Oí voces, y me escondí en el *office*. Pasaron unos diez minutos, y entonces alguien llamó a la puerta.

—¿Quién era?

—Entonces, no pude verle bien... Luego, he sabido que era el secretario de Achard.

—¿Gunter Label?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Estuvieron hablando. Deval se dirigió hacia la cocina, seguramente en busca de hielo...

—Deval —interrumpió pensativamente el siquiatra—, debió pensar que tramaban algo. Si Achard estaba en su despacho, y después vino su secretario, la cosa era como para dudar... Pero siga.

—Yo no sabía qué hacer. Tenía el arma en la mano. Debía hacer algún ruido, porque Deval se volvió. Me descubrió y yo... no tuve más remedio que disparar. Deval cayó... Pensé que estaba narcotizado... Luego oí pasos, y huí por la comisa. Gunter debió asustarse, y salió por la puerta principal.

—¿Qué más? —insistió el siquiatra, ante la prolongada pausa del portero.

—Esperé unos momentos. Estaba asustado. Durante este tiempo, debió marcharse Achard. No sé... Recuerdo que cuando entré, ya no había nadie. Deval seguía en el suelo... ¡Le juro que no pensaba que estuviese muerto!

—Está bien, está bien, siga.

—Cogí el dinero que le había entregado Coulmier, y me dispuse a salir, cuando oí voces. Me escondí de nuevo en la comisa, y vi la sombra de un hombre que avanzaba por ella. Salté por la casa vecina, pues sabía que no había nadie. Salí como pude.

—¿Cómo es que yo no le vi?

—Se lo estoy diciendo. Salí por la casa contigua. Llegué a la calle, y permanecí allí unos momentos para asegurarme de que nadie me veía. Luego, entré en el portal, y corrí a encerrarme. Cuando usted y su amigo bajaban la escalera, acababa de cerrar la puerta.

—Le oímos.

—Esto es todo, señor...

—No... Todavía no me ha dicho quién es «él».

Tras una pausa, y con el temor creciente en su rostro, Luc Barray murmuró:

—Coulmier.

CAPÍTULO XXXI

Gunter paseaba nervioso, consultando el reloj. Ella —Lorena—, seguía amarrada a la pared, atada de pies y manos, imposibilitada del menor movimiento.

—Su plan no saldrá bien —murmuró.

Intentaba pensar, ver el modo de salir de su difícil solución. Gunter se volvió hacia ella.

—Cállate, muñeca. Sé bien lo que me hago.

—¿Y si Richard no vuelve al hotel? —preguntó ella, tratando de poner nervioso a su aprehensor.

—Volverá. El siquiatra es muy curioso. Y Marc le habrá informado de la llamada telefónica.

—¿De qué llamada está usted hablando?

—¿No lo sabes, verdad? Te lo diré. Esta tarde he llamado a Marc, en Deauville. Sí. Conozco su refugio. Le he dicho que advirtiera al siquiatra que dejara de husmear, o de lo contrario su cuerpo aparecería flotando en el Sena... Pero conozco a los tipos como Richard Harlow. Querrá llegar hasta el final. Un final que no espera.

—Entonces, esa llamada... la hizo usted.

—Sí.

—Y le citó también en La Puerta de las Lilas.

—No sé de qué me habla...

—¿No fue usted quien le tendió la emboscada, hace tres noches?

—Si se la hubiese tendido, a estas horas ya habría muerto. Yo nunca fallo.

—¿Qué fue lo que dijo a Marc, por teléfono?

—Que daba de tiempo al siquiatra hasta las doce de esta noche, que si a esta hora no se había largado, iría a su hotel y le mataría. ¿Comprende? Faltan cinco minutos para las doce. ¿Qué se apuesta a que está esperando? Le llamaré y le citaré aquí... Luego... ¡Adiós a

los dos! Asunto concluido... Tendré las manos libres, y nadie me impedirá que acuse a Marc del asesinato de Deval...

¡La misteriosa llamada que puso en movimiento a Marc había partido de Gunter!

Y Lorena seguía pensando...

«Pero Marc, en vez de avisar a Richard, se marchó por su cuenta».

Pero, ¿dónde había ido?

En la comisaría, el titular Drumont y el inspector Renault escucharon la declaración del siquiatra.

Un subalterno entró para informar:

—Luc Barray ha ratificado su confesión. Le hemos tomado las huellas.

—Un buen trabajo, doctor Harlow —murmuró el comisario.

—Ya tienen a los culpables —sonrió Richard—. Ahora, ya pueden decir a Lorena Legrange que deje su comedia.

Renault y Drumont cambiaron una mirada, en la que ocultaron la gran sorpresa que las palabras del médico les había producido.

—¿Sabía usted...? —empezó Renault.

—Confieso que al principio, no... Pero sospeché enseguida.

—¿Cuándo? —preguntó, curioso, el inspector.

—Cierta día, junto a un arroyo, tras una conversación con Jacqueline Deval, vi ciertas huellas sobre la tierra blanda.

Eran de zapatos de mujer. Y las huellas eran recientes... ¿Qué mujer podía seguirme? Pensé inmediatamente en Lorena. Posteriormente, cuando estuve en su casa, tuve tiempo de examinar algunos de sus zapatos, y en unos, concretamente, había huellas de barro. Por si acaso, antes fingí que la creía una admiradora. —Hizo una pausa para añadir—: Bueno, si quieren dejaré que ella siga ignorándolo todo... A propósito, ¿dónde está?

—Fue a ver a Jacqueline Deval.

—¿A Jacqueline Deval? Es raro. Jacqueline no me dijo...

—Temo que a estas horas ya sepa el nombre de su amigo —sonrió Renault.

—Entonces...

—No. No nos lo ha dicho...

Richard tuvo un súbito presentimiento:

—Quiero hacer una llamada telefónica.

Tomó el teléfono que le indicó el comisario, y pidió conferencia con Montebieu. Instantes después, hablaba con Jacqueline, que le informaba de la verdad.

—Me pidió que no se lo dijera, doctor Harlow... Ella le quiere y no contará nada a la policía.

—Gracias —musitó Richard, colgando.

Pensó en Marc.

—Debo irme.

—Puede hacerlo, doctor —replicó el comisario, añadiendo—: Y ahora que todo está aclarado, ¿puede decirnos el nombre de su amigo?

—Temo por él... Aquella llamada telefónica... Ahora comprendo por qué me narcotizó. Coulmier pensaba matarme. Debí advertírmelo por teléfono, y quiso apartarme de todo y obrar por su cuenta.

—¿Coulmier?

—¿Quién sino? Pero es extraño... Me llevaba bastante delantera. ¡Dios mío! Espero que Coulmier no le haya matado.

—No se preocupe, doctor. Pronto lo sabremos. Nuestros hombres no han estado inactivos. Nosotros también hemos averiguado algo. Pero antes de que usted viniera hacia aquí, hemos culminado una serie de investigaciones.

—¿Qué han averiguado?

—Pues que Blanchard tenía cierta relación con Coulmier... Coulmier se valió de otras personas para inducirle a él y a su amigo, que resultó muerto en el callejón, a tenderle la emboscada. Pretendían intimidarle, pero posteriormente, cuando usted salió de El Trébol de la Suerte persiguiendo al hombre que había reconocido, Coulmier le estaba esperando en el almacén... Y no cabe duda de que fue él quien efectuó los disparos y mató al cómplice de Blanchard para que no hablara, y estuvo a punto de matarle a usted.

—Entonces... sus hombres habrán llegado ya a la casa de Coulmier.

—Eso espero, doctor. Y si a su amigo le ha pasado algo, ya lo sabremos.

Entró el mismo agente que lo hizo antes, para informar:

—Ya están aquí.

La voz indignada de Coulmier se dejaba oír. Hablaba de dignidad ultrajada, siempre en su actitud de hombre acostumbrado a ser obedecido.

El comisario hizo una seña para que trajeran al portero.

Cuando Coulmier entró en el despacho, y vio a Barray, cabizbajo, su tono desabrido desapareció momentáneamente. Comprendió que estaba cogido.

—Pregúntenle dónde está Marc Leclair —instó Richard.

—¡A mí qué me cuenta! —respondió, de mal talante, el detenido.

—Ya no tiene nada que perder, señor Coulmier —murmuró el comisario—. Tenemos pruebas suficientes para entregarlo al juez. Bien. Diga qué ha hecho con Marc Leclair.

—Vino a verme, y se marchó.

—¿Por qué vino a verle? —preguntó Richard.

—Me habló de no sé qué llamada.

—¡Un momento! —exclamó Richard—. ¿No fue usted quien le llamó por teléfono?

—¡No!

—Entonces... ¿Quién diablos le llamó?

—Yo no sé nada. Ni quiero saber nada de ese tipo.

Insistieron en que hablara, pero Coulmier acabó —admitida su derrota— por declarar firmemente:

—He jugado y he perdido. Diré todo cuanto deseen saber, pero les doy mi palabra de que no hice nada a Marc Leclair.

—Entonces... —se preguntó Richard—. ¿Dónde diablos habrá ido Marc?

CAPÍTULO XXXII

Eran las doce y diez minutos cuando Richard paseaba, nervioso, por la habitación de su hotel.

Había intentado localizar a Marc en Deauville, pensando en que quizá pudo haber regresado, pero nadie contestaba. Tampoco logró encontrar a Lorena.

«Algo va mal», barruntó.

Fue entonces cuando sonó el teléfono de su habitación.

La voz de Gunter Label, disimulada, le susurró:

—Tengo a Lorena Legrange en mi poder. No avise a la policía. Haga exactamente todo lo que yo le diga, si desea que la muchacha siga viviendo.

Richard escuchó atentamente las indicaciones que Gunter le daba.

Cuando el alemán colgó el teléfono de la cabina pública que había utilizado, se metió en el interior de un coche.

Era un sector oscuro, metido en un laberinto de interminables escaleras, con callejones y recovecos, y relativa mente cerca del colector.

Se había cubierto, por si Richard no llegaba solo. Calculó el tiempo que tardaría, y pensó que tendría tiempo de regresar donde estaba Lorena. A pesar de las seguridades del lugar, no quería dejar nada al azar.

Llegó en cinco minutos. La muchacha seguía inmóvil, bien amarrada. Al verle, exclamó:

—El tiempo pasa. No espere a Richard Harlow, Gunter.

—Dentro de veinte minutos estará en el punto donde le he citado.

—Gunter... Usted no sabe una cosa... He estado trabajando para la policía. Ellos me protegen. Si me mata usted le perseguirán. El inspector Renault me aprecia. No crea que su crimen quedará

impune.

Gunter se alejó sonriendo. Se creía con los triunfos en la mano.

Volvió al coche para regresar al punto que había citado a Richard.

Pero retrocedamos en el tiempo. Sólo unas horas antes Marc estaba convencido realmente de que aquella llamada que recibió en Deauville la había realizado Coulmier. Tenía motivos para creerlo, y hacia allí se dirigió.

Pensó que Richard ya había corrido demasiados riesgos por él, y quería terminar el asunto por su cuenta.

Pero en su breve entrevista con Coulmier comprendió que había errado, y entonces...

Entonces recordó algo...

Sí... Pensó en Gunter. Sabía que Gunter le odiaba porque Jacqueline le prefería a él, a Marc. Era la única pista que le quedaba...

Pensaba en la voz que, a través del hilo telefónico, amenazó a Richard Harlow... ¿Quién podía ser?

Si Coulmier era uno de los presuntos culpables, Gunter no estaba exento de sospechas, y no vaciló en dirigirse a su casa.

No había nadie.

Llamó a casa de los Achard.

Mónica le contestó, a través del teléfono, que no le había visto.

«¿Quién le llama? ¿Quién es usted?», había querido saber la muchacha. Pero él colgó.

¿Dónde encontrar a Gunter?

Fue hacia el Palace Hotel. La medianoche se le había echado encima y, fracasado en su intento de ayudar a Richard, debía, por lo menos, ponerle en guardia.

Pero llegó demasiado tarde. Richard acababa de recibir la llamada telefónica, y partía, veloz, hacia el punto donde Gunter acababa de citarle.

Dentro de su auto, Gunter le observaba. Se acurrucó en su asiento para que el siquiatra no pudiese verle.

Se estaba acercando al coche.

Hundió sus manos en los bolsillos de la gabardina y, con sus cinco sentidos en tensión, caminó los últimos pasos.

Se detuvo un instante delante del coche. Miró ligeramente, y siguió avanzando.

Gunter abrió la portezuela lentamente. Llevaba un revólver en la diestra.

Saltó con agilidad, pero...

Richard se había vuelto con increíble rapidez, como si estuviera esperando aquello.

De un certero manotazo, desarmó a Gunter, al mismo tiempo que la zurda descargaba un tremendo puñetazo en el mentón de su presunto agresor.

Sorprendido, maltrecho, Gunter cayó hacia atrás. Richard recogió el revólver, antes de que el otro pudiera levantarse.

—Ahora, sin tonterías, lléveme hasta donde está Lorena.

Gunter se levantó, jadeante. Jugó su última carta:

—Tiene que soltar este revólver, doctor... Si me mata, jamás lo sabrá...

—Está loco, Gunter. Sabe que no tiene nada que hacer contra mí.

—Dispare, doctor. Ande, dispare. Conviértase en un asesino, moriré con la satisfacción de saber que nunca sabrá de ella.

Richard trató de estudiar la extraña sicología de Gunter. ¿Sería, realmente, capaz de dejarse matar, antes de hablar?

Quiso ponerle a prueba.

Amartilló el revólver.

—Voy a complacerle, Gunter. Sé que encontraré a la muchacha.

Hubo unos instantes de angustioso silencio. Richard bajó ligeramente el arma.

—¿Sabe el dolor que se siente cuando a uno le disparan en el vientre? Sé dónde hacerlo, Gunter. No morirá en el acto, sino lentamente, muy lentamente. Acabará pidiéndome a gritos que le mate, y no lo haré hasta que no me diga dónde está Lorena.

Le miró fijamente a los ojos, y se dispuso a disparar.

Fue entonces cuando llegó velozmente el coche.

Se detuvo en mitad de la calle, y de él saltó Marc.

—¡Vi cómo salías! Te seguí... Menos mal que llegué a tiempo. — Se acercó—. ¡Era Gunter! Le cazaste...

—Tiene a Lorena en su podre —informó el médico.

Marc se acercó más, y Gunter vio la oportunidad. Se lanzó sobre

él como una exhalación. Richard disparó contra el suelo, pero Gunter había cogido a Marc y, con una perfecta llave, le retorció el brazo contra la espalda, amparándose en su cuerpo.

—¡Ande, dispare ahora, siquiatra del demonio! Dispare, y acabará con él también. —Sonrió, pensando en su triunfo, y añadió, tajante—: Suelte la pistola. Hágalo o le romperé el brazo.

—No temas por mí, Richard. No tiene armas. —Ahogó una exclamación de dolor, cuando Gunter apretó con más fuerza el brazo.

—¡Arroje la pistola al suelo! A mis pies, Harlow. De prisa. Richard dudó unos instantes y, al fin, obedeció.

CAPÍTULO XXX

Marc llevaba el coche. A su lado, estaba Richard; en el asiento trasero, Gunter empuñaba el revólver, amenazando a los dos.

Richard pensaba:

«Es mejor que nos conduzca donde está ella».

Gunter les ordenó detenerse en un descampado. Cerca, estaba la valla, donde arrancaba la escalera que descendía hasta el canal de aguas putrefactas.

El ruido del agua delataba la proximidad del colector en su desembocadura.

Bajaron los tres. Gunter, detrás, dispuestos a no dejarse sorprender.

No tardaron en hallarse frente a la muchacha. Lorena miró, aterrada, a los dos hombres. Comprendió que ya no había salvación para ninguno.

—Lo siento —murmuró.

El sonrió.

—Éste es el amigo por quien tanto interés sentía —dijo Richard.

—¡Richard! ¿Tú sabías...?

—Sí... —murmuró él.

—Lo siento, Richard. Yo... no he dicho nada a Renault. No todo es falso en mí.

—¿De qué estáis hablando? —intervino Marc.

—De nada, amigo. Ella lo sabe, y yo también. Digamos que es un secreto.

Lorena esbozó una sonrisa. Gunter cortó de cuajo la conversación:

—Todo es muy sentimental, pero se acabó. Ya no tendré necesidad de que acusen a Marc. Acabaré también con él. Hay balas para todos... ¡Vamos! Desaten a la chica. ¡Pronto!

Richard pensó para sí...

«Luego, nos hará colocar cerca del agua, disparará, y nuestros cuerpos serán arrastrados por la corriente».

El y Marc se acercaron a Lorena y, pausadamente, comenzaron a desatarla.

Marc susurró:

—Llevo un arma en el bolsillo.

Richard musitó, a su vez:

—Cuando yo me haga hacia un lado, vuélvete y dispara.

—En cuanto vea que corres, te matará.

—Alguien tiene que correr el riesgo.

Gunter exclamó:

—Dense prisa. Es inútil que tramen nada.

Pero no pensó en el error que había cometido al no haber registrado a Marc.

Luego, en un segundo, ocurrió todo...

—¡Ahora! —exclamó Richard.

Saltó hacia un lado, atrayendo la atención de Gunter, que disparó dos veces.

Las balas pasaron rozando el cuerpo de Richard que, con su agilidad, consiguió que su agresor no pudiera fijar su puntería.

Marc apretó el gatillo, a su vez, revolviéndose, centelleante.

Erró los disparos. No era un profesional, y su misma rapidez le impidió fijar el blanco.

Gunter volvió su arma hacia Marc, mientras Richard, con felina agilidad, se lanzaba contra él.

El asesino se revolvió. Disparó a quemarropa.

—¡Aaagh! —La exclamación del médico demostró que había sido alcanzado, pero logró sujetar, a su vez, el brazo de Gunter. Forcejeó unos instantes. El revólver del asesino se disparó al aire hasta agotar la munición.

Cayeron ambos rodando, cerca del colector.

Richard, herido, sentía mermadas sus fuerzas. Consiguió, sin embargo, en un esfuerzo supremo, zafarse del cuerpo a cuerpo.

Gunter se lanzó hacia él como una exhalación.

—¡Quieto, Gunter! —ordenó Marc, empuñando con firmeza la pistola.

Otro par de disparos le hicieron comprender que estaba perdido.

Las sirenas de los coches de policía se oyeron, por encima del

ruido del agua.

Gunter, acorralado, sin nada que perder, echó a correr como un loco.

Cuatro agentes bajaban por la escalera, cerrándole el paso. Se volvió. Allí estaba Marc, apuntándole. Sólo le quedaba una salida. Los salientes de los ladrillos que formaban la pared, junto al salto de agua. Se agarró a esta última oportunidad. Consiguió escalar un par de metros, pero era demasiado resbaladizo...

Perdió el equilibrio. Sus manos trataron, inútilmente, de agarrarse al vacío. Se precipitó, cayendo en las sucias aguas. La cascada le engulló.

EPÍLOGO

Después de una semana, el médico aconsejó a Richard:

—Tuvo suerte. La bala no interesó ningún miembro vital. De cien casos, noventa y nueve no lo cuentan... De todos modos, la herida es importante. No haga esfuerzos, descanse. Aunque su encarnadura sea excelente y su poder de recuperación mejor aún, debe tener en cuenta...

—Sí, sí, doctor —sonrió Richard—. Lo sé... Y ahora es cuando podré gozar de mis vacaciones. No se preocupe. Descansaré por completo, y tendré una enfermera particular.

La enfermera le aguardaba abajo, en su coche. Era Lorena, naturalmente.

—¿De veras no me guardas rencor? —le preguntó ella, antes de poner en marcha el coche.

—¿Debería guardártelo? —sonrió él a su vez—. Lo siento. No me acuerdo de nada. Tengo amnesia.

Ella sonrió, él se acercó, en busca de sus labios.

Tras el beso, Lorena murmuró:

—Por cierto. ¿Sabes por qué Marc creía que Coulmier había hecho la llamada?

—Sí. Estuvo a verme hace poco. Todo ha quedado aclarado... Me dijo que Coulmier había conseguido sacar bastante dinero falsificando cuadros. Un amigo de Marc hacía el trabajo. Un día se fue de la lengua, y así Marc se enteró —hizo una pausa. Ella puso en marcha el auto, y Richard prosiguió—: Marc es un sentimental, un tipo extraño. Adora el arte y, por lo visto, advirtió a su amigo que, si seguía falsificando firmas, avisaría a la policía. Tal vez no pensaba hacerlo, pero el caso es que el otro se lo dijo a Coulmier; éste, momentáneamente, no dijo nada, pero debió temer que Marc se lo contara a Jacqueline, cuando precisamente necesitaba a Deval para financiar una sociedad para la explotación y venta de obras de

arte, falsas, claro. Pero sin necesidad de que Marc hablara, Claude Deval ya se había enterado, y se negó a formar parte de aquella sociedad, y amenazó con denunciar el fraude. Esto quedó, claro está, entre los dos. Por eso Coulmier decidió matarle y fingir que había sido por robo. Los quinientos mil francos irían a medias entre él y el asesino, y Coulmier tendría las manos libres para intentar embaucar a otro.

—Pero..., ¿por qué fue a Deauville aquella tarde? Eso es lo que no sé.

—Fue porque Marc le llamó. Sabía que yo estaba en peligro y sospechó de Coulmier. Quiso enterarse y le citó para asustarle, pero Coulmier fingió no dejarse intimidar.

—Pero..., ¿por qué quiso deshacerse de ti y no de Marc? —preguntó la joven.

—Porque yo era el único que investigaba cerca de él. Aquella tarde, en el callejón, estuve a punto de descubrirle. Coulmier explotaba el garito El Trébol de la Suerte, con nombre supuesto, claro. Librándose de mí quitaba de en medio el peligro que creía más grande. Es posible que Marc le asustara menos. Siempre habría tiempo de librarse de él... Además, sabía que frecuentaba el apartamento de Deval para reunirse con Jacqueline y, dado el cariz que habían tomado las cosas, pensó que, tarde o temprano, la policía acabaría acusando a Marc del asesinato. Aunque Marc hablase, carecía de pruebas concretas, y Coulmier tenía a buen recaudo las imitaciones de los cuadros conseguidos... Sí —insistió Richard—. Yo era infinitamente más peligroso para él, porque llevaba a la policía pegada a mis talones, y todo cuanto pudiera descubrir acabaría siendo del dominio de la comisaría. En fin, todo ha terminado ya.

—¿Y qué hay de Marc?

—Bueno... Parece que, al fin, va a sentar la cabeza. Jacqueline me dijo que quiere trabajar en serio, pero sin aceptar recomendaciones.

—¿Te lo ha dicho a ti?

—¡Oh, no! Sigue con sus aires de grandeza, aunque... no es tonto. Creo que supone que conozco el secreto... Pero ¡qué importa! Los hombres son muy complejos. Cada cual tiene sus manías. A Marc le humilla sentirse fracasado. Y esto también es un complejo

que espero logre superar.

—Me gustaría poder conocer y llegar a comprender a la gente como tú, Richard.

—Es fácil. Sólo hay que observar —murmuró él, mirándola.

—¿Y a mí? —sonrió Lorena—. ¿Has llegado a conocerme?

—¡Oh! Esto sí que es difícil, querida, porque con las mujeres no hay siquiatria que valga.

—¿Tan complicadas somos? —rió ella.

—Complicadas y misteriosas... Pero yo adoro ese misterio. Sobre todo, el tuyo. Me gustará estudiarte, querida... Palabra.

Se miraron. El la rodeó con el brazo.

—Puedes empezar a estudiarme cuando quieras —replicó Lorena.

Y el coche se alejó, por las afueras de París, sin prisas, a marcha lenta. Dentro, iban dos enamorados...

Más tarde, al cabo de unas semanas, de unos meses, quizá, la guillotina funcionaría un par de veces más.

Dos criminales pagarían sus crímenes con sus cabezas...

Tal vez Marc llegara a encontrar su destino y vencer su complejo.

Bueno... El auto seguía su ruta.

Lorena y Richard Harlow, en aquellos momentos, no pensaban en nada más.

Eran egoístamente felices.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

